

Klara Delgado



*La Hechicera  
Azul*



*La Hechicera Azul*

**Klara Delgado**

Título: La Hechicera Azul

Autor: Klara Delgado

Diseño de portada: Catalina Molina (Ediciones KatMG)

Facebook: <https://www.facebook.com/LilarkaS>

Copyright © 2019 Klara Delgado

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del autor y titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Para el creador de sueños

# Índice

## Prólogo

### Parte 1. Lozhar, la orden azul

1. El encuentro
2. Lornark descubre que Nemark es blanca
3. El regreso de Lornark
4. La historia de Nemark
5. La propuesta
6. La decisión

### Parte 2. Sadúminun, la orden oscura

8. El Laboratorio
9. El poder
10. Nada calmará mi sed
11. Rabia
12. Soledad
13. Khorus y Lil
14. Lil y Nemark
15. Lornark y Lil

### Parte 3. El reino de las Sombras

16. Ayúdame
17. Otra vez
18. Despedida
19. El Infierno
20. Juntos
21. Ven conmigo
22. Es nuestro destino

## Agradecimientos

## Sobre la autora.

## Prólogo



Escondido junto a las antiguas reliquias de la Biblioteca de la Humanidad apareció un libro que jamás nadie creyó poder hallar. Entre polvorientos tomos, una obra mantenía su esplendor de antaño, como si un perfecto escriba acabara de plasmar la última raya de tinta.

La cubierta de piel, destaca entre las mutiladas de las otras reliquias que la rodeaban, brillando de forma intermitente como si algo de suma importancia deseara que fuera descubierto. Asimismo, si impactante es el exterior no menos mérito tiene lo que albergan sus delicadas hojas, que desprenden ese aroma a misterio y sabiduría que hoy en día es tan difícil encontrar. En él se encuentran historias jamás contadas y que nunca se podrán asegurar si fueron reales o simple imaginación de los primeros habitantes del planeta, ya que todo lo que rodea al manuscrito escapa a las certezas de la ciencia moderna.

Diferentes universidades e instituciones se han encargado de averiguar su origen, por ello los más prestigiosos arqueólogos y grafólogos han estudiado su contenido, aunque los resultados jamás desvelaron ni cuando fue escrito ni cuál es la lengua en la que se hizo de forma original, ya que todo aquel que lo lee puede comprender las perfectas runas que ocupan sus incontables hojas. Estos símbolos, que a primera vista pueden parecer letras o simples rayas, se transforman para que el lector se sumerja en los hechos que allí quedaron plasmados en una era que parece ser anterior al ser humano actual o a sus ancestros. Incluso ni los grandes reptiles parecían haber existido antes de que esa historia aconteciera.

Sin embargo, todos concuerdan en que lo narrado debió de suceder en La Tierra, aunque en una época en la que la magia dominaba al hombre; donde dioses, hechiceros y simples humanos vivían en una relativa armonía.

Sobre todas las deidades, dos prevalecían: Reki, señor de la Luz y Aralk, señora de la Oscuridad. Ambos tenían sus seguidores y siervos tanto en la tierra como en el mundo intermedio que existía entre los hombres y los dioses. Se podría decir que es lo que hoy conocemos como Cielo e Infierno, pese a que nada tiene que ver con la idea que de ellos tenemos.

Ni siquiera existía un enfrentamiento entre ambos mundos, solo eran incompatibles, de la misma manera que nunca puede un día coincidir con la noche, jamás un seguidor de la Luz podría unirse a uno de las Sombras y hasta su presencia en el mismo lugar resultaría tortuosa e ingrata.

Por aquel entonces, los hechiceros se dividían en tres congregaciones:

La blanca, cuyos seguidores servían al dios de la Luz, Reki. Ellos eran los más puros, con sus artes protegían la vida, sanaban y su premisa era la idea de no cometer ningún mal.

La oscura, que veneraban a Aralk, la diosa de la Oscuridad o de las Sombras. Ellos se encargaban de ajusticiar, de mantener la ley y castigar a aquel que la obviara, sin importar ninguna consecuencia. No estudiaban el uso de las plantas medicinales, ni se preocupaban por sanar a nadie que no perteneciera a su orden. Eran temidos por su carácter siniestro y hosco.

La azul, era la encargada de mantener el equilibrio entre ambas órdenes. Eran imparciales y se encomendaban a ambos dioses sin anteponer uno a otro.

También existían unas hechiceras con un poder especial poder. Ellas ejercían de nexos el reino de las Sombras y el de la Luz, podían acceder a cualquier mundo, siendo protegidas por los magos de cualquier color y hasta por los mismos dioses. Conocidas como Damas del Alba o del Ocaso, dependiendo del momento de en el que se produjo su nacimiento.

Aralk solía observar a sus súbditos mientras sobrevolaba el mundo con sus alas de fuego, o descansaba oculta entre las sombras. Ella misma escribió las historias de aquellos que llamaron su atención, como esta, que quedó recogida en el mágico libro que sostienes entre tus manos.



# **Parte 1. Lozhar, la orden azul**

# 1. El encuentro



—¡Cuidado, señor!

Esas fueron las palabras que escuchó la oscura figura de un hombre cuando alguien lo empujó, consiguiendo que casi perdiera el equilibrio. Sujetó a la portadora de la advertencia, tanto para defenderse como para mantenerse en pie, pero la mujer se zafó de él.

—No debería caminar leyendo, este lugar está lleno de trampas para osos y podría lastimarse —explicó Nemark recogiendo el libro que había caído al suelo y devolviéndoselo al mago que vestía con una túnica negra.

—Gracias —contestó este, aún sorprendido por la agresión y viendo que, efectivamente, si la chica no le hubiera detenido, aunque fuera tan bruscamente, su pierna estaría atrapada en un oxidado cepo oculto bajo la hojarasca del bosque.

Ella hizo saltar la trampa valiéndose de una larga rama que se partió con un crujido seco tras el golpe del metal.

—Podría haber sido su pierna.

Nemark se dio la vuelta dispuesta a alejarse.

—¡Espera! —El oscuro mago detuvo a la joven—. ¿A quién debo agradecer el buen estado de mis piernas?

La muchacha le miró dudosa. No sabía si lo decía en serio o simplemente se burlaba de ella. Su suave voz tenía un ligero tono irónico.

—Soy Nemark, señor.

—Encantado, Nemark. Yo soy Lornark. ¿Vuelves a tu casa? —El nigromante supuso que la joven, ataviada con la túnica azul de la neutralidad, se dirigía hacia Lozhar, la congregación que estaba a escasos kilómetros de

distancia.

—No, todavía tengo que recoger unas hierbas para mi madre... bueno, para mi maestra. No soy hechicera, señor. Yo solo vivo allí y ayudo a la maestra en lo que puedo, pero no practico magia.

Nemark se sorprendió por la confianza que el mago le transmitía, ya que ella no solía hablar mucho ni dar explicaciones. Probablemente sería el invitado que esperaba Lil y no deseaba defraudarla. No quería que el hechicero le dijera que la conoció y no fue cortés con él.

Trató de ver el rostro del hombre que se escondía bajo la capucha, pero solo pudo distinguir el fuego de dos llamas en el lugar donde deberían estar los ojos. Sin embargo, no le preocupó ese detalle. Los nigromantes eran peculiares en algunas características físicas, o eso decían.

Comprendía el malentendido, ya que los jóvenes que estaban empezando su iniciación en la magia o que, simplemente, servían en esa congregación sin practicarla, vestían de la misma forma, solo que el azul de sus ropajes era celeste y no más oscuro como los superiores. Ella, al contrario que el mago, llevaba la cabeza descubierta y mostraba un cabello rubio, largo y lacio que enmarcaba un pálido rostro de ojos verdes y labios sonrosados, pese a no estar maquillados.

La muchacha no pudo apreciar la sonrisa con la que la contemplaba el hombre.

—Si no te importa, me gustaría acompañarte y luego volver contigo a tu hogar. Yo también voy a Lozhar.

—Como quiera, señor.

—Te necesito para que me cuides de los traicioneros cepos.

La joven intuyó que se mofaba bajo la capucha oscura que impedía distinguir su rostro. Le contestó molesta, pero manteniendo sus buenos modales.

—Conque mire al suelo no le hará falta más cuidado, y si sigue el camino aún será más fácil.

—Prefiero que lo hagas tú. —Su voz siempre era susurrante.

Una vez más sintió que se burlaba de ella.

—Está bien. Tengo que buscar flores de artemisa y caléndula. No están muy lejos de aquí.

—Vamos entonces.

Alargó la mano para indicar a la chica que iniciara el camino, pero ella le

interpretó mal y se encogió protegiéndose de un posible golpe.

—¡No voy a pegarte! —Aunque su tono se mantenía suave podía apreciarse la ira en él—. Si quisiera hacerte daño te aseguro que no usaría mis manos.

Le enfurecía que la gente pensara que por pertenecer a la orden oscura fuera a comportarse como un salvaje.

—Lo siento, señor.

La muchacha había enrojecido por la vergüenza, pese a que el miedo aún se veía en sus ojos.

—Si hubiera vestido una túnica blanca ¿habrías actuado igual?

—¡Por supuesto que no! —contestó con rotundidad—. No hubiera hecho falta. Le habría dejado caer en la trampa.

Lornark la contempló asombrado. Esa era la respuesta que jamás hubiera esperado escuchar de ella. Poco a poco la furia dio paso a una suave carcajada, que calló parcialmente al cubrirse la boca con la mano.

—Lo digo en serio —protestó Nemark.

—Lo sé —contestó riendo libremente.

Finalmente, ella le acompañó con una sonrisa. Le gustaba la suave risa del mago, por lo que trató de apreciar el oculto rostro del hechicero.

—Vamos, Nemark —propuso cuando se calmó.

Le ofreció el brazo, que ella miró sin atreverse a cogerlo.

—Ven, caminemos juntos, así no habrá malos entendidos.

El mago sujetó el brazo de ella y lo enlazó al suyo. Notó como la chica se ponía rígida. Estaba a la defensiva, igual que un gato esperando un movimiento inconveniente para huir.

—Busquemos las hierbas —insistió.

Tiró levemente de ella para que comenzara a caminar. En su cercanía podía olerla. Era un aroma a hierba recién cortada. Supuso que las causantes de tal esencia serían las hojas de hiedra verde que decoraban su cabello. No era normal que una hechicera azul desprendiera ese aroma a hierbas, puesto que junto a los de las flores pertenecían a los hechiceros blancos, aunque como ella no era una maga, no importaba si gustaba adornarse con esas hojas.

—Es por aquí. —Indicó la joven comenzando a caminar.

Nemark también percibió el aroma de su acompañante, una mezcla a pociones, a azufre y especias. Dedujo era el olor de las Sombras y de la Oscuridad. Al contrario de lo que pensaba le resultó agradable. Respiró hondo

llenando sus fosas nasales de él.

Caminaron recorriendo el bosque hasta encontrar las flores que buscaba la joven. Cada vez que se paraban, el mago cogía el brazo de la muchacha y lo sujetaba al suyo, para comenzar a caminar otra vez, notando como se sentía cada vez más confiada a su lado.

Una de las veces la muchacha tendió su brazo esperando que Lornark lo entrelazara al suyo.

—Puedes coger mi brazo tú. —Sonrió divertido ante la situación.

—Prefiero que lo haga usted, señor.

El mago se sorprendió, pero disfrutó de ese pequeño atrevimiento, sujetó su brazo y la condujo de vuelta a su hogar. Mantenía una amena charla que consiguió que el recorrido hasta el lugar fuera ameno.

Lil les vio llegar desde la ventana de su alcoba. Se asombró ante la actitud confiada de su ahijada y la cordialidad de su amigo, pero se alegró de ello.

Al acercarse a la puerta la muchacha se despidió y corrió por las escaleras en dirección a la habitación de su madre, aunque a mitad de camino cambió de idea y volvió hasta el laboratorio. Allí dejó la cesta donde había guardado las plantas necesarias para abastecerlo, y las colocó en sus botes correspondientes.

Lornark fue en busca de su anfitriona y, salvo una ligera mención sobre su encuentro, se olvidó de la joven muchacha. Lil era quién realmente interesaba al mago. Era su amiga desde que se conocieron en las Pruebas Maestras, y a partir de entonces un fuerte lazo les había unido. Siempre pensó que, incluso, podía haber sido algo más serio, pero nunca llegaron a más allá de una sólida amistad. Sin embargo, darían la vida el uno por el otro sin dudar.

Estuvo con ella hasta que la hechicera le abandonó para ir a preparar las clases del siguiente día junto a su ayudante. El mago aprovechó ese momento para salir a pasear por los alrededores del edificio.

Lo primero que vio fue su cabello dorado meciéndose en el aire. Una sonrisa iluminó su encapuchado rostro. Se acercó despacio a Nemark recreándose en su imagen. Su figura, sentada de espaldas a él, estaba cubierta por la melena adornada con las verdes hojas de hiedra, al igual que en la mañana.

El sol de la tarde se acercaba a la línea del horizonte, simulando los colores del fuego en el cielo, por lo que se le antojó que la estampa de la mujer entre las llamas era hermosa.

Posó la mano en el hombro femenino haciendo que la joven se sobresaltara y ahogase un grito.

—Tranquila, Nemark, soy Lornark.

Notó la agitada respiración de la chica que dudaba entre huir o quedarse con él.

—Por favor, vuelve a sentarte —le pidió, ocupando un lado del banco—, me gustaría acompañarte.

La chica ignoró la mano que el mago le tendió, sin embargo, se sentó a su lado.

El mago se encogió de hombros, ligeramente molesto, ya que no estaba acostumbrado a que lo ignoraran. Sin embargo, la punzada de ira que luchaba por embargarle desapareció cuando ella comenzó a hablar.

—Vengo aquí cada atardecer. Me gusta ver como el sol se esconde y crea asombrosos colores. Es como un lienzo de los que adornan las paredes de Lozhar, o como los que hay en algunos libros. Aunque en ningún sitio los he visto así antes.

—Es cierto, el cielo parece arder.

—Espere unos minutos y lo comprenderá mejor. Esto aún es el principio; pronto verá algo que no podrá olvidar.

Ambos aguardaron en silencio viendo como realmente el sol se licuaba en el firmamento y las llamas bailaban a su alrededor hasta desaparecer.

Lornark jamás había sido consciente de semejante espectáculo de la naturaleza, y no sintió la necesidad de hablar para sentirse cómodo junto a la muchacha, que tembló cuando un escalofrío le recorrió el cuerpo. La ausencia del astro hizo que la temperatura descendiera varios grados en pocos minutos.

—¿Tienes frío? —preguntó el mago acercándose a ella.

—Un poco.

Lornark pasó un brazo sobre los hombros de la joven, que nuevamente tensó todos sus músculos ante ese contacto. Tras unos segundos la escuchó soltar todo el aire que había guardado en sus pulmones, y parte de su cuerpo se relajó. El mago apretó un poco más su abrazo, pero esta vez ella no pareció incomodarse. Al contrario, agradeció el calor que le prestaba el nigromante, que sonrió pese a que ella no pudo verlo. Por alguna extraña razón disfrutaba con la compañía de la chica. El olor a hierba fresca que desprendía su pelo se mezclaba con el suyo de hechicero oscuro, aislándoles del resto del mundo.

Poco después la notó apoyar la cabeza en su pecho totalmente confiada,

por lo que se preguntó si la joven se habría dormido. Se giró para intentar ver su rostro, lo que provocó que Nemark se separara con rapidez.

—Pensé que te habías dormido —le dijo divertido.

—¡No lo he hecho!

—Tranquila, no me importa que me uses como almohada.

Su burla fue totalmente evidente para la joven, que se defendió de esa acusación.

—No pasa nada, en serio, me gustó que lo hicieras.

—¡No lo hacía! —insistió angustiada.

—Tranquila, no pasa nada. Si ya no deseas hacerlo, lo haré yo.

Bajó su cabeza hacia la de ella. Nemark se giró para ver qué era lo que pretendía el hechicero golpeándose con él.

—¡Ay! —Nemark rio divertida, acariciándose la frente.

Él se giró y la observó sorprendido porque nunca había escuchado su risa. Su sonido era embriagador, al igual que su olor.

—Tienes la cabeza muy dura, será por eso que eres tan cabezona,

—¡Yo no soy cabezona! —Al mirarle comprobó la burlona sonrisa en sus labios. Al ser consciente de que solo era una broma, le empujó suavemente en el hombro.

—No se ría de mí.

—No lo hago, de verdad —contestó aguantando la risa.

La atrajo otra vez hacia él, acariciando su hombro suavemente.

—Debo irme, señor. Tengo que ayudar con las cenas —le informó mientras se separaba.

—Espera un momento.

Susurró unas mágicas palabras y en sus manos apareció una rosa azul.

—¡Oh! —Fue todo lo que pudo decir la maravillada joven.

El mago sonrió ante su sorpresa, era un hechizo de aprendiz y sin embargo su rostro se había iluminado como si hubiera invocado a los entes. Sus ojos brillaban de emoción a la luz de la luna.

—¿Te gustaría hacerle una a tu madre?

—¿Qué debo hacer? —preguntó Nemark ilusionada asintiendo con la cabeza.

—Hay que repetir las mismas palabras que dije, con esa cadencia y ritmo. No te preocupes si fallas, es complicado para alguien que no ha practicado la magia.

Lornark se disponía a repetir el hechizo cuando la joven comenzó a recitarlo. Entre sus manos se materializó una rosa a medio abrir. Sin duda era espléndida.

El nigromante, que había intuido su poder, quedó perplejo porque era mayor del que había imaginado. Había repetido toda la secuencia sin titubear, sin fallar en ningún tono del cántico.

—Maravilloso, Nemark. Tu madre estará encantada con tan hermoso regalo.

—¿Puedo hacer rosas de cualquier color?

—Claro —respondió satisfecho por el interés que se había despertado en ella. Eso consiguió que se sintiera aún más atraído por la muchacha.

—¿Cómo haría una negra?

—Si deseas una rosa de ese color, solo debes sustituir lunik por grum.

La muchacha repitió el hechizo siguiendo la enseñanza del mago. Entre sus manos apareció una rosa negra de delicados pétalos.

—Para usted, señor.

No pudo interpretar el fuego de los ojos que era lo único que podía ver bajo la capucha que cubría siempre su cabeza. Se sintió tonta al darse cuenta que le estaba regalando a un alto nigromante una simple flor de principiante. Notó como sus mejillas enrojecían y deseó huir.

—¿Qué sucede, Nemark? —preguntó al notar su turbación, sin dejar de admirar la negra flor. Era simplemente perfecta. La joven poseía un talento natural para la magia. Era cierto que era un hechizo sencillo, pero muchos aprendices habían tardado al menos una semana en conseguir crear algo parecido a lo que había conseguido ella en segundos.

—Es ridículo que le regale una flor a usted, que puede tenerlo todo.

—Nemark, es lo más hermoso que me han regalado nunca. Te aseguro que la guardaré siempre. Es preciosa.

Ella le miró agradecida, y con un impulsivo gesto le abrazó, hundiendo su cabeza en el cuello del hombre.

Esta vez Lornark fue el sorprendido al no esperar ese gesto, pero reaccionó y le devolvió el abrazo. Acarició su cabello ansiando besarla. Un jadeo escapó de sus labios, aguantando sus deseos.

—Gracias, señor. Ahora debo irme.

Intentó separarse, pero Lornark la sujetaba por la cintura con fuerza. No fue consciente de que lo hacía de esa manera hasta que ella cayó sobre sus

piernas. El fuego de sus pupilas ardía con tanta fuerza que arrasó la verde hierba de los de ella. Nemark notó como su corazón se aceleraba de una forma imposible, su respiración seguía un ritmo desenfrenado, y un ligero temblor invadió su cuerpo. Lornark la abrazó más fuerte, tratando de controlar los desbocados latidos, que la joven pensaba que deberían escucharse por todo el jardín en el silencio reinante de la noche.

—Señor.

—Nemark —respondió con un ronco susurro a la muchacha.

Lo que ocurrió después desconcertó al hechicero en ese momento, y le haría reflexionar en ello mucho tiempo después.

Nemark levantó la vista hacia él, y por primera vez Lornark se sintió turbado ante una mujer y, como nunca antes le había ocurrido, fue incapaz de mantener la intensidad de una mirada.

—Lornark —pronunció su nombre con una voz oscura.

Cuando se separó levemente ya no temblaba, pero sentía palpitar su pecho con rapidez. Sus ojos ya no mostraban el color verde de los prados. Este había sido absorbido por dos abismos que devolvieron al mago, como si de un espejo se tratara, las ardientes llamas de los suyos.

Su expresión había cambiado. La lujuria y la pasión, junto a una indescifrable sonrisa, vestían su rostro. El nigromante jadeó al contemplarla y, quizá provocado por el fuego reflejado en las pupilas de la chica, el deseo que antes sentía ahora se había transformado en una imperiosa necesidad por poseerla. Su corazón se unió al de ella en esa desenfrenada carrera.

—¡Maldita criatura!

—¿Qué? —Nemark preguntó la chica contemplándole con su dulce y verde mirada de siempre.

Su cuerpo se estremeció cuando notó como el hombre acariciaba su nuca y bajaba despacio su mano por la columna. Suspiró y el aroma de azufre eclipsó los demás olores de la noche. Ya no quería irse, deseaba estar para siempre en esos brazos, así que se dejó caer hacia el y apoyó la cabeza en su hombro. Toda la razón que siempre la había acompañado desapareció y solo la recuperó cuando un ligero movimiento en las cortinas del cuarto de su maestra le devolvió a la realidad.

—Señor, debo irme, de verdad.

Se separó lentamente de él, que esta vez no opuso resistencia.

—Mañana me voy. —Fue toda su respuesta.

Ella se detuvo mientras el mago sonreía al notar su pesar al conocer su próxima partida.

—Pasaré mañana a despedirme de ti. Me iré pronto —afirmó sin dar lugar a réplica.

Nemark asintió sin hablar, ya que sentía que no podría hacerlo. Recogió las dos rosas azules, momento que Lornark aprovechó para sujetarle la mano y besarla con delicadeza. Cuando la soltó, la joven echó a correr, consiguiendo que la falda de su túnica azul revoloteara entre sus piernas, como su pelo ondeaba al viento tras ella. La contempló alejarse hasta que entró en el gran edificio de piedra gris y la perdió de vista.

Se quedó en la soledad de la noche unos minutos más. Admiró a Lozhar, la residencia rectangular de tres pisos que había ido ampliándose con el paso de los años. Lil siempre contrató obreros para su construcción, era de la firme creencia de que la magia debía evitarse para realizar cosas materiales que podían hacer los humanos sin poderes, por lo que, aunque apenas era evidente el cambio de tonalidad, se podía apreciar cuál había sido la antigua escuela.

El mago cogió la rosa negra que le había regalado Nemark. La acercó a su nariz, y se sorprendió cuando un aroma a fuego le llegó mezclado con el de la hiedra. Jamás había visto una cosa igual. No podía dejar de pensar en ese hecho, ni en la oscuridad que eclipsó su mirada minutos antes. Él también se dirigió andando al edificio. Una vez allí se transportó utilizando la magia hasta las habitaciones de Lil, ya que no deseaba encontrarse con los siempre molestos estudiantes. Por eso mismo siempre comían en sus dependencias cuando venía a visitarla. La hechicera había habilitado gran parte del ala superior del antiguo edificio para su uso particular.

Todas las estancias disponían de grandes ventanales. El comedor estaba orientado al este para poder contemplar los amaneceres, y el dormitorio al oeste, desde donde había podido observar a su ahijada y a su amigo. Poseía un gran laboratorio, con una biblioteca privada, siempre iluminado, pero sin una luz directa, que usaba de estudio entre ambas habitaciones,

—Lil, ¿me retraso?

Lornark apareció en el comedor vacío. La buscó por el cuarto, pero al no encontrarla se dirigió al dormitorio.

Las cortinas estaban entreabiertas, y la oscuridad era casi total ahí. Sin embargo, el mago la vio de pie junto a la ventana. Las llamas de sus ojos le permitían ver hasta en la más absoluta negrura, por lo que prefería los lugares

de penumbra. La hechicera estaba seria y pensativa. Un recuerdo asaltó a su memoria. Se transportó en el tiempo a Vilaço de Ekzamenno, donde una joven hechicera, recién nombrada Gran Maestra, observaba un atardecer por la ventana. Su cabello ondulado y largo le llegaba casi hasta la cintura, cubriendo parte de su silueta, que destacaba sobre todo lo demás de esa habitación. Era una mujer alta en comparación al resto, y su figura se mantenía igual de esbelta que años atrás. Se acercó despacio y la cogió por la cintura como hizo entonces. Ella se apoyó en él y le sujetó las manos por debajo de su abdomen.

—No le hagas daño.

El hechicero volvió al presente de golpe ante ese comentario.

—¿Qué?

—No le hagas daño, Lornark —repitió girándose para tenerle frente a frente.

—¿A quién? ¿A Nemark? —El hombre no entendía esa petición.

—Sí, a Nemark.

—Jamás se lo haría, lo sabes.

—Es posible que no lo hagas de forma consciente, pero aún es joven y jamás se ha comportado con un hombre como ha hecho contigo. Ya me sorprendió la familiaridad con la que te trató ayer, pero hoy...

—¿Nos has visto?

Lil asintió con la cabeza mientras con un gesto apenas visible y, desoyendo sus propios consejos, hizo que las velas se encendieran para poder contemplar al hombre que aún la mantenía sujeta por la cintura. Le acarició el rostro suavemente, bajando la capucha que le ocultaba parte de la cara, mientras le colocaba el cabello. El mago calló, sin saber muy bien que contestar a la que, hasta ahora, era la única mujer que había conseguido que se interesase seriamente por alguien del sexo opuesto.

—No le haré daño, te lo prometo.

Ella asintió y se abrazó a él, confusa por los sentimientos que le habían embargado: una mezcla de protección, celos y el deseo de que las personas que más amaba pudieran estar juntos en algún momento y alcanzaran la felicidad del amor que ella no tenía.

—¿Qué pasa, Lil?

El mago acarició su espalda, y después le levantó el rostro hacia sus ojos. La hechicera no pudo responder ya que alguien llamó a la puerta. Una mujer

vestida con una túnica azul celeste, como la de Nemark, le pidió permiso para disponer la cena. Cuando le fue concedido salió, para volver a entrar al comedor acompañada por otro hombre junto al que dispuso lo necesario para la comida, al igual que encendieron las velas y las chimeneas de los otros cuartos.

—No os preocupéis por recoger; mañana lo haréis. —Lil deseaba que no interrumpieran la conversación con su amigo.

—Sí, señora —respondieron tras un leve gesto con la cabeza; se despidieron también del mago antes de abandonar la estancia—: señor.

Lornark les devolvió el saludo.

—Vamos a cenar. —Lil se dirigió a la mesa.

El nigromante la sujetó por la mano.

—No hasta que me digas qué pasa por tu cabeza, ¿o acaso quieres que te demuestre que no se me ha olvidado cómo leer las mentes?

Sonrió nuevamente al recordar cómo ella le enseñó, cuando casi eran adolescentes, a hacerlo. La hechicera dibujó una sonrisa también intuyendo su pensamiento.

—Éramos tan jóvenes, ¿verdad?

—Lo éramos, pero ahora estamos aquí, y necesito saber qué es lo que te desasosiega.

—Te lo he dicho, Lornark. Nemark está a mi cuidado y no deseo que nada malo le ocurra. Es inocente, no quiero que se ilusione vanamente, y lo está. Eso es todo, no quiero que sufra.

Colocó su cabello tras la oreja y alisó su falda. Había cambiado la túnica más gruesa por un vestido vaporoso, ceñido a su cintura, que marcaba sus sinuosas curvas. El mago sujetó sus manos y la miró directamente a los ojos.

—Te prometo que no le haré daño, a mí también me interesa esa criatura.

—¿Criatura? —Lil le miró molesta por el comentario

—No es maga, ¿cómo debería llamarla? —preguntó burlón.

—Mujer.

—Pues mujer, pero ya sabes que cualquier persona que no domine la magia es una simple criatura.

—Nunca cambiarás, ¿verdad?

—¿Acaso quieres que lo haga? —Abrazó su cintura y la besó con intensidad.

—Nunca —contestó con un susurro cerca de sus labios.

—¿Pasa algo porque cenemos más tarde?

—¿Tienes otros planes? —La hechicera también había perdido el interés en los alimentos y se centraba en la boca que rozaba la suya.

—Sí, mi señora. Tengo otros planes.

La cogió en brazos y la llevó a la cama sin dejar de besarla.



## 2. Lornark descubre que Nemark es blanca



—Nemark —susurró a la muchacha que aún dormía.

Su dulce rostro destacaba sobre la almohada, ya que estaba cubierta hasta el cuello bajo las mantas azules.

El mago sintió que no había sido una buena idea acudir a su habitación, ya que de pronto quiso meterse en esa cama, besarla mientras acariciaba su cuerpo, y paliar el deseo físico que le había invadido sin piedad y que le provocaba esa mujer. Su intención de marchar quedó relegada a un rincón perdido de su mente.

Acarició con cuidado su mejilla puesto que no deseaba asustarla, y sabía la facilidad que tenía para hacerlo.

—Nemark —insistió.

Cuando la muchacha abrió los ojos saltó de la cama mientras se lamentaba.

—Señor, me he dormido. ¡Maldita sea!

El mago rio con suavidad ante su comportamiento.

—Tranquila, Nemark.

—¡Pero si es de noche! —protestó la muchacha al ver que la oscuridad aún reinaba en el exterior.

—Pronto amanecerá, eres una dormilona.

—¡No es cierto! No me dijo que fuera a marcharse de noche —se defendió.

—Está bien. —El mago sopesó la idea de quedarse en ese cuarto hasta que amaneciera. Ella tenía razón, aún era temprano.

Le había prometido a Lil no hacerle daño, pero compartir su lecho no le haría ningún mal. Abrió sus brazos a la muchacha que, confusa, no comprendía

las intenciones del mago que se acercaba hacia ella, así que permaneció inmóvil, hipnotizada por el fuego de sus pupilas.

Se dejó envolver en su abrazo y sin entender por qué, sus brazos rodearon el cuello del hechicero, descubriendo su rostro al tirar la capucha que lo ocultaba. Observó cómo Lornark humedecía los labios sin apartar la mirada de la suya.

El mago la acercó hacia él, y a pesar de la ropa notó la tibieza del joven cuerpo, que todavía mantenía la calidez de haber estado bajo las sábanas. Sus ojos, aún adormilados, le miraban con una mezcla de miedo y otro sentimiento que no consiguió interpretar. Sintió, sin embargo, que algo no encajaba en esa mujer en ese instante, pero lo obvió y contempló sus mejillas sonrosadas. Olía a hierba, igual que siempre. Acarició su pelo, y al hacerlo fue consciente de que en éste no estaban las hojas que le daban ese característico olor. Entonces lo comprendió. No eran las hierbas, era ella, era su aroma propio lo que la envolvía. Se dio cuenta de que vestía la túnica equivocada, la chica debía estar en la orden blanca y no en la azul.

No debía retrasar el regreso a su hogar, pero esta vez no tardaría en volver para descubrir el misterio que envolvía a la joven que se refugiaba entre sus brazos, cuando debería huir de ellos. Necesitaba entender por qué la deseaba de esa manera, ya que eso nunca tendría que ser así. Su lógica le instaba a alejarla de su cuerpo. Sin embargo, sus sentidos le obligaban a mantenerla allí, como si ese fuera el lugar reservado para ella.

—Nemark ¿dónde está tu diadema de hiedra, la has perdido?

—No, señor. Me la quito para dormir, la maestra me peina cada mañana y adorna mi pelo. Todos los días me trae hojas nuevas. ¿Por qué, la quiere?

—No, gracias. Así que ella lo sabe, qué astuta —expresó en voz alta lo que pretendía ser un pensamiento propio.

—¿El qué sabe? ¿Quién? —La confusa muchacha no comprendía lo que trataba de decir Lornark.

—Nada, no te preocupes, solo pensaba —contestó separándola un poco de él.

Ahora sí era consciente de que debía marchar. Ya no deseaba compartir su cama. En realidad, lo que no debía era compartirla por mucho que quisiera.

Tenía que regresar a su comunidad, pero volvería. Sentía la imperiosa necesidad de saber cuál era el misterio de esta joven que se mantenía entre sus brazos, cuando lo normal era que se hubiera rebelado a su contacto, y él

debería despreciarla en lugar de desearla.

—Debo irme —le dijo acercando la cabeza a su cuello y permitiendo que su aroma le embargara totalmente. No había duda, no era su cabello, era ella.

Se separó mientras analizaba a la mujer. Todo cobraba sentido ahora: la dulzura de su rostro y esa necesidad de hacer lo que creía correcto.

Besó con castidad su frente y volvió a cubrir su cabeza.

—Vuelve a la cama.

—¿Le volveré a ver? —La joven se sonrojó al darse cuenta que había dicho eso en voz alta, pero deseaba infinitamente estar con él.

—Sí, volveré pronto. —Le sonrió, y acarició el perfil de su mejilla—. Estoy seguro de que me sorprenderás.

—¿Cómo, señor? —Nemark se sintió confusa ante esa afirmación.

—Seguro que habrás aprendido algún hechizo.

—No creo que sea buena para la magia.

—Yo opino lo contrario. Cuando vuelva a verte veremos quién tiene razón. Ahora debo irme.

Sujetó su mano y la besó en los dedos, al tiempo que desaparecía de la habitación. Nemark se quedó sorprendida. Seguro que había entrado de la misma manera.

Ahora que no estaba el hechicero se sentía perdida, así que volvió a la cama como le había pedido, pero no durmió. Rememoró ese extraño encuentro. Se entretuvo en analizar la conversación y se recreó en el momento en el que estuvo entre sus brazos cálidos y fuertes; suspiró al recordar sus besos inocentes que no insinuaban ningún sentimiento. No así sus húmedos labios cuando la miraba, y que demostraban lo contrario.

Emociones enfrentadas en su cabeza le hicieron apoyarla en la almohada y sonreír de felicidad, a la vez que el desamparo la embargaba en pocos minutos, y es que pocas personas se habían ganado su confianza, y quizás algo más, como lo había hecho Lornark.

No consiguió dormir, así que se levantó antes de la hora y corrió a los aposentos de su madre, a la que quería como a tal pese a no serlo.

Llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. La hechicera aún estaba en la cama, por lo que se echó a su lado.

—Madre.

Lil esperó en silencio a que continuase. Sabía que cuando entraba así, algo importante rondaba por su joven cabeza. Se incorporó y se giró hacia ella para

poder verla.

—Ha venido a verme el mago oscuro. —Su voz sonaba emocionada y sus mejillas se sonrojaron al recordarlo.

La expresión de la mujer de más edad se volvió seria. Nunca había visto a su hija tan ilusionada con ningún hombre; la verdad, es que nunca le había conocido ningún interés por muchacho alguno, salvo algún comentario sobre su belleza, pero nunca más allá de eso.

—¿Cómo qué ha ido a verte? —Disimuló que sabía ese detalle, ya que Lornark había abandonado su cama hacía unas horas y le anunció su deseo de despedirse de ella.

—Ayer me dijo que vendría a verme antes de irse, pero pensé que no lo haría antes del amanecer. Me asustó.

—Lornark es así —contestó Lil sonriéndole.

—¿Y qué más es? —La curiosidad de la chica era enorme, ansiaba conocer todos los secretos del oscuro mago.

—¿Cómo?

—Cuéntame todo, ¿cómo es? ¿Cuántos años tiene? ¿Por qué sus ojos no son normales?

—Vale, vale. —La detuvo riendo—, pues ya lo has visto. Es un mago oscuro, pero es la persona más leal y digna que he conocido, creo que no hace falta que te diga que es un hombre muy atractivo, ¿verdad?

La muchacha volvió a enrojecer al recordarle. Era más que atractivo. Rememoró sus encuentros y, cuando pudo contemplarle sin su capucha comprobó cuan atrayente era, como un imán del polo opuesto. Su madre sonrió al mirarla y continuó.

— Tiene veintinueve años, y sus ojos son así porque es un descendiente de un demonio. Esa es una característica que pueden adquirir sus hijos.

—¿Y por qué está en la Tierra y no en su mundo?

—Podría haberlo estado, pero prefirió vivir aquí —omitió el detalle de que se quedó por ella, puesto que no quería desilusionarla—. A pesar de poder ir al Infierno, no podría vivir allí, ya que renunció a ello. Su madre era una mortal.

—¡Oh! Madre y... ¿cómo besa?, ¿cómo es en la cama, es buen amante? ¡Cuéntame!

La mujer rio, esta vez con libertad, sorprendida por esas preguntas tan íntimas.

—¡Pero bueno! No contestaré esas preguntas, solo te diré que es el mejor amante que he tenido nunca.

—Madre...

—Debo levantarme, tengo que prepararme para dar las clases. ¿Desayunas conmigo? —La hechicera interrumpió a su ahijada.

—¡Claro! —La muchacha saltó de la cama. No siempre podía compartir las comidas en la intimidad, sino que solían hacerlo junto al resto de los habitantes de la congregación.

—Voy a por el desayuno mientras te vistes.

Corrió hacia la puerta y cerró dando un ligero portazo.

—Perdón —dijo asomando la cabeza, sabía que a Lil no le gustaban los golpes. Esta vez cerró delicadamente sin esperar respuesta y volvió en unos momentos, ayudada por un muchacho, con un copioso desayuno que incluía dulces, frutas y café.

—He traído pasteles, ¿te parece?

No solían tomarlos para el desayuno, pero consideraba que hoy era un día especial. Siguió hablando sin parar, contándole todo lo que le había pasado con Lornark en esos dos días. La hechicera se sorprendió cuando le explicó cómo se conocieron, por la actitud de ambos, atrevida de ella y condescendiente de él.

—Me preguntó por mi diadema; se sorprendió que no la llevara. No sé por qué pensaría que dormía con ella.

Lil calló un momento y lo comprendió. Ella sí sabía el porqué de esa pregunta. El hechicero había descubierto su secreto.

—¿Cuándo volverá?

—Mucho antes de lo que te crees. Anda, ven, te peinaré. Luego recoges; si no se me hará tarde para impartir las clases.

—Madre, ¿puedo aprender? —preguntó la joven cuando Lil dio por concluido el peinado.

La mujer se sentó y la miró con los ojos abiertos más de lo normal, como si lo que acabara de escuchar fuera el anuncio del fin del mundo.

—¿Qué quieres aprender? —necesitaba escuchar de su boca lo que ella ya intuía.

—A hacer magia. Ayer le hice esto.

Le entregó la rosa que había dejado escondida tras la cortina.

—¿La has hecho tú? —preguntó admirando la belleza de la flor.

—Sí, me enseñó Lornark.

—Eso no me lo habías dicho.

—Era una sorpresa, mira.

Volvió a repetir el hechizo y entre sus manos nació una flor idéntica a la que sujetaba su madre.

—¡Esto es magnífico! Claro que puedes aprender. Ven, yo misma te llevaré a la clase de los iniciados. Es un orgullo para mí que quieras formarte en nuestro arte.

Abandonaron la estancia en dirección al pabellón de los jóvenes aprendices, donde se les iniciaba en la magia neutra.



### 3. El regreso de Lornark



—¿Por qué no me lo dijiste?

—Buenos días, Lornark. No te esperaba tan pronto —mintió la maga azul.

En realidad, si le esperaba. Supo que el vendría antes de lo acordado cuando Nemark le contó que la había visitado en su cuarto y se había interesado por su diadema de hojas. Estaba claro que a él no había podido engañarle. No entendía el interés que su amigo sentía por su pupila, que ni siquiera mostraba gran atracción por la magia.

—Lil. —Solo hizo un leve gesto con la cabeza a modo de saludo.

—¿Quieres sentarte? Como ves, me disponía a desayunar. ¿Te apetece acompañarme?

—¡No! —La suave voz del hechicero se elevó ligeramente, pero no llegó a gritar.

—No estás de buen humor. ¿Ha ocurrido algo? —preguntó burlona Lil.

—¿Quieres contestarme?

—¿A qué? Siéntate al menos. Te recordaba más educado. —La hechicera sonreía divertida.

—Sabes a qué me refiero, ¡a ella!

—¿A quién? —Lil disfrutaba al comprobar como la ira crecía en su amante.

—¡Lil, no juegues conmigo! Sabes de quien te estoy hablando. De Nemark.

—¡Ah! Se me olvidaba que el único que puede jugar aquí eres tú.

La mujer no hizo caso del fuego que ardía en sus ojos, de un tono rojizo amenazador.

—Tómame un café conmigo y hablaremos. No creo tener obligación de

contarte nada de Nemark. Es mi protegida, la quiero como a esa hija que no tuvimos. —Una sombra de pesar nubló su mirada, que no pasó desapercibida al mago, quien cogió su mano y la apretó con fuerza. Ella le miró agradecida antes de continuar—. La quiero como a tal.

La maga llamó a una muchacha que se sonrojó cuando vio que Lornark le sonreía. Le pidió que dispusiera de una taza más y algo de fruta para su invitado. Obedeció con presteza, mirando de reojo al nigromante.

Lil exigió a la chica que no les molestasen, y que avisara a su ayudante para que se encargara de las clases.

La hechicera se había acostumbrado a las apariciones poco protocolarias del mago, que entraba en cualquier cuarto como si fuera el suyo propio. Aunque solía avisar de su llegada, esta vez no lo había hecho, y en poco más de una semana había regresado.

—¿Por qué ocultas a una blanca? —Lornark no aguantaba más para que le dijera la verdad.

—No la oculto, está a la vista de todos —respondió ella desafiante.

—Ocultas su condición. No es aquí donde debería estar. No es su orden.

—No creo que tampoco lo sea la blanca. No creo que lo sea ninguna. Si tú no hubieras hablado con ella no se hubiera interesado por la magia. ¿Qué le has dicho?

—Nada, Lil, pero sabes que es una blanca, me extraña que no hayas notado su fuerza. Vive en ella.

—Lo sé, pero Nemark no desea un mundo de magia. Tiene derecho a elegir.

—No puede elegir si solo conoce una opción—respondió el mago sujetando su mano otra vez—. Si no prueba su poder no podrá elegir. Solo le pedí que me sorprendiera. ¿Qué ha hecho?

—Por primera vez me ha pedido asistir a clases. Ahora debe de estar en ellas y yo también debería estar allí.

La maga suspiró y miró las llameantes pupilas.

—¿Por qué no la llevaste a la orden blanca? No es normal en ti. Tú eres muy estricta para estas cosas.

—Les teme, Lornark. Tiene miedo de los blancos, por eso mi sorpresa fue tan grande cuando os vi juntos. Es huraña, y no permite que la toquen con tanta confianza como lo hiciste tú. En ella vuelve a nacer el miedo cuando lo hacen, lo mismo que cuando ha venido algún hechicero de la Luz. Si los ve, huye. Al

poco de tenerla aquí hice llamar a Kyrie. Nada más verla Nemark se aterrorizó. Me costó más de un día tranquilizarla. Tuve que estar con ella y llevarla a mi cuarto por las noches para que pudiera dormir. Por eso lo sé. Ese no es su sitio.

—¿Y sus padres?

—La abandonaron. Recuerdo que te lo conté —le recriminó la hechicera.

—Probablemente estaba mucho más pendiente de cosas más importantes.

—Le dedicó una traviesa sonrisa y recorrió su cuerpo perezosamente con la mirada, cosa que hizo reír a la maga.

—Está bien, te contaré todo lo que sé de ella, ya que ahora tus intereses han cambiado.

—No tanto —contestó, y acercándose a ella la besó apasionadamente.

—¿Quieres saber o no? —preguntó Lil cuando sus bocas se separaron, aunque continuaron abrazados. Lornark acarició su brazo con calma.

Resopló antes de contestar.

—Sí, por favor. —Esta vez la besó rápidamente y la miró expectante, sujetando sus manos.

—La encontré hace años, siete años, apenas era una niña. Caminaba desde IensBhar a Lozhar. Era una tarde de otoño y me apetecía volver con calma, deleitarme en el paisaje que deja esa estación del año, con los caminos llenos de hojas en el suelo, los vibrantes colores...

—Lil, sé que adoras el otoño, pero por favor, sé más directa o nos abrazará la noche y tú seguirás contándome las maravillas de ese momento.

La mujer suspiró y calló unos instantes; tras dar un sorbo a su café prosiguió.

—Bueno, el hecho es que volvía a casa cuando oí gritos de una mujer. Cuando llegué al lugar, fuera del camino; y ocultos entre matorrales, vi que dos hombres la mantenían inmovilizada en el suelo, mientras ella se retorció. Puedes imaginarte lo que pretendían hacer. —El mago deseó haber estado allí y matar a esos desalmados—. Al verme, uno de ellos se vino hacia mí. Apestaba a alcohol, y el hedor de sus cuerpos me revolvió el estómago; pude imaginar el terror que sentiría Nemark. Era casi una niña, Lornark, no tenía más de doce años. El que se encaró a mí sonrió, y se jactó de la suerte de tener a otra hembra para calmar el hambre de su cuerpo. Estaba tan borracho que no se dio cuenta de quién era. Le pedí que dejara a la muchacha y se marcharan, que no les haría nada si lo hacían, aunque en mi interior luchaba por contener

el odio que nacía sin control hacia ellos y mi deseo de vengarla. Me ignoraron, así que no tuve más opción. Supongo que solo me vieron mover las manos y rieron ante ese gesto para segundos después retorcerse de dolor.

—¿Qué hiciste, Lil? —El mago conocía el poder de su amiga y sabía que no era partidaria de castigar usando la magia contra los que no estaban en la misma condición de poder, pero si era necesario no dudaría en hacerlo.

—Hice que sus testículos se retorcieran —Sonrió satisfecha al recordarlo —. Ayudé a la muchacha a levantarse y vi con sorpresa su túnica desgarrada. Era una blanca. No entendía como siendo tan joven estaba tan lejos de su congregación, y como no había usado su magia. Algo debería haber hecho para liberarse, aunque solo fuera una iniciada, un simple hechizo les habría ahuyentado, o por lo menos hubiesen pensado en las consecuencias que tendrían sus actos. Supuse que solo sería una sierva. Temblaba como las hojas que mecía el viento en los árboles cuando la cubrí con mi capa, y se abrazó llorando a mí. Sentí, entonces, como una corriente recorría mi cuerpo. Un sentimiento extraño de felicidad me embargó y deseé protegerla, cuidarla, aunque fuera con mi propia vida. Le propuse acompañarla a su hogar y se negó, lloró más aún que cuando esos desalmados intentaban poseerla. Me rogó que no la devolviera, que le permitiera seguir su camino. Algo me decía que su camino era cualquiera que decidieran sus pies en ese momento. Así que le sugerí que viniera conmigo. La tranquilicé. Le pedí que confiara en mí, y lo hizo, Lornark. Se aferró a mi mano con fuerza. Por eso la traje aquí y cuidé de ella. Sentía terror hacia todos los estudiantes y criados. Pensé en un principio que era por lo sucedido en el camino, pero pronto descubrí que ocultaba algo más. Cuando la vi con la suficiente confianza la dejé al cuidado de Enil, mi ayudante, y viajé otra vez hasta la congregación blanca. Esta vez mi ausencia sería de tan solo unas horas, usé la magia para ir y venir.

—¿Tanto te importaba para hacer eso? Tú no usas la magia para viajar.

El mago estaba sorprendido por ese sentimiento protector de Lil hacia la muchacha de dorados cabellos. Era cierto que alguna vez ella había comentado algo sobre Nemark, pero nunca llegó a imaginar lo que representaba la chica para la hechicera.

Ella afirmó antes de continuar su relato.

—Kyrie me recibió, y ni siquiera se alegró cuando le dije que yo tenía a Nemark. De hecho, pareció aliviada cuando insinué que se quedaría conmigo.

—¿Te contó algo sobre ella o su pasado?

—Sí, esto es todo lo que debió pasar según lo que recordaba Kyrie.



## 4. La historia de Nemark



—La madre de Nemark era una joven hechicera blanca, poderosa y hermosa, que estaba a punto de pasar las pruebas para convertirse en una Maestra. Todos le auguraban un gran futuro porque, pese a su juventud, estaba preparada para realizar ese examen, que superaría con facilidad.

»Su destino se tornó al conocer a un mago oscuro. Sucumbió a sus encantos y él también se enamoró de ella. Su relación se mantuvo en el tiempo hasta que él le pidió que le acompañara a su mundo. Ella tuvo que elegir, pues era una blanca, una servidora de la luz, por lo que era inconcebible que pudiera vivir con él por más que lo deseara. Cuando separaron sus caminos ella comprendió que era más que un nigromante. Era un demonio de quien se había enamorado. Lamentó su decisión pese a conocer su condición, pero ya era demasiado tarde y por más que le esperó, su amado jamás regresó ni a por ella ni a por su hija.

»De esa relación nació Nemark, una niña perfecta, idéntica a su madre, que había perdido toda la estima que le tenían en su congregación, y a la que aceptaban por obligación más que por afecto; todos sabemos su necesidad de obrar bien, aunque no aprueben los hechos.

»Luna, que así se llamaba la joven madre, veía como todos rehuían a su pequeña y la miraban con recelo. Intuyó que su hija no podría ser feliz en ese lugar, así que decidió huir. Nadie las siguió, ni tampoco las buscaron. De hecho, fue como una liberación. Sintieron como la sombra del mal se alejaba de ellos, ya que nunca llegaron a confiar en la desolada hechicera.

—¿Cómo pudieron estar juntos? —la interrumpió Lornark.

—No lo sé, nadie lo sabe, pero eso ocurrió —contestó la mujer separando

sus manos de las de él.

—Pero Nemark es pura, ¿por qué querrían deshacerse de ellas? Estaba claro que ese demonio no había vuelto a buscar a ninguna de las dos. Aunque no entiendo por qué querría un Señor Oscuro a una blanca.

Lil sonrió ante tal pregunta.

—¿Por qué la quieres tú?

Lornark calló como si le hubiese pegado un puñetazo en el estómago.

—¡Contéstame! ¿Qué quieres de ella?

—¡Nada! —La ira mal contenida surgió con esa palabra.

Lil le miró arqueando la ceja izquierda y esperó.

—¡Maldita sea! ¡Todo! Quiero todo de ella y no sé por qué.

—Está bien, tranquilo. —Le calmó la mujer— Ella no es pura. Sus padres la abandonaron por quemar a un niño.

—¿Qué? —Los ojos del hechicero se abrieron mostrando unas llamas casi apagadas. Jamás hubiera imaginado nada semejante de ella.

—Déjame acabar mi historia y lo entenderás —pidió Lil antes de continuar su relato—. Su pista se pierde hasta que se asentó en un pueblo alejado de su antiguo hogar. Allí se instaló y se ganó la vida como sanadora, mezclando su conocimiento de las hierbas con el uso de la magia curativa. Nadie la vio hacer más que eso. Aunque al principio la temían, luego comenzaron a confiar en ella y la aceptaron como uno más, y hasta se casó con el posadero de la población. Fueron relativamente felices, pero cuentan las mujeres la conocían que una sombra de tristeza siempre velaba sus ojos, que solo brillaban al contemplar a la pequeña. Sabían que nunca olvidó a su padre, por lo que siempre la apoyaban y cuidaban, sin saber cuál era la verdadera identidad de este. Siempre pensaron que ella era viuda y Luna jamás lo desmintió.

»Poco después volvió a ser madre de un niño y se convirtieron en una familia relativamente feliz. Nemark era una niña tímida que pronto destacó por su inteligencia, lo que la alejaba del resto de los muchachos de la aldea. Ella prefería estudiar el uso de las plantas, por lo que pronto los demás niños comenzaron a llamarla bruja y a burlarse de ella pese a su aspecto angelical. Eso hizo que la pareja se distanciara, ya que el padrastro no quería que su hijastra influyera negativamente en su negocio, y que de su hijo real se alejaran el resto de los niños. Así comenzaron los conflictos. Luna amaba a su hija, fruto de ese amor prohibido, que le recordaba al amante que nunca llegó a

olvidar.

»Una tarde Nemark vio que unos niños insultaban a su hermano. Este tendría unos siete años por aquel entonces. Se acercó a ellos justo cuando le tiraron al suelo, lo que la hizo enloquecer por la rabia ante esa injusticia. Trató de defenderlo, pero los otros muchachos eran mayores y más fuertes. Decían que uno comenzó a golpearla mientras le gritaba bruja. Su hermano intentó evitar la paliza y el otro niño le tiró con tan mala fortuna que le fracturó el brazo. Nemark se levantó al escuchar su llanto. Los infantes contaron que parecía la misma hija del diablo, ensangrentada y con la ropa desgarrada, fuera de sí. Que sus ojos destilaban mal y que de sus manos salieron llamas con las que abrasó al muchacho delante de todos.

Ella ayudó a su hermano y regresaron a su casa.

—¿Murió el niño? —Lornark trataba de asimilar lo que le había contado Lil, mientras se acariciaba el mentón pensativo.

—No, Luna sanó todas las heridas menos su orgullo y el de sus familiares. Eso nunca pudo arreglarlo, por lo que el odio y el miedo hacia la niña fueron en aumento. Todos en el pueblo querían a la pequeña bruja lejos de sus vidas. Hasta el padrastro se puso en su contra, así que Luna se vio en la tesitura de tener que elegir entre sus dos hijos, ya que debía ser uno u otro. El posadero se negaba a dejar que el niño se fuera con ellas dos, y la mujer no quería abandonar al pequeño. Así que hizo lo que creyó sería más conveniente para todos. Un día se marchó y dejó a Nemark en la congregación blanca a la que perteneció tiempo atrás. Los blancos aceptaron a la muchacha, porque esa era su obligación.

—¿Entonces su madre renunció a ella?

—Luna volvió unos meses después a por ella, puesto que la culpa no la dejaba vivir, pero llegó enferma por el dolor de la separación y murió poco después entre los brazos de su hija. Nemark quedó huérfana y sin tener a dónde acudir; su padrastro no la quería y, aunque su hermano deseara verla, no podría enfrentarse a su padre, aún era demasiado pequeño. No sé qué ocurriría en lensBhar. Lo que sé es que ella no fue feliz allí y huyó. Kyrrie no me dijo nada de eso.

—No entiendo. Es posible que ella usara cualquier cosa para quemar al niño, tú misma me has dicho que no practicaba magia y que solo conocía el uso de las hierbas. Los niños se asustarían si la vieron sangrando y enfadada.

—Lornark, dos veces he visto en ella esa mirada oscura como los abismos

del mismísimo infierno cuando la domina la ira.

Lornark sonrió antes de anunciar su intención a Lil.

—La llevaré conmigo.

—¡No! Es mitad blanca y mitad oscura, es aquí donde debe de estar. ¿Cómo crees que se sentiría ella entre los oscuros? ¿Cómo crees que la tratarían ellos?

—No tendrían por qué saberlo, igual que la ocultas tú, lo haría yo.

—No, Lornark. En todo caso, Nemark debe decidir si desea irse contigo o no. Sabes que no me negaré si ella lo desea, pero no uses tus malas artes para convencerla.

—¿Cuándo hago yo esas cosas? —preguntó burlón.

Ella rio.

—Podrías hacerlo ahora conmigo.

—Creo que eso es una gran idea, señora. No debería hoy enseñar a sus pupilos. Estoy ávido de sus conocimientos y no deseo compartirlos con nadie.

Las llamas de sus ojos eran abrasadoras, quemaban como el contacto de sus manos en su piel, como su lengua jugando con la suya.

El café se derramó sobre la mesa y goteó al suelo. Ninguno de los dos fue consciente de ese hecho.



## 5. La propuesta



A la mañana siguiente Nemark acudió a desayunar con Lil, tal y como le indicó una sirvienta. La joven se turbó al encontrar a los dos magos juntos, por lo que se preguntó si habría hecho algo que les hubiera disgustado de tal forma que necesitaran hablar con ella. Quizá la atracción que sentía hacia el nigromante le había ofendido de alguna manera. Tal vez fuera que ella había interpretado mal sus gestos la otra noche, o pudiera ser que solo quisiera conocer como avanzaba en el aprendizaje de la magia.

—Buenos días —saludó retorciéndose las manos a su espalda tratando de ocultar los nervios que sentía.

—Buenos días, Nemark. Siéntate con nosotros a desayunar —le pidió Lil con una sonrisa, tratando de calmarla al observar su nerviosismo—. Tranquila, no es nada malo de lo que queremos hablar contigo, aunque sí que es una pregunta muy importante la que vamos a hacerte. Nos gustaría que la sopesaras y meditaras antes de darnos una respuesta.

La joven se sentó con ellos. Se fijó en Lornark que aún no había emitido ninguna palabra. Aunque vestía de negro, no llevaba su túnica habitual. Esta había sido sustituida por una camisa y un pantalón. Le observó con timidez. Su cara estaba descubierta y las llamas de sus ojos ardían intensamente cuando la miraba, lo que provocó que ella bajara la cabeza, y removiera el café, a pesar de no haberle echado azúcar aún. Lornark era hijo de un demonio, por lo que su belleza era innegable. Sus ojos llamaban la atención, dejando en segundo plano a una nariz recta y a unos labios perfectos. Su rostro, de pómulos marcados y piel aceitunada, estaba enmarcado por una larga melena azabache, que semejava al aterciopelado cielo de una noche sin estrellas.

—¿Quieres un dulce? Los he pedido especialmente para ti —preguntó Lil acercándole la bandeja, en la que había una variedad de pastas y bizcochos.

La joven escogió el pastel de naranja y lo saboreó con una sonrisa de satisfacción. Era su favorito y le hizo olvidar momentáneamente sus dudas.

La pareja de magos la dejaron disfrutar de su desayuno mientras ellos hacían lo propio.

—¿Puedo coger otro trozo, madre? —preguntó, mirándola con la sonrisa más cautivadora que podía poner, lo que provocó la hilaridad de Lornark.

—Sí. Y ahora escúchame. Lornark y yo hemos estado hablando sobre ti y de tu interés por la magia. Ambos estamos encantados de que así sea, puesto que creemos que serás una maga muy poderosa. Tienes potencial, y ya sabes quien fue tu madre. Quizá sea hora de que conozcas la verdad sobre tu padre, si es que no la sabes.

La joven dejó de masticar y observó a su Lil. El tema de su familia real aún le hacía daño, por lo que su rostro se transformó y se volvió frío e inexpresivo.

—Está bien, sé quién es mi madre y sé que mi padre fue alguien muy especial que falleció antes de que yo naciera. Ella apenas me habló de él, por más que yo le insistiera en que me contara todo. Me hubiera encantado conocerle y no tener a ese horrible...

No terminó la frase. Lornark acarició con suavidad su mano y ella estuvo a punto de retirarla, aunque ese contacto la tranquilizaba a la vez que la alteraba, pero de una forma totalmente distinta a lo que sentía al recordar a su padrastro.

—Tu padre fue un demonio. —Lil no dio vueltas ni suavizó la información, y lo lamentó al ver como su ahijada palidecía.

El nigromante se levantó, pensando que iba a desmayarse, pero se volvió a sentar cuando comprobó que la impresión solo había conseguido que perdiera el color.

—Pero ella era una maga blanca, y decía que le amaba. Si fue un Señor Oscuro... no, eso no es posible. Sabes que eso no es posible. —Desafió a su madre con una mirada de rabia que luchaba por contener las lágrimas—. ¿Ese ser violó a mi madre?

—No, no es eso. —Esta vez fue ella la que le agarró la mano con fuerza—. Ella amaba a tu padre, pero tuvo que elegir entre dejar su mundo y su magia para ir con él. Eligió lo que pensó que era correcto y por lo que sé ni siquiera

sabía que estaba embarazada de ti.

—Pero madre. —Cada vez le costaba mantener las lágrimas y no lograba entender lo que realmente podía haber pasado—. Tú sabes que una blanca nunca podría estar con un demonio. No es posible, a no ser que fuera agredida por él.

—Tu madre no era una simple maga, Nemark. Ella debía ser una Dama del Alba o del Crepúsculo. Nunca me lo dijeron y ella no lo sabía, pero es la única forma por la que pudo estar con él. Ella pensó que moriría si le acompañaba a su hogar, no tuvo opción a cambiar de congregación ni de elegir al no ser consciente de su particularidad. Siguió las normas al tener que elegir como vivir el resto de su vida, aunque las hubiera violado tantas veces antes por estar con él.

—¿Entonces ella era cómo tú?

—Sí, como yo, una Señora del Ocaso.

—Pero tú eres azul, por eso puedes ir a la Luz o la Sombra.

—Yo podría estar en cualquier orden, Nemark, al igual que ella. Yo siento el equilibrio en mi interior, quizá ella también, pero por algún motivo estuvo más cercana a la magia blanca. Tal vez nació durante el amanecer, y seguro que sus maestros, al verla poderosa, la quisieran a su lado. Por eso nunca le revelaron su condición, y Luna sufrió la pérdida de tu padre y el rechazo de los suyos.

—¿Entonces ella era una Dama del Alba?

—Lo más seguro es que así fuera —le respondió Lil.

Los tres callaron unos instantes. Los magos dejaron que la joven asumiera lo que acababa de escuchar.

—Ya lo sabes. —Esta vez fue Lornark el que rompió el silencio—. Al ser hija de un demonio creo que deberías continuar tu formación a mi cargo.

—¿Qué? —Se soltó de ambas manos y se colocó el cabello con un gesto nervioso—. Madre, pero yo... no sé qué pensar. ¿Debo ir con él? ¿Quieres que me vaya con él?

Los dos notaron que la última pregunta era más un reproche que una duda.

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo piensas eso?

—Porque quieres que me vaya con él, ¡lo has dicho!

Esta vez las lágrimas cayeron libres por su rostro aterrizando sobre el bizcocho a medio comer.

—No, Lornark quiere que vayas con él y yo no voy a impedírtelo si lo

deseas. No puedo retenerte a mi lado, tienes que elegir tu camino. No permitiré que la historia de tu madre se repita en ti. Eres libre, y debes actuar de tal modo, y más ahora que has decidido iniciarte en la magia. Tu padre es un demonio, por lo que la magia oscura puede fluir por tus venas, pero también eres hija de una hechicera blanca. Puedes quedarte conmigo ya que nunca te pediría que regresaras a esa escuela, aunque hay otras, si es la Luz la que llama a tu destino.

—Lo siento. —Se abrazó a la que consideraba su madre—. Yo pensé que tampoco me querías a tu lado.

La hechicera le devolvió el abrazo y acarició su cabello.

—Te quiero a mi lado siempre, y te quiero a ti, y por eso te dejo elegir. Sé que con Lornark estarás bien, por eso no me he opuesto a su proposición, y por eso esta conversación empezó diciendo que era necesario que pensaras bien tu respuesta.

Nemark se separó de la hechicera y miró a ambos antes de preguntar:

—¿Por qué piensa que debo ir con usted?

—Porque eres poderosa, aunque no lo sepas, y por eso me gustaría instruirte en mi congregación. Algo me dice que serás una gran hechicera negra. Tú clamas venganza e infringes castigos, aunque no quieras asumirlo. Sé lo que ocurrió con tu hermano. —Nemark bajó los ojos avergonzada al recordar ese hecho, pero no se arrepintió en ningún momento por lo sucedido—. Por lo menos me gustaría que lo intentaras. Yo te ayudaré a que lo consigas.

—No sé qué decir. —Nemark sorbió por la nariz y se restregó los ojos aún húmedos, dejando que su mente intentara asumir lo que había descubierto y se centrara en su futuro.

—Puedes pensarlo, no hay prisa. Yo partiré en unas horas, volveré en unas semanas. Entonces me dirás lo que hayas decidido.

Lornark sujetó su mano y la besó con calidez, consiguiendo que ella se estremeciera y conociera en ese momento la respuesta, aunque se negara a decirla en voz alta. Esa acción no pasó desapercibida por Lil, que guardó silencio. Supo en ese mismo instante la decisión de su ahijada, y una pequeña punzada de dolor en su alma hizo que se volviera hacia la ventana y fingiera contemplar como el sol se elevaba sobre los prados.



## 6.La decisión



—¡Maldita sea! —gritó Nemark.

Un sonido de cristales rotos llenó el silencio que se apoderó de la estancia segundos después. La joven aprendiz de hechicera había estrellado contra la pared, sin uso de la magia, el pequeño recipiente que tenía una simple pócima, que debía calmar el temor que sentía al saber que Lornark acudiría a su encuentro en breves momentos.

Temía no estar a la altura de sus expectativas y defraudarle. Ojalá conociera algún hechizo que la dejara indiferente a sus encantos. Ese era otro factor que había influido en su estado de nervios y en la decisión de marchar junto a él.

Desenredó sus dorados cabellos con los dedos mientras luchaba por no llorar. La entristecía pensar que su madre nunca más la peinaría y enlazaría en su pelo las hojas de hiedra que siempre la acompañaban. Lil le había pedido que jamás dejara de llevarlas mientras permaneciera en la orden oscura; incluso le enseñó un hechizo para que ella misma las creara si no podía encontrarlas en aquel lugar.

Se había despedido de ella esa mañana, porque sabía que si volvía a mirarla no podría irse. Incluso ahora mismo las dudas asaltaban a su cabeza haciéndola enloquecer.

Observó la imagen que le devolvía el espejo. Era una joven hermosa. Según decían era la viva imagen de su madre. Era alta y esbelta. Su pelo, largo, liso y rubio caía sobre sus hombros. A veces, su madre adoptiva se lo recogía en laboriosos trenzados, y siempre lo adornaba con hojas verdes que combinaban a la perfección con el color de sus ojos. La característica dulzura

que solía demostrar estaba oculta en ese instante por un gesto de crispación ante la ansiedad que sentía desde el día de ayer. La marcha del que consideraba ya su hogar no le había permitido dormir en toda la noche. Por un lado, ansiaba quedarse con Lil, pero la fascinación que sentía por el nigromante era superior a ese deseo o al de servir a la orden neutral.

—Nemark — Un susurro apenas audible la hizo estremecer y palidecer más que si hubiera entrado gritando.

—Señor —contestó titubeante—. No os esperaba tan pronto

El mago pudo percibir el efecto que provocaron sus palabras, y sonrió burlón al ver como un ligero temblor agitaba a la muchacha. Dirigió su mirada a la pared por la que aún goteaba el líquido, y a los cristales esparcidos en el suelo del recipiente que había estrellado minutos antes.

—No quería molestarte, hechicera. —La risa brillaba al ritmo de las llamas de sus ojos.

Ella se ruborizó y bajó la mirada avergonzada por delatar sus sentimientos ante él.

El característico aroma, entre dulce y amargo, de las especias y las flores, mezclado con la muerte y el azufre, se adueñó de sus sentidos. Alzó la vista al sentirle tan cerca, y miró el rostro oculto bajo la oscura capucha. Vio a un hombre más joven de lo que recordaba. Sus ojos ardían con tanta fuerza como su alma. Inconscientemente dio un paso hacia atrás, pero el fuerte brazo del mago la sujetó por la cintura y, sin poder evitarlo, se encontró sumergida entre los negros pliegues de la capa de Lornark.

—Ven, te mostraré mis dominios, serás feliz en Sadúminun. Te lo aseguro. Sonrió antes de desaparecer con ella.



## **Parte 2. Sadúminun, la orden oscura**

## 8. El Laboratorio



Un fuerte estrépito acabó con la calma de la tarde. El laboratorio tembló y después el silencio absoluto. Lornark se presentó de inmediato en el lugar sin hacer uso de las puertas. A esas horas nadie debía de estar allí, pero una muchacha yacía apoyada en la pared. Su vestido azul se replegaba sobre ella, y su cabello rubio estaba alborotado, cubriéndole parte de la cara. Su tez lucía pálida, más de lo habitual. Se acercó silencioso como un gato. Tan solo el frufú de su túnica le delataba.

—¿Qué haces, Nemark? —susurró como siempre.

La muchacha, con la mirada perdida, no se percató de la presencia del nigromante.

—¡Nemark!

La hechicera intentó centrar la vista al escuchar su nombre, y miró a su alrededor confusa.

—¿Qué has hecho, Nemark?

Su suave voz desprendía una nota de impaciencia, mientras las llamas eternas de sus ojos ardían con fuerza.

Nemark le miró y se encogió contra la pared. Le dolía la cabeza de una forma insoportable, y la visión de su alta figura no hizo más que acrecentarlo. Temía el castigo que pudiera imponerle. Desde que llegó a la orden de las Sombras Lornark no había hecho ninguna distinción con ella respecto al resto de los alumnos, la trataba con frialdad, incluso podría decir que, con indiferencia, por lo que intentaba estudiar con rapidez para volver a ganarse su aprecio. Sin embargo, ahora se saltaba las normas. Acudió al laboratorio a escondidas, en busca de los libros de hechicería que allí se hallaban, y que

eran más fáciles de localizar que los que se encontraban en la gran biblioteca que siempre estaba llena de estudiantes. Necesitaba aprender a atravesar las paredes como hacía su mentor, pero, sin duda, algo no salió bien cuando lo intentó. Solo esperaba no haber roto nada, aunque por la expresión del hombre podría haber destrozado el lugar de estudio. Un ligero vahído la invadió.

—No, Nemark —pensó—. No puedes desmayarte ahora.

—Estoy esperando. —Su voz seguía siendo susurrante, pero notaba como la ira la iba apresando.

—Yo, yo quería... quería probar, necesitaba aprender, porque quería ser capaz. —Se detuvo un segundo antes de finalizar su confusa explicación—. Quería atravesar paredes.

El mago pareció crecer aún más desde su posición. Ella esperó el castigo, mientras trataba de mantener la mirada en los ojos de fuego, donde las llamas bajaron hasta casi desaparecer. Segundos después de su boca surgía una carcajada, primero suave para, poco a poco, elevar el tono, a la vez que se sujetaba el abdomen ante la exposición de la muchacha, quien palideció por semejante humillación. Hubiera preferido los coléricos susurros.

—Deberás seguir usando las puertas —dijo cuando recuperó la compostura perdida.

La joven hechicera esperaba a que su maestro se fuera para recomponer su orgullo, pero estando delante de él no se atrevía a levantarse. Tampoco creía que pudiera hacerlo, ya que la parte posterior de la cabeza le latía con fuerza, incluso la vista se le nublaba por momentos. Sintió un deseo intenso de llorar, tanto de dolor como de rabia, sin embargo, no le daría ese gusto al jocosos hechicero.

«¿Por qué no se va y me deja de una vez?» pensó la joven.

Con sumo cuidado llevó su mano a la dolorida cabeza, tratando de que el hombre no se diera cuenta de sus movimientos. Notó como se manchaba del líquido que brotaba del corte que se hizo al estrellarse contra la pared. Era el calor de su sangre lo que estaba sintiendo resbalar por su pelo, aunque hasta ahora no había reparado en ello.

Secó la mano en el lateral del vestido, tiñendo de rojo su celeste tela.

—¡Vamos! —Insistió el hechicero—. No creo que quieras pasar aquí la noche, y tampoco que seas capaz de llegar a tu alcoba como pretendías.

La eterna burla había vuelto a su siseante voz. La chica no dijo nada, se limitó a respirar hondo antes de coger fuerzas y levantarse. Rogaba ser capaz

de hacerlo y salir de ese cuarto sin caerse. Sólo faltaba ese detalle para que la mofa de su maestro fuera total.

Cuando Lornark se dio la vuelta se apoyó en la pared y se incorporó. Notó escurrirse la sangre por la espalda. Deseó que el mago no se diera cuenta de ello. Su larga melena disimularía la herida y, de todas formas, ella estaba detrás de él.

La habitación comenzó a tambalearse bajo sus pies cuando se irguió, lo que hizo que su frente se perlara de un sudor frío. Respiró hondo, podía hacerlo. Unos pasos más y estaría fuera. Él se iría y ella podría descansar. No entendía por qué su cuerpo se negaba a obedecerla. Sus ojos se cubrieron de oscuridad.

—No, por favor, no.

Lornark escuchó su ruego, lo que hizo que las llamas de sus ojos se encendieran con rabia. No había pensado en castigarla, así que no comprendía por qué lloriqueaba de esa manera. Se dio la vuelta para recriminarle su actitud. Si era un castigo lo que quería lo tendría.

—Maestro, yo no...

La joven aprendiz trató de justificarse, aunque no llegó a completar su frase.

El mago comprendió lo que le sucedía y de una zancada llegó a tiempo para recoger el cuerpo que caía sin remedio hacia el suelo.

El olor a hierba de su pelo, mezclado con el metálico de la sangre, inundó sus sentidos. Sus dedos notaron la calidez del líquido vital que escapaba de la cabeza de su pupila. Se fijó en la pared manchada de rojo, lo mismo que la falda en la que había limpiado sus manos antes de desmayarse.

—¡Maldita seas, Nemark!

Sus ojos ardían con fuerza. La ira que sentía estaba dividida entre la muchacha que calló su estado, y él mismo, por no ser capaz de apreciar lo que le ocurría. Debería haberse dado cuenta de que su lividez y confusión se debían al fuerte golpe sufrido.

Sujetó con firmeza el cuerpo de la joven contra su pecho mientras murmuraba las arcanas palabras que les transportarían hasta su cuarto.

La dejó con delicadeza en la cama, y observó con sabios ojos la brecha que todavía sangraba. No le resultaría difícil cerrarla y curarla, a pesar de desear no hacerlo. Así le demostraría que no debía jugar con los hechizos que aún no dominaba en soledad. Si fallaba en sortilegios más peligrosos podría

incluso costarle la vida.

No tardó en sanarla. No era habitual que un mago oscuro hubiera aprendido ese arte, sin embargo, Lil le enseñó a hacerlo cuando se conocieron. Su recuerdo le hizo sonreír unos segundos, para después volver a centrarse en la convaleciente hechicera. Sabía que estaba bien. No obstante, la dejaría en su alcoba con el fin de vigilarla. Se dijo a sí mismo que solo lo hacía para poder cuidarla, aunque lo cierto era que disfrutaba con su compañía. Era una joven bonita, a veces algo cándida, pero ya se encargaría él de amoldarla a la magia a la que esperaba que decidiera finalmente dedicarse.

Así, inconsciente, sin que Nemark se percatara, acarició su pelo. La sangre empezaba a secarse, y los mechones manchados de rojo se endurecían. Las verdes hojas de hiedra que lo adornaban estaban marchitas y sucias.

El fuego de sus ojos se encendió cautivador. Recorrió el perfil de su rostro con un dedo. Era hermosa, pero no la más bella. Tal vez sus ojos fueran demasiado grandes, su nariz también, y sus labios eran... perfectos, como toda ella, incluidos sus ojos y su nariz.

Acomodó a la chica entre las negras sábanas. Por un momento pensó en quitarle la túnica manchada y cambiarla por otra limpia, pero no lo consideró oportuno. Seguro que Nemark se sentiría turbada por su comportamiento y no quería incomodarla si no era necesario.

Notó el calor de la hechicera y deseó estrecharla entre sus brazos, sentir su proximidad, como había hecho momentos antes en el laboratorio cuando la trajo a su alcoba. Pese a haber sido sólo unos segundos, y a la preocupación por su salud, había comprobado cómo su cuerpo reaccionaba al contacto de su discípula.

Colocó unas almohadas bajo la cabeza de la convaleciente, y tras arroparla se alejó de ella obviando sus sentimientos.

Se dirigió a su escritorio, después cogió un libro y se dispuso a estudiarlo. Encendió el fuego de la chimenea con un leve movimiento de la mano y continuó su lectura, aunque le era imposible concentrarse con la aprendiz en su cama.

Desviaba continuamente la mirada hacia ella, aunque trataba de concentrarse hasta que un gemido le distrajo de su ocupación.

Nemark tenía los ojos abiertos, y miraba todo con curiosidad y aturdimiento. Notaba como le martilleaba la cabeza. Tocó con cuidado el lugar donde se hizo la brecha y un agudo dolor la atravesó, como si en vez de su

mano lo hubiera hecho con un martillo. Un gemido escapó de sus labios. Entonces le vio.

Lornark se levantó y se dirigió hasta ella. Fue entonces cuando la hechicera se dio cuenta del lugar en el que se encontraba. La oscura habitación de sobrias paredes, iluminada por la luz que desprendía una chimenea, en la cual crepitaba un fuego que brillaba de la misma manera que lo hacía en el iris de su maestro. Las letras doradas de los libros que llenaban una estantería, brillaban con el reflejo de las llamas. Junto a ellos, en un jarrón de fino cristal, se encontraba la rosa negra que le regaló. Se ilusionó al verla y, pese a la austeridad y el ligero halo de maldad que reinaba en el cuarto, sintió que estaba en el sitio correcto. Se escurrió entre las sábanas y cerró los ojos. Deseó quedarse ahí y que el tiempo se detuviera en ese momento.

—Nemark. —La suave voz del hechicero hizo que cerrara los ojos con más fuerza—. Nemark.

El susurro del nigromante se volvió apremiante, por lo que la chica abrió los ojos.

—¿Cómo te encuentras? —Sus ojos de fuego se burlaban de ella. Podía sentirlo.

—Bien. Creo que debo irme. No sé qué hago en su cama, maestro, pero ya me voy.

Se incorporó veloz, sacando los pies de la cálida cama. El dolor se clavó como un puñal en su cerebro.

«Otra vez no, por favor» pensó cuando notó como el vacío se empeñaba en absorberla otra vez. Intentó luchar contra ello, agarrarse a la luz, a la realidad. La cálida voz de Lornark logró mantenerla en ella.

—¡Nemark, estate quieta! —Las manos del hombre la sujetaron con firmeza por los hombros—. Creo que aún no estás recuperada para ir a ningún lado.

—Ayúdeme a llegar a mi cuarto, allí me quedaré hasta que me recupere.

—Aquí estoy más cómodo. —Fue toda la explicación y razón que le dio.

La hechicera le miró sin comprender, mientras se llevaba la mano a su herida.

—No sangra —dijo como si eso pudiera convencer al mago.

—Cerré tu herida, pero no puedes jugar así. La magia es un arte, debes dominarlo tú a él, no él a ti. Podría haberte costado la vida. Este es tu castigo. Aguantarás el dolor y la recuperación que sea necesaria y yo me encargaré de

que así sea.

Bajó la mirada tras el paternalista discurso del maestro. No quería verle. No entendía por qué la había traído a la habitación.

—No puedo cuidarte si estás en tu cuarto —contestó a la muda pregunta de la chica—. Aquí estoy más cómodo. Tengo mis cosas.

—Menos la cama —le interrumpió.

—Menos la cama —repitió burlón.

Ella se hubiera sonrojado, pero la sangre que había perdido, y la debilidad que sentía en ese instante, le impidió hacerlo.

—Túmbate y descansa.

La suave voz de Lornark era persuasiva, y ella estaba cansada. La empujó con suavidad hacia el colchón. Al apoyar la cabeza en la oscura almohada su rostro destacó cada vez más pálido, con moradas ojeras rodeando sus verdes ojos. Un sudor frío cubrió su cuerpo. Jadeó en un intento de recobrar el sentido de la vista que se empeñaba en nublarse. Notó como su corazón se aceleraba y que una terrible angustia crecía en sus entrañas. Lornark fue consciente de ello.

—Nemark. ¡Nemark, mírame!

—No —susurró.

—Nemark, agotas mi paciencia. ¡Mírame!

La muchacha obedeció. Apreció su cercanía, mientras las llamas de sus ojos quemaban su piel. Notó más turbación de la que sentía normalmente en su presencia. Esto no podía ser real. Desde que había llegado a su institución no le había prestado mayor atención que a cualquier otro alumno, por no decir que menos que al resto. Era una fantasía, comprendió, un sueño. Era absurdo que estuviera en su cama. Se sintió fuerte para aprovechar esa situación en su ensoñación. Alargó la mano temblorosa hasta el sorprendido mago, quién la permitió continuar sin hacer nada por detenerla. Le acarició con delicadeza el rostro, temerosa de su reacción, pero al ver que solo sonreía, se llenó de valor, y enredó sus dedos en el pelo azabache del hombre, que la ayudó a incorporarse. Nemark le miró un segundo antes de besarle tímidamente, siendo correspondida con dulzura por el hechicero, que la separó con suavidad segundos después.

—Mi querida hechicera, no creo que estés en condiciones de mantener ningún juego amoroso en estos momentos. Te desvanecerías entre mis brazos. Y te aseguro que me encantaría que lo hicieras, pero por otros motivos más

placenteros.

Había hablado mirándola directamente a los ojos, por lo que ella pudo ver que no había burla ni enfado en sus palabras. De hecho, el fuego que siempre ardía en ellos se había apagado prácticamente, y solo brillaba una cálida luz rojiza que parecía una mezcla de amor y ternura, o eso dedujo ella.

—Dejaremos eso para cuando estés más recuperada, ¿de acuerdo?

Sus palabras confirmaron que no era un sueño. Sin embargo, la animaron a abrazarle y apoyar la cabeza en su hombro.

—No me encuentro bien —murmuró.

—Lo sé —le contestó acariciándole la nuca.

—Todo me da vueltas, tu habitación se mueve. No me encuentro bien — insistió.

—Lo sé, tranquila.

Nuevamente la separó de él, y la ayudó a tumbarse despacio, sentándose a su lado. Apenas Nemark apoyó la cabeza en la almohada se incorporó con un quejido de dolor, con el miedo y la angustia reflejados en su rostro. Le miró suplicante, y después desvió la mirada, tratando de mantener el contenido de su estómago dentro de él. No quería vomitar en la cama de su maestro. Se sujetó el estómago con una mano y tapó su boca con la otra. Lornark se sentó junto a ella y la cogió entre sus brazos impidiendo que cayera.

—¿Qué te ocurre, Nemark?

—No quiero vomitar en su cama —contestó sin separar la mano de su boca y tratando de zafarse.

—Tranquila, no vas a vomitar y si lo haces no pasa nada.

—¿No se enfadará?

—¡Demonios, no! ¿Quién te crees que soy?

Calló al ver que la mujer aguantaba a duras penas las lágrimas y seguía intentando levantarse.

—No me enfadaré contigo. —La tranquilizó hablándole con suavidad y sujetándola con firmeza contra su pecho.

Ella paró su forcejeo. Dejó de luchar y la oscuridad la embargó. Cuando consiguió abrir los ojos todo estaba negro, pero comprobó que era la túnica del mago, que la mantenía sujeta a su pecho, lo que veía.

—Lo siento.

—Tranquila. No voy a dejarte así.

Lornark no entendía qué le ocurría. No era normal su confuso

comportamiento, ni tampoco el dolor que parecía ser tan intenso como para provocar ese continuo mareo. Estaba seguro de haber sanado bien su herida, también de que el golpe no había sido tan fuerte como para que su cerebro estuviera dañado. Tampoco creía que ella fuera tan débil como para no soportar el dolor que pudiera sufrir una vez sanada. Aun así, ahora tenía claro que no podía dejarla en ese estado.

—¿Por qué? —preguntó angustiada, mirándole suplicante y abrazándose con fuerza a su cuello.

—No voy a permitir que cada movimiento que realices te provoque un desmayo. Además, estás aturdida. Pronto te encontrarás mejor.

El mago comenzó a susurrar un hechizo, mientras ella notaba como la magia recorría su cuerpo y un sopor la embargaba.

—No, por favor —musitó luchando contra el sueño que ya la iba poseyendo.

—Tranquila, tranquila.

El mago estaba atónito ante el comportamiento de la hechicera. Acarició su mejilla con delicadeza. Ella, apoyada en su pecho, escuchó el sonido de su corazón, y notó que ese ritmo la envolvía en su cadencia.

—No quiero dormir.

—¿Por qué?, ¿qué ocurre? —preguntó con paciencia.

—Tengo miedo.

—¿De qué? —Esa mujer no dejaba de sorprenderle—. No voy a castigarte, no voy a enfadarme. Tranquila.

—¿Se quedará conmigo?

—¿Me temes? —No lo creía, pero ya no sabía qué pensar ante esa actitud sin sentido que mostraba la mujer—. ¿Quieres que me vaya o quieres volver a tu cuarto?

—No, ¿estará conmigo?

—¿Para qué crees que te traje aquí? Claro que voy a estar contigo. Yo velaré tu sueño, hechicera. Duerme tranquila y no temas.

—Gracias.

Se apretó más contra él. Su olor y su calor la envolvieron. Bastaron unos segundos para que durmiera con placidez entre sus brazos. El nigromante se relajó también y cabeceó mientras pensaba en los secretos que no conocía de la muchacha y que la habían alterado de esa manera. Estaba seguro de que algún oscuro suceso vivido era lo que la había hecho actuar así.

Le despertó un quedo gemido. Se estiró. Le dolían los músculos por haber permanecido tanto tiempo en la misma postura. Dejó a Nemark lo más cómoda posible y, tras arrojarla, se dirigió nuevamente al escritorio. Apenas habían pasado unos minutos cuando ella volvió a gemir. Se sorprendió, puesto que su sueño debía de ser tranquilo. Debería dormir toda la noche sin problema, el mágico sueño era suficiente para paliar el dolor del golpe. Se inquietó cuando la vio estremecerse y empezar a temblar.

—Maestro, no, sé que es mi castigo, pero déjeme morir.

—¿Morir, qué demonios dices?

Lornark se dirigió hasta ella. No hacía frío en la habitación para que temblara de esa manera. Posó la mano en su frente y notó que ardía.

—Sé que es mi castigo, pero no me torture, déjeme morir.

—¿Qué castigo? No te castigo, Nemark. ¿Qué has hecho? ¡Nemark, escúchame!

La hechicera se retorció y se agarró la cintura con un ligero grito de dolor.

—¡Maldita criatura! ¿Qué has intentado también, qué has tomado? Te has envenenado.

Sacudió a la chica por los hombros, tratando de hacerla reaccionar.

—¿Qué has hecho?

—Solo quería atravesar paredes, lo juro. —Su voz sonó débil y entrecortada.

—¿Y qué más? ¿Qué poción has usado?

—No usé ninguna, el libro no ponía que hicieran falta. Déjeme morir, o sálveme, no lo haré más, nunca más.

Se encogió aún más, envolviendo sus piernas con los brazos. El mago pensaba, mientras la contemplaba impotente. Si era un veneno no podría curarla sin saber cuál era.

—¿Qué has comido? ¿Qué has bebido?

—Por favor...

Nemark se agarró a su muñeca mirándole con ojos desorbitados y suplicantes.

—¡Contesta! Yo no te estoy castigando, ¿no te das cuenta? —Le sujetó ambas manos y la miró fijamente—. Yo no te hago esto, pero necesito saber para poder ayudarte.

Sujetó su cabeza entre las manos, tratando de leer su mente. Sus ojos de fuego ardían con rabia. La febril muchacha no dejaba que lo hiciera. Quizá

fuera por la fiebre, pero lo cierto era que era incapaz de encontrar coherencia a sus recuerdos. Sin embargo, ella reaccionó y comenzó a hablar.

—Sacul, él me dio algo, dijo que era agua, pero no lo era, no sé...

El mago apoyó la mano en su frente mientras recitaba unas palabras que debían bajar su fiebre, al menos momentáneamente. Esperaba que ese aprendiz fuera realmente el causante de su estado. Se levantó y se dirigió a la puerta, antes de abrirla un grito desgarrador le detuvo.

—¡Maestro! No me deje. —El llanto cortaba la voz de Nemark—. Tengo miedo.

No se volvió. El fuego de sus ojos ardía rojo y podría arrasar con todo lo se pusiera en su camino. No llegó a abrir la puerta, un hombre vestido como él lo hizo.

—Maestro.

—Cuidala. Si notas que empeora, llámame; espero no demorarme mucho y llegar antes de que la fiebre suba nuevamente.

Ignoró el entrecortado llanto de su pupila y desapareció envuelto en llamas.

—Nemark, soy Khorus, el ayudante del maestro. — Se presentó el hechicero, pese a saber que ella ya le conocía, sentándose junto a ella en la cama

La chica intentó verle, por lo que se restregó los ojos. Ahora que la fiebre había remitido podía pensar con más claridad, aunque también sentía el dolor con mucha más fuerza. Se retorció en la cama mientras nuevas lágrimas caían libres por su cara.

—Nemark, dime qué puedo hacer para aliviarte.

—Mátame, acaba con esta tortura. —Su voz susurrante había cambiado de tono, e incluso hubiera conseguido aterrar a los que la escucharan. Alargó la mano y aferró la del hombre que estaba a su lado. Este retorció el gesto con una mueca de dolor, pero no retiró el brazo de la garra que lo aprisionaba. No pensó que esa chica, y más en esos momentos, tuviera tanta fuerza.

—Tranquila, pronto llegará el maestro y te curará

—No, se ha ido para no ver mi muerte —le explicó distorsionando cada sílaba a causa del dolor.

—No, Nemark. Ha ido a buscar a quien te ha envenenado. Hará un antídoto que te sanará, pero necesita saber qué es. Tiene que saber contra qué luchar. Te hubiera curado ya de saberlo. Por eso me dejó aquí contigo, él me llamó

para no dejarte sola.

La chica le respondió con un gemido.

—Tranquila, pronto pasará.

No sabía qué hacer para tranquilizarla. Ella seguía encogida, con el pelo empapado en sudor y pegado a su rostro. Se lo retiró con cuidado. Ese contacto fue suficiente para notar que la temperatura iba en aumento de nuevo. No quería soltar su mano, así que hizo aparecer un recipiente con agua y un paño. Lo empapó y lo utilizó para refrescarle la frente y las mejillas, causándole un estremecimiento. Volvió a pasar el pañuelo humedecido por el cuello y ella se acurrucó contra él, cobijándose en su regazo. El mago, sorprendido, la acogió con su brazo entre los pliegues de su túnica. Nemark soltó la mano mientras comenzaba a temblar, por lo que Khorus la sujetó más fuerte intentando controlar los espasmos de la chica.

—No me dejes, por favor. No te vayas como él.

—No me voy, me quedaré contigo.

La hechicera se incorporó y se volvió a encoger, liberándose ligeramente de los brazos masculinos, y cogiéndose las rodillas. Apoyó la cabeza en el pecho de él, y al hacerlo un acceso de tos convulsionó su ya torturado organismo. Se limpió la boca con el dorso de la mano, que se cubrió de sangre.

Khorus se percató de ello.

—¡Mierda! —masculló y llamó al maestro—: Lornark.

Hizo uso de la telepatía para advertirle del empeoramiento de la hechicera. Sabía que tan solo con llamarle entendería lo que ocurría, por eso no le preocupó que no contestara a su llamada.

— Aguanta, Nemark. —Khorus trataba de animar a la joven, que empeoraba con rapidez, y no demostrarle su preocupación.

—No te preocupes. —La joven parecía haber recuperado la cordura y hablaba con relativa calma—. Gracias por estar conmigo. No me sueltes, yo pronto voy a...

—Calla. No te voy a dejar, y pronto estarás bien —la interrumpió Khorus.

Pese a que solo habían pasado unos minutos, la ausencia de Lornark se le antojaba una eternidad ante la impotencia que sentía.

—Estoy cansada.

—Lo sé, pero tienes que luchar, aguanta —insistió.

Notó como la chica perdía fuerza entre sus brazos. Acariciaba sus

hombros cuando un nuevo ataque de tos cubrió sus labios de sangre.

El mago la obligó a mirarlo.

—Eres fuerte, demuéstrelame.

La hechicera negó con la cabeza. Ardientes lágrimas surcaron sus mejillas y bañaron la mano que aún sujetaba su barbilla.

—Déjame, no puedo más.

—Claro que puedes, no cierres los ojos. —La susurrante voz de Lornark llegó lejana a sus oídos— No dejes que lo haga, Khorus. Solo dame un minuto.

El nigromante acababa de regresar a la estancia y se obligó a no mirar a la muchacha. Si lo hacía, la furia inundaría su alma y necesitaba tener la mente clara. Se dirigió al armario donde guardaba hierbas y otros componentes que usaba para sus pócimas personales. Cogió los ingredientes necesarios mezclándolos con destreza, y los infusionó. Escuchaba a su ayudante hablar a susurros con la hechicera y ella le contestaba con algún acceso de tos cada vez más débil.

Lornark, mientras trabajaba con destreza, recordó cómo había llegado a la habitación de Sacul, que ya se encontraba en la cama. El aprendiz se sobresaltó al ver la oscura figura que se personó ante él. El fuego de sus ojos le aterró.

—¿Qué has hecho, Sacul? —El amenazante susurro demostraba una ira mal contenida.

—Nada, maestro.

Salió del lecho y se quedó ante él en posición de respeto, sin atreverse a levantar la mirada.

—¿Crees que soy idiota? —El eterno siseo subió su tono.

—No, maestro. Por supuesto que no, pero no sé a qué se refiere.

—Responde, entonces. ¿Qué le has hecho a Nemark?

El aprendiz palideció al no ser capaz de comprender como se había enterado, ya que ella debería de estar muerta. Nadie podía haberlo visto dar a la joven la bebida envenenada, y había calculado la dosis para que ella enfermara cuando ya se hubiera retirado a su alcoba. No debería de haber tiempo de avisar a ninguna persona para que la auxiliara.

Viendo que el silencio se hacía dueño del traidor, el nigromante susurró las arcanas palabras que invocaron a unas manos fantasmales que apretaron el cuello del pupilo.

—Como ella muera lamentarás tu suerte y desearás que estas manos

hubieran segado tu vida ahora mismo, pero no lo harán. Yo mismo me encargaré de arrancarte la piel despacio. Romperé cada uno de tus huesos, y mientras quemaré tus entrañas como las de ella. Pero no morirás, te irás consumiendo lentamente. Pedirás, clamarás, la muerte, como está haciendo ella. Así que, habla.

El fuego de sus ojos lo abrasaba. Sabía que Lornark cumpliría su amenaza si no le confesaba su acto, aunque las manos le agarraban de tal forma que lo único que llegó a salir de su boca fueron unos gorjeos ininteligibles. Incluso respirar era doloroso. A un simple gesto del mago, estas liberaron ligeramente de su ahogo al joven, que jadeó antes de confesar cuál fue el veneno.

Lornark escuchó la voz de Khorus llamándolo. Eso significaba que Nemark estaba empeorando por lo que no debía demorarse más.

—Más vale que no mientas —le amenazó con ira antes de marcharse de la misma forma en que llegó.

—No lo hago, maestro.

Las manos volvieron a oprimir con más fuerza el cuello de su víctima, dejándole atrapado allí.

Lornark esperaba que su amada no falleciera, porque si eso ocurría Sacul lamentaría haber nacido. De momento se conformaría con saber su castigo y se centró en acabar de preparar el antídoto. Vertió la pócima obtenida en un vaso y se acercó a la cama donde Khorus sujetaba a la hechicera del vestido azul.

Por primera vez desde que la conociera no pudo oler su característico perfume a hierba. Este había sido sustituido por el de la muerte.

Un profundo temor le aprisionó las entrañas. Temía que el antídoto que acababa de preparar no pudiera contrarrestar el veneno que devoraba la vida de la muchacha.

—Bebe, Nemark —dijo acercando el vaso a sus labios.

La chica no reaccionó. Respiraba de forma irregular cobijada en los brazos de Khorus.

—Levántale la cabeza, tiene que beber —ordenó con angustia.

El ayudante obedeció. Esperó que la chica fuera capaz de tragar el contenido del líquido, el cual se derramaba por la comisura de sus labios, pese al cuidado con el que Lornark se lo hacía beber. Tras unos minutos Nemark empezó a respirar con normalidad, también su temperatura bajó unos grados.

El nigromante, con la frente perlada de sudor, miró a Khorus, que

demostraba la misma ansiedad que él mientras seguía abrazando a Nemark, negándose en todo momento a entregarla a la cercana muerte.

Luego observó a su pupila. Tenía un aspecto deplorable, con sus labios aún teñidos de sangre mezclada con el verdoso líquido que no pudo tragar y que se escurría por la barbilla hasta su cuello. Estaba tan pálida que su piel hubiera podido ser de mármol. Los ojos, cerrados, estaban enmarcados por oscuras ojeras. El pelo enmarañado, cubierto de sangre y sudor, caía en mechones desordenados sobre su rostro y su túnica. Pese a todo era hermosa. Envidió a su ayudante. Deseó tener su frágil cuerpo entre sus brazos, y que los de ella le abrazaran, tal y como estaba haciendo ahora mismo con Khorus, mientras apoyaba, ahora calmada, la cabeza en su pecho. Una punzada de celos se le clavó sin remedio ante esa visión en el corazón.

—Khorus, vete a descansar, yo la cuidaré.

—Sí, maestro —obedeció, soltando a Nemark, que protestó al verse alejada de los protectores brazos.

—Tranquila —susurró Khorus—, todo está bien ahora.

Cuando llegaba a la puerta, el nigromante le paró.

—Has hecho un buen trabajo. Por cierto, ve a la habitación de Sacul y libérale pero que no pueda abandonar su alcoba. No tengas prisa en hacerlo. Debo pensar si matarle yo mismo o dejar que sea Nemark la ejecutora del único castigo que merece ese cobarde.

El ayudante asintió con la cabeza y salió. Más tarde acudiría a auxiliar a Sacul. Él tampoco aprobaba el mal arte que había usado contra Nemark.

Lornark se sentó junto a su pupila. Usó el paño para limpiar la cara de la muchacha. Lavó su cuello y la parte descubierta del pecho.

—Pequeña.

Un ligero gemido fue la respuesta que dio Nemark antes de abrir los ojos y ver quien la cuidaba.

—Está aquí, señor —musitó calmándose al sentir su presencia.

—Sí, Nemark, estoy aquí.

—Creí que me había abandonado.

—Tuve que hacerlo, pero ya estoy contigo. —Las llamas de sus ojos ardían con suavidad al mirarla—. Duerme tranquila.

—Tengo miedo.

—¿De qué? Te vas a recuperar, no hay nada que temer.

Lo miró mientras un estremecimiento recorría su cuerpo sin saber qué

contestar.

—¿Tienes frío?

Ella negó con la cabeza.

El hechicero se tumbó junto a ella y la abrazó. Nemark, confiada, se acomodó junto a su cuerpo.

—¿Mejor así?

La hechicera no contestó. Colocó su cabeza de modo que escuchara el sonido del corazón de su salvador.

—Sí, ahora sí.

Cerró los ojos y no tardó en dormir calmada. Él apretó suavemente su dolorido cuerpo.

—Descansa, Nemark. —Besó su pelo y un ligero aroma a hierba acompañó ese gesto. Suspiró aliviado—. Bien hecho, pequeña. Ahora yo cuidaré de ti.



## 9. El poder



El calor arreciaba esa tarde. Nemark corría por los pasillos, mientras su pelo ondeaba como una estela tras ella, dejando impregnado a su paso el olor a hierba que desprendían las verdes hojas que lo adornaban. Ese aroma que molestaba a algunos aprendices puesto que les recordaba al de los magos blancos. Ellos no sabían que esa compañera bien podría ser una seguidora de la Luz.

Aunque podía transportarse al lado de Khorus usando la magia, aún gustaba de realizar el camino a pie. Pese a que ya era tarde, sabía que su amigo no se enfadaría por el retraso. Hoy habían quedado en los jardines, entre el laberinto de setos, puesto que no querían que nadie les sorprendiera.

Sin dejar de correr recordó el lejano día en el que, afortunadamente, su fallido intento de atravesar las paredes le había salvado la vida y además había propiciado que Khorus se convirtiera en su mejor amigo y en su mentor particular; por el contrario, Lornark, aunque solía vigilar su progreso, no había vuelto a acercarse ella de la misma manera, tampoco demostraba que deseara algo más que no fuera ser su maestro.

El nigromante sugirió que ella misma ejecutara a Sacul, puesto que un asesinato, aunque la fortuna la libró de ese fin, debería ser penado con la muerte. Le aseguró que de buena gana lo haría él, incluso Khorus acabaría con la vida de ese traidor con gusto, pero ella le pidió clemencia para el aprendiz, y gracias a ello Sacul no fue castigado. Nemark, tiempo después supuso que eso le habría decepcionado y por eso se había vuelto a alejar de ella. Seguro que Lornark lamentaba que la herencia de su madre blanca dominara su mente

y pronto la devolvería con Lil a la congregación azul.

Anhelaba las dos noches que pasó en su cama, en las que solo durmieron, pero en las que su aroma, su calor y su cuerpo habían alimentado los sueños en la soledad de su lecho, cuando deseaba que él hubiera dado un paso más. Ese que ella tampoco se atrevió a dar.

Khorus comenzó a instruir a la hechicera personalmente, a instancias de su maestro, una vez finalizadas las clases, porque era consciente del enorme potencial de la joven y del inmenso interés por aprender, que no podía ser satisfecho con las enseñanzas comunes al resto de los aprendices de su nivel. Lornark también, aunque esto no lo reveló a su ayudante, deseaba que Nemark abandonara el azul de su túnica y se entregara a la magia oscura. Por ese motivo alejaba los sentimientos que sentía hacia ella. No quería que se convirtiera a su orden solo por el deseo de estar con él. Tampoco sabía si el distanciamiento que se había impuesto sería suficiente para ello, intuía que la maga anhelaba lo mismo que él pese a todo.

Estas enseñanzas eran llevadas en un estricto secreto, ya que no quería que los demás estudiantes pensaran que la hechicera tenía un trato de favor y llegaran a odiarla. Lo único que alguno intuyó es que la joven mantenía un escaqueo amoroso con Khorus.

Nemark, con un cuaderno pegado a su pecho y jadeante, saltó los escalones de dos en dos. Intentó no arrollar a algunos aprendices, que se hicieron a un lado para dejarla pasar, aunque no por ello callaron sus quejas.

—¡Perdón! —gritó mientras salía al jardín.

El sol cegó sus ojos momentáneamente, y el sofocante calor se apoderó de su cuerpo, pero no por ello detuvo su carrera. Unos metros más y llegaría al laberinto, donde la temperatura bajaría unos grados bajo las sombras de los árboles. Iba a torcer un recodo, cuando una oscura figura se personó ante ella. Detuvo su paso y observó quién podía ir al lugar acordado con Khorus. Las campanas aún no habían dado las seis, así que esperaba a que se fuera el intruso, que se dirigía a donde estaba sentado su mentor.

El encapuchado miró un segundo hacía atrás, pero no la vio, por lo que aceleró el paso hasta el hechicero. Nemark había reconocido a Sacul y no supo muy bien cómo actuar.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Khorus al ver que no era la hechicera la que había llegado a su cita.

El traidor no contestó y se abalanzó sobre él. Sin darle tiempo a

reaccionar clavó una daga en su corazón antes de esfumarse.

Nemark corrió hasta su amigo al percatarse de lo ocurrido. Ella no sabía sanar una herida tan vital, solo conocía el uso de las hierbas, por lo que no sabía qué hacer. No podía hacer nada para ayudarlo.

Se derrumbó a su lado y apoyó la cabeza del hombre en sus rodillas. Khorus intentó hablar, pero la sangre brotó de sus labios.

—¡Khorus! —susurró incrédula ante lo que estaba viendo.

Cuando la respiración de Khorus se paró, la hechicera deseó morir con él. Ni siquiera pudo gritar, ni llorar. Repitió su nombre con un hilo de voz hasta que otra persona le tocó el hombro.

—Déjame, Nemark —La imperiosa voz de Lornark no la reconfortó esta vez.

—Ha muerto —dijo con la voz entrecortada, aún incrédula—. Ha muerto.

Depositó con cuidado la sangrienta cabeza en el suelo y se alejó. Lornark no le prestó más atención, puesto que todo su interés se centraba en salvar a su amigo. Arrancó el puñal que se había abierto paso entre las costillas, clavándose en el órgano que latía en su interior. La letanía del hechizo inundó el lugar. Una cadencia bien aprendida salía de forma segura y tranquila. Khorus abrió los ojos de golpe, sobresaltado, con el sufrimiento dibujado en ellos. Aspiró dolorosamente el ardiente aire de la tarde. Tosió y la sangre que aún quedaba en su tráquea salió despedida.

—Gracias, maestro.

Lornark no contestó. No hacía falta. El alivio se reflejaba en su cara. Un segundo más y habría muerto sin remedio. Pese a que su ayudante le llamó al sentir el cuchillo en su corazón, la herida era tan certera que habría muerto en pocos minutos.

—¿Cómo estás, soportas el dolor? —Su susurrante voz llenó el silencio.

—Estoy bien, el dolor es grande, pero me demuestra que estoy vivo.

—¿Quién fue?

—Sacul.

—Le prometí a Nemark respetar su vida aquella noche, pero hoy no le valdrá ninguna condescendencia. Voy a matarlo a no ser que quieras hacerlo tú.

—Como gustes, Lornark. Solo quiero estar presente.

—Lo estarás. Vamos. —Tendió su mano para ayudarlo—. ¿Puedes incorporarte?

—Lo intentaré —contestó aceptando su ayuda.

Una vez en pie desaparecieron del lugar hasta los aposentos del nigromante.

—Descansa, Khorus. Voy a buscar a Nemark. Se alegrará de conocer que estas vivo. Es posible que esté descargando su rabia con hechizos o destrozando enseres.

Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro del nigromante, secundada por su ayudante, que conocía de los arrebatos a los que sucumbía la hechicera cuando se enojaba.

Sin razón aparente, la luz que entraba por la ventana se nubló y la habitación quedó en penumbra.

—Algo no va bien. —Lornark se dirigió al ventanal. Comprobó que la tormenta que se acercaba no era un fenómeno natural por lo que después de pensar unos segundos devolvió su atención a Khorusk—. Quédate aquí, estarás seguro si no sales. ¡No lo hagas!

—No podría, me siento débil.

—Mejor, tengo que averiguar qué ocurre. Este cambio no es normal, nada presagiaba una tormenta esta tarde.

Nemark caminaba con las lágrimas cegándole la visión. Según se alejaba del lugar donde yacía su amigo muerto, la furia crecía sin remedio en su interior. El dolor dejó paso a la ira y al deseo febril de venganza.

Un nombre se dibujó en su mente y se transportó a la parte más sombría del jardín donde gran parte de los estudiantes descansaban, charlaban o leían tranquilamente.

La furibunda muchacha miró a su alrededor buscando a su presa. Muchos de sus compañeros se volvieron hacia ella al notar como una gran fuerza se abría ante ellos. Fueron los alumnos más aventajados los que comprobaron sorprendidos que era la hechicera azul la que desprendía semejante poder. Todas las miradas se dirigieron hacia ella, algunas con respeto, y otras intimidadas por el cambio de su compañera. El silencio sumió el lugar donde solo el murmullo del aire fue presente en unos segundos.

—¡Sacul! —gritó—. ¿Dónde te escondes? ¡Sacul!

—¿Qué te pasa, Nemark? —preguntó un sorprendido amigo de la hechicera.

Ella no contestó. Con un leve gesto de la mano el chico salió despedido unos metros, aterrizando sobre otros que se habían acercado a ver lo que

ocurría.

—¡Sacul!

—¿Qué quieres? —El aludido se acercó hasta ella con una socarrona sonrisa—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte? No sabía que estuvieras tan impaciente. Ya sabía que Khorus no podría...

—¡Cállate! ¡No lo nombres!

—¿Qué quieres entonces? ¡Aquí me tienes!

Se situó ante ella con los brazos abiertos, burlándose con su actitud.

—Voy a matarte, no voy a clavarte un cuchillo a escondidas, lo haré delante de todos.

La risa del hombre encendió más, si eso era posible, su ira.

La hechicera notó como la magia llenaba su cuerpo. Debía controlar el poder. Elevó unos segundos sus brazos al cielo y se encomendó a Aralk, la reina Oscura, y está acudió a su llamada, prestándole su ayuda. Solo bastó un segundo para que el cielo se cubriera de nubes negras y el sol desapareciera del firmamento. Un fuerte viento agitó su pelo, y la túnica azul revoloteó alrededor de sus pies. Sus ojos se oscurecieron y su dorado cabello se convirtió en puro fuego. Los hombres la miraron incrédulos, impresionados por la transformación que se producía ante sus ojos. Un deseo irracional creció en ellos ante la sensual imagen de la mujer que desprendía magia y erotismo a partes iguales. Ni siquiera las féminas quedaron indiferentes ante ella. La contemplaban con una extraña admiración, fascinadas por la visión.

Una bola de fuego rompió el trance en el que se había sumido la congregación que observaba la escena. Nemark la apagó con solo una mirada.

—No tienes nada que hacer, sabes que soy más fuerte que tú —amenazó Sacul sorprendido e intimidado por la hechicera.

—Inténtalo, acaba lo que empezaste aquella tarde. ¡Cuánto lamento no haber dejado que el maestro acabara contigo! Aunque si lo hubiera hecho no tendría el placer arrancarte el alma yo ahora.

Los presentes guardaban silencio, expectantes. Observaban atónitos, sin llegar a comprender qué era lo que ocurría. Algunos conocían la historia de cómo el aprendiz intentó matarla cuando la joven rechazó sus propuestas amorosas, por lo que decidió vengarse de la peor manera. Pero no sabían qué podía haber ocurrido ahora para que ella quisiera matarle, puesto que entonces fue la misma hechicera la que impidió su ejecución. Lo que conocían era que Sacul era un estudiante del penúltimo nivel y ella aún no llevaba un año en el

lugar, lo cual suponía una clara desventaja para Nemark.

Lornark llegó al jardín sin que nadie se percatara de su presencia, y se mantuvo alejado de su alumna, dispuesto a defenderla si era necesario. Había presenciado el cambio que se había producido en la hechicera, y como el resto de los alumnos habían sucumbido a su magia. Él mismo sintió su poder, solo la parte de demonio que aún conservaba, evitó que cayera presa de su sensualidad. Sacul, embargado por el miedo que le mordía las entrañas y por su instinto de supervivencia, también consiguió mantener ese sentimiento fuera de su mente. El aprendiz lanzó un nuevo ataque que la mujer neutralizó con facilidad.

Los espectadores se preguntaban por qué ella no atacaba, y se limitaba a defenderse de los hechizos de Sacul, que otra vez elevó sus brazos junto a su voz. Contempló satisfecho como la hechicera se vio rodeada por sinuosos áspides, los cuales se detuvieron a su lado. Ella los contempló amorosa. Se agachó, y tendió su mano hacia uno de ellos. La serpiente se acercó dócil y se enrolló en su brazo, desde ahí trepó hasta su hombro. Una vez allí la rodeó, y bajó por su torso hasta la cintura, para luego deslizarse hasta el suelo y dispersarse en la nada.

La escena aumentó el éxtasis de los presentes. Nemark, ajena a todo ello, seguía rechazando las ofensivas que, infructuosamente, el hechicero le lanzaba, cada vez con mayor nerviosismo y desesperación, al ver que era incapaz de dañarla. Mientras, el cielo seguía rasgándose con espectaculares rayos. El viento había amainado, y el cabello de fuego ondeaba lentamente, acariciando los hombros de la joven.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer? —La hechicera notaba como su adversario se debilitaba, sin embargo, ella mantenía prácticamente sus fuerzas intactas.

El mago intentó un nuevo ataque, pero sus labios esta vez no lograron emitir ningún sonido puesto que la hechicera comenzó un suave cántico. Como respuesta a su voz, las serpientes que deberían haberla atacado comenzaron a salir por la boca del aterrado Sacul, clavando sus afilados colmillos en su cuerpo. El mago cayó al suelo cuando el veneno comenzó a emponzoñar su sangre.

—Aún no —le explicó al traidor a la vez que movía sus manos.

Sacul se elevó por una fuerza ajena a él y fue obligado a permanecer de pie. Los áspides desaparecieron para ser sustituidos por una lluvia de dardos

que se clavaron en el aturdido mago, humedeciendo la negra túnica con su sangre.

Nemark entonó un nuevo sortilegio, desconocido para la gran mayoría de los presentes, y, pocos que alguna vez lo escucharon, se atreverían a repetirlo. El poder que debían de tener para usarlo no estaba a su alcance aún, antes deberían pasar las pruebas de la Hechicería. Y ahí estaba una hechicera de primer nivel, que ni siquiera era una oscura, haciendo un llamamiento a las fuerzas fantasmales.

—Señora. —Las sombras se reverenciaron ante ella—. Esperamos sus órdenes.

No les contestó, se limitó a mirar al hechicero, al que mantenía en pie con la fuerza que desprendía su mano izquierda. Ellos acataron el callado mandato.

—¡No! —gritó Sacul cuando los seres abrazaron su cuerpo. Notó como se helaba su sangre y exprimían su esencia.

—No, claro que no, aún no —insistió ella una vez más.

Levantó los brazos al cielo y este se abrió liberando a un rayo que cayó sobre el malherido enemigo. El olor a carne quemada inundó el aire. La hechicera, cuando notó que la fuerza comenzaba a fallarle, ordenó que el fuego quemara a Sacul con calma, alargando su sufrimiento. Los desgarrados gritos aterraron a sus compañeros.

—Podéis hacer lo que os plazca con su alma —dijo a las fantasmales presencias —, luego volved a vuestro lugar.

—Sí, señora.

Los entes, agradecidos, dedicaron una grácil reverencia a su dueña. Pocos eran capaces de dominar a esas criaturas, guardianes de los demonios, y que salían del mismo Infierno. Los que allí se encontraban seguían sin salir de su asombro, atónitos ante el estremecedor espectáculo que estaban viendo. Jamás podrían volver a mirar a la hechicera sin admiración, incluso con respeto o miedo.

Los gritos del triste humano se mantuvieron hasta que los entes arrancaron su alma y escaparon con ella entre risas de felicidad, dejando un halo frío en el lugar.

Nemark contempló, por última vez, lo que quedaba del cuerpo carbonizado tirado en el suelo, y del que aún salía un humo grisáceo. Sintió que la fuerza se le agotaba. Había gastado toda su energía con la poderosa magia que había

usado. Ni siquiera podía volver a su cuarto usando tal arte, sino que debería hacerlo andando. El fuego de su pelo se había apagado, y sobre él caían las hojas quemadas que siempre lo adornaban.

Aunque sus compañeros no se percataron de la presencia de Lornark, al estar pendientes la Hechicera Azul y de la batalla, Nemark sí le vio. Este la miraba orgulloso. La burla eterna había desaparecido de sus ojos, transformándose en satisfacción.

—Lo siento —dijo al pasar por su lado.

Lornark no contestó. La dejó marchar mientras se dirigía a sus alumnos.

Cuando Nemark llegó a su cuarto se arrancó las cenicientas hojas de su cabello y las arrojó al suelo, observando la imagen que le devolvía el espejo. Sus ojos se habían teñido de negro, y su pelo, ahora tricolor, imitaba las llamas del fuego, como si estas se hubieran quedado apresadas en él.

Se tumbó en la cama. Estaba exhausta. Le costaba respirar. El dolor de la pérdida aún le oprimía las entrañas. Pese a saber que la muerte de Khorus había sido vengada, él no volvería a la vida.

Entre tanto, Lornark regresó a su aposento a comprobar el estado de su ayudante. Aún estaba asombrado por lo acontecido. Se preguntaba si alguna vez haría sentir a la hechicera algo parecido a lo que, sin duda, Khorus había conseguido. Dudaba sobre si la muerte de su persona podría ser capaz de despertar tales emociones.

—Lornark. —Khorus había estado mirando por la ventana siendo testigo de la venganza de su amiga. Aún estaba impactado por lo ocurrido—. Se ha entregado a nosotros.

—Sí —susurró el mentor—, nunca imaginé que lo hiciera de tal manera. Has hecho un gran trabajo.

—No he sido yo solo, creo que es todo obra tuya. Yo no le he enseñado a dominar a los elementos, ni a invocar a los entes.

El nigromante calló. Él tampoco. Tendría que averiguar cómo podía haber aprendido semejantes sortilegios sin ayuda.

—Creo que debemos decirle que vives.

—Nemark, ven conmigo.

Nemark escuchó la voz en su cabeza. Nunca antes su mentor se había comunicado con ella así, aunque sí sabía que lo hacía con Khorus.

—Nemark.

La hechicera escuchaba su suave voz, pero no podría transportarse hasta

donde se encontraba. Incluso levantarse de la cama le resultaba doloroso. Él vivía en lo alto de la torre, por lo que debería subir las escaleras. Sin embargo, debía responder a su llamada, aunque deseara quedarse descansando.

—Voy, maestro, deme unos momentos, por favor.

—¿Por qué lo haces tan difícil?

—Maestro, no puedo realizar más magia ahora —explicó la muchacha—. Debo ir andando.

La presencia oscura la sobresaltó.

—Disculpa, Nemark, no imaginé que estuvieras tan débil. Estoy muy sorprendido con lo que has hecho. No sabía de lo que eras capaz. Muchos habrían muerto ante tal esfuerzo, pero cuando te fuiste estabas bien, aunque debí suponer que estabas agotada y por eso caminabas.

La hechicera le miró sin contestarle.

—¿Por qué lo sientes? —preguntó recordando las últimas palabras de la muchacha.

—Siento no haberle hecho caso y no haber dejado que le matara cuando debió hacerlo.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del mago. Por un momento había temido que se arrepintiera de lo que había hecho.

—Ven, tengo que enseñarte algo. Luego podrás descansar, pero te aseguro que te alegrará.

El mago abrió sus brazos, invitándola a entrar en ellos. La hechicera se acercó a él y dejó que la envolviera entre sus ropajes. Apoyó la cabeza en su pecho y suspiró. Notó como la calma la envolvía allí. El mago aspiró el aroma de su cabello y no se sorprendió al comprobar que este también había cambiado. El de las frescas hojas de hiedra había sido sustituido por el del humo. Todo en ella se había transformado, incluso su actitud, ya que se entregaba a él con confianza. Notó como lo abrazaba con fuerza. Le devolvió ese abrazo, notando como su cuerpo reaccionaba a ese contacto. Recordó la sensual imagen de ella en el patio cuando era parte del cielo, era aire, tormenta y fuego. Deseó besarla. Sabía que podría hacerlo, que ella le respondería, pero no quería que el dolor fuera lo que la arrojara a sus brazos. Quería que se entregara a él como había hecho con la magia. Así que, pese a desearla con locura, controló sus instintos, limitándose a devolver ese abrazo y llevarla hasta su cuarto.

Nemark, aferrada a su mentor, no se separó de él ni cuando llegaron a la habitación.

—Nemark. —Acarició su pelo antes de separarla suavemente de él—. Mira.

La chica se volvió despacio, hasta que otra voz la llamó e hizo que se girase y se dirigiera hasta su dueño, abandonando unos brazos para entregarse a otros.

—Khorus —repetía sin tregua mientras que las lágrimas caían libres por sus mejillas—. Pensé que habías muerto.

Aflojó ligeramente su abrazo para mirarle.

—Estuve a punto. Lornark pudo salvarme.

La muchacha lanzó una mirada de agradecimiento a este para después volver a mirar a los ojos a su amigo, y afirmar con una frialdad que sorprendió a los dos hombres por igual.

—Le maté.

—Lo sé. Lo vi desde aquí. Jamás había visto tal despliegue de poder. Creo que a partir de ahora vas a tener que instruirme tú a mí.

—¡No digas sandeces! Tienes tanto que enseñarme aún.

—Es posible. —Su respuesta se acompañó de un gesto pensativo.

Nemark le liberó del abrazo para volverse hacia Lornark.

—¿Por qué no me lo dijo? Llegó antes de que matara a Sacul.

—¿Acaso hubieras actuado de otra manera?

—Sí, por supuesto.

La rotunda respuesta hizo que los hechiceros se miraran preocupados, pensando si lamentaba sus actos.

—No hubiera hecho nada de lo que hice. Habría metido la mano en su pecho y le habría arrancado el corazón para arrojárselo a la cara, a ver si era capaz de volver a ponérselo.

Su voz ronca declarando tan macabras intenciones resultó tan erótica como la imagen del patio momentos antes. Lornark apreció que no solo él había caído en el embrujo de sus palabras. Khorus, al que nunca le había visto mirarla más que como un hermano o amigo, lo hacía ahora con el deseo bañándole el rostro. Humedeció los labios mientras trataba de controlar el suyo.

—No hubiera gastado tanta energía.

Esa afirmación rompió el hechizo y los hombres recuperaron la

compostura.

Lornark sonrió. Si no hubiera gastado tanta energía, él no hubiera tenido el placer de tenerla entre sus brazos. Igual que ahora, que deseaba volver a sentir su cuerpo junto al suyo.

—Vamos, Nemark, te devolveré a tu cuarto —Abrió los brazos invitándola a acomodarse entre ellos para llevarla a su habitación.

—Gracias, maestro. Noto como flaquean mis fuerzas.

Se abrazó a él. Dejó caer con suavidad la cabeza en su hombro y cerró los ojos. Sintió la magia atravesar su cuerpo cuando se transportaron de una habitación a otra. Los últimos rayos de sol, en un cielo ya despejado, entraban por la ventana, iluminando levemente el cuarto.

—Es tarde, ¿tienes hambre? Si lo deseas puedes cenar en tu cuarto.

Lornark sabía que debía de descansar, pero también alimentarse. Ella negó sin separarse de él. Notaba que algo más, aparte de su físico, estaba cambiando. Levantó los ojos hacia los del hombre y le miró con intensidad.

—Nemark. —El mago estaba cautivado por la intensidad de su mirada.

El susurro de su nombre provocó una reacción que nunca antes hubiera podido imaginar. Se puso de puntillas y besó sus labios, tímida primero, desesperada después. La ira; el miedo; el dolor; la angustia; el alivio; la pasión y el deseo se mezclaron, liberándose en él. Lornark la abrazó con más fuerza y correspondió a ese beso, que se hacía cada vez más febril y desesperado, lo que hizo que el mago recuperara la razón. Él no la quería así, no quería ser un desahogo para ella. Quería que cuando se entregara fuera por amor, lo demás estaba de más, por eso ahora mismo no podía aceptarla y se separó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nemark intentando volver a sus brazos.

—No quiero que me utilices. —Apartó a la mujer de su lado sin dejar de mirarla.

—¿Utilizarte?

—Exacto, utilizarme. No quiero ser tu juguete.

—¿Utilizarle? —repitió como si no hubiera escuchado al mago—. ¿Eso es lo que hace usted, utilizar a la gente?

—No; sí; a veces, pero eso da igual ahora.

La hechicera pensó con rapidez. Quería a ese hombre, llevaba mucho tiempo aguantando su deseo, y le necesitaba en ese momento más que a ninguna otra cosa, ni alimento, ni bebida.

Alargó su mano, sensual y sinuosa hacia él, sin apartar sus ojos negros de los llameantes de él mientras le acariciaba el brazo.

—Puede utilizarme si quiere. —La voz ligeramente oscura intentaba dominar a la mente del maestro.

Lornark abrió la boca y la volvió a cerrar sorprendido ante el ofrecimiento de ella. La quería, pero no así. No deseaba ni podía utilizarla. La amaba demasiado como para ser un simple desahogo, causado por el influjo de la magia oscura que por fin la dominaba.

—¡Por todos los demonios! ¿Qué locura estás insinuando?

—Puede hacerlo. —Nemark acompañó sus palabras con una cautivadora sonrisa.

—¿Qué? —preguntó indignado por la propuesta de la chica.

—Puede utilizarme, no me importa.

—¡A mí sí! No quiero hacerlo. —Se soltó nuevamente de ella.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que le ocurre? —chilló Nemark desesperada.

—Cálmate. No voy a usarte, ni tú lo harás conmigo.

—¿Por qué? —insistió— ¿Es que no hay nada que le guste de mí?

—¡Me gusta todo! ¿No te das cuenta, mujer? —su voz se elevó lo suficiente para demostrar la furia que le invadía.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Qué estás agotada y no puedes pensar bien. Mañana desearás que esto no hubiera ocurrido. —El mago trató de justificarla ante él mismo.

—Claro. ¿Qué tienen las demás? ¿Qué me hace falta?

Lornark controló la rabia, no quería decirle nada de lo que luego se pudiera arrepentir. Si realmente tuviera claros los sentimientos de la hechicera, si supiera que eran los mismos que él sentía por ella, no dudaría en poseerla en ese mismo instante, pero había esperado a que se abriera a su magia, sin que se viera forzada por una relación con él. En ese momento solo notaba que ella necesitaba calmar el cuerpo con adrenalina, llenar el vacío que le había provocado usar su poder recién adquirido. Sabía que un acto sexual calmaba esos sentimientos hasta que fuera capaz de controlar su fuerza mágica.

—Me iré para que descanses. Te prometo que mañana hablaremos.

—No quiero hablar ni hoy, ni mañana.

El nigromante intentó coger su mano para calmarla, pero ella la apartó como si fuera un ser venenoso.

—¡No me toque! Ni se le ocurra hacerlo si no es como quiero —siseó entre dientes.

—¡No lo haré! Sal y busca a cualquier hombre. Si te ofreces así no tendrás problema en llenar tu lecho de ellos y calmar tu ansia.

—Lo haré, no lo dude.

El orgullo habló por ella, mas no dejó que el dolor se demostrara ni en sus palabras, su voz o su rostro.

—Me voy, Nemark. Debo cuidar de Khorus.

—Claro, desde luego. Él sí merece sus atenciones.

—Adiós, Nemark.

Lornark desapareció de la habitación.

La hechicera se revolvió al ver que se había ido. Cogió todas las cosas que había a su alcance y las estrelló contra las paredes. También la rosa azul que le regaló Lornark cuando la conoció. Deseó destrozarla, por lo que la tiró contra el suelo. Era incapaz de destruirla y ahogada en frustración, rompió a llorar. Pasada la furia notó como el frío se apoderaba de su cuerpo. No podía parar de temblar. Cogió unas mantas y las echó en la cama. Necesitaba descansar, sentía que se desplomaría en cualquier momento, por lo que se acostaría tal cual estaba vestida. Contempló la habitación con los objetos rotos en el suelo. Entre ellos destacaba el azul de la flor. Se agachó y la recogió. Se tumbó en la cama y se tapó la cabeza con la capucha. Después de arrojarse sujetó la rosa frente a su rostro y dejó que el sueño la envolviera.



## 10. Nada calmará mi sed



Lornark volvió a su habitación junto a Khorus. No le hizo falta decir nada para que su amigo intuyera que lo que había ocurrido había alterado al hombre de tal manera que las llamas de sus ojos ardían con furia.

—Si no necesitas nada más volveré a mi cuarto, Lornark. Nos conviene descansar a todos.

—Te acompañaré. ¡Vamos!

—No hace falta, iré andando. Me gusta comprobar que puedo hacerlo.

—Te acompañaré —insistió.

El cuarto de Khorus estaba en la misma planta de la torre y quizá caminar aclarara sus sentimientos.

—Descansa, mañana será un arduo día —dijo con actitud paternal.

El joven se tumbó en la cama y apoyó la cabeza en la almohada mientras suspiraba con amargura. Necesitaba hacerlo, estaba mucho más cansado de lo que pensaba. Lornark apoyó la mano en su cabeza, luego entonó un suave cántico que le sumió en un sueño que le libraría del dolor durante la noche.

Volvió a su cuarto meditando lo ocurrido, y así siguió hasta que se sentó en la silla y comenzó a estudiar el libro que descansaba sobre su escritorio. No pasó mucho tiempo hasta que olvidó lo que hacía, otra vez se encontró pensando en Nemark, en sus labios y en su dolor. Pensó en que debía haberla ayudado a descansar al menos, de la misma manera que había hecho con Khorus. Se preguntó qué es lo que estaría haciendo ella, si dormiría y si ya se habría calmado. Casi inconscientemente, su pensamiento le transportó al cuarto de la hechicera. Todo estaba en la más absoluta oscuridad, pero él no

necesitaba luz para ver. El fuego de sus ojos le permitía hacerlo. Pisó los fragmentos de cristal rotos que estaban en el suelo, papeles y algunos abalorios. Intuyó la rabia de la mujer y lo que le había impulsado a hacer ese destrozo. Con un gesto, la habitación quedó en orden. No soportaba ver ese cuarto así y más al sentirse culpable de ello.

Miró hacia la cama y la vio temblar, pese a estar cubierta por mantas y tener la cabeza tapada por la caperuza de su túnica. Se acercó a ella preocupado. No hacía frío, aun así, encendió el fuego. Sabía que al gastar tanta energía con la magia el cuerpo se resentía. Ahora estaba pagando el precio de su esfuerzo. Debía de estar agotada. Aunque había demostrado valor y experiencia para dominar los hechizos realizados, sobre todo al invocar y dominar a los entes, su preparación física era aún débil. Sin embargo, no había emitido ninguna queja, solo su imposibilidad de llegar hasta él cuando se lo pidió. Aunque cuando se había ofrecido a él no la encontró tan débil. Estaba seguro de que no habría desfallecido en caso de haber sucumbido a sus encantos. La flor azul que aferraba con fuerza la hechicera llamó su atención. Sonrió al recordar el día en el que se la regaló.

—Si te gustan las flores te cubriré de ellas.

Casi por instinto una rosa negra apareció en su mano y la dejó cerca de su almohada.

Se sentó a su lado en la cama y acarició con suavidad el pelo que se había escapado de su capucha, y que le tapaba parte de la mejilla. Él también había sentido el frío por usar la magia hasta la extenuación. Nada podía calmarlo, solo el descanso devolvería la fuerza al cuerpo y a la mente.

—¡Ay, Nemark! ¿Qué voy a hacer contigo? Si hubiéramos compartido tu cama no estarías mejor ahora. Aunque quizá durmiendo entre mis brazos te encontraras mejor.

Ella abrió los ojos al escuchar su voz, alargó la mano hacia él y se la cogió con firmeza.

—Maestro, quédese conmigo. Estoy asustada.

—Me quedaré, pero dime, ¿qué te asusta?

—Yo, no sé quién soy. Tengo miedo.

—Lo sé. Estoy contigo.

Ella afirmó con la cabeza, cerró los ojos y siguió durmiendo. El mago sabía lo que decía, la confusión que sentía. Había aceptado su poder, se había entregado a la magia oscura. Su alma había abandonado la orden azul para

entregarse a la de la oscuridad. Estaba absorto en sus pensamientos, pero volvió a la realidad al notar como Nemark se acercaba a él y se acurrucaba a su lado. La miró, y comprobó que continuaba dormida. Acarició su hombro y su brazo, consiguiendo que la muchacha dejara de temblar tan intensamente. El nigromante pensó cómo se desarrollaría ahora la vida de la hechicera en las clases junto a sus compañeros. Estos la mirarían con respeto o terror. Ni siquiera sabía a qué nivel de estudio debería acceder. Quizá podría habilitar un cuarto en la torre junto al de Khorus y el suyo, y que ellos fueran sus únicos sus mentores. Sus dedos jugaban con el rebelde mechón de cabello que seguía libre, ensortijándolo distraído. Bajó los labios a su frente y no reconoció su olor, ya que el característico aroma a hierba no había vuelto a ella, sino que había sido sustituido por el del fuego y el humo. Éste era realmente cautivador, y aspiró con fuerza mientras la besaba. Estaba seguro de que nunca volvería a recuperar la anterior esencia, tampoco sus ojos verdes volverían a su color, al igual que el de su cabello. Como si hubiera escuchado sus pensamientos, la mujer se estremeció y se enroscó en sí misma. El mago se dejó escurrir entre las sábanas y se tumbó a su lado arropándola con su brazo. Ella se pegó a él y suspiró profundamente.

—No me deje, maestro —habló adormilada.

—Nunca, Nemark, nunca. Tranquila. Yo velo tu sueño.

La mujer se relajó y se abrazó a él, disminuyendo los temblores hasta que poco a poco fueron desapareciendo según avanzaba la noche. Fue entonces cuando el mago abandonó el lecho de la mujer y fue al suyo donde consiguió dormir hasta el alba. En ese momento quiso volver al cuarto de Nemark y comprobar cómo se encontraba, pero desestimó ese deseo. Le pareció más propio llamar a su ayudante, no quería revivir la situación de la noche anterior. Este se presentó ante él casi de inmediato, demostrando que su descanso había conseguido reparar casi por completo su cuerpo.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. Algo dolorido aún, pero puedo soportarlo.

—No quiero que hoy des clases, ya me encargo yo. Prefiero que descanses y cuides de Nemark. Está perdida y asustada. Necesito que la ayudes a que asuma su nueva situación.

—Claro, Lornark.

—Comunícame cualquier cosa que creas que debo conocer.

—Por supuesto —contestó mientras le miraba inquisidoramente.

—Khorus, ella ahora es diferente, piensa en lo que puede ocurrir antes de actuar. Debe asumir que ahora es mucho más que una humana normal, y quiero comprobar si mi teoría es cierta.

El aludido se sintió más confuso aún. Trató de encontrar un sentido a las palabras del hombre, quien parecía estar concentrado en el clima del exterior.

—Lo comprenderás al verla, y eres libre para actuar. Ve con ella ahora.

Khorus se presentó ante la puerta de su vengadora. Llamó con suavidad por si aún dormía. La puerta se abrió casi de inmediato. Una figura encapuchada, vestida con la negra túnica de su orden, lo recibió. Apenas podía ver su cara, solo podía vislumbrar la palidez de un rostro.

—¿Nemark? —preguntó dubitativo.

—¿No me conoces, Khorus? —La sensualidad de su voz le devolvió el recuerdo del día anterior y disolvió sus dudas —. Pasa.

Él también notó el nuevo aroma de la mujer.

—¿Estás bien, Khorus? —La pregunta sonó más como una afirmación y desconcertó al mago.

—Sí, solo persiste un poco el dolor, pero es soportable.

—Me alegro de que hayas venido. —Su sinuosa voz tenía una cadencia diferente.

Lornark tenía razón, la muchacha había cambiado más de lo que hubiera podido imaginar.

Ella se acercó con movimientos felinos, y Khorus no podía apartar la vista de esa sombra que se aproximaba lentamente, totalmente hipnotizado por su voz. Nemark posó su mano en el brazo de él, que se estremeció ante ese contacto mientras deseo crecía en su interior.

La mujer sentía arder su alma y necesitaba calmar el fuego que quemaba sus entrañas. Recordó el rechazo de Lornark, el único hombre que deseaba que la aceptara, pero estaba claro que él no deseaba tomarla como amante, que ella no era nada para él. Se había ilusionado pensando que el hechicero la amaba de la misma manera que ella lo hacía, pero era evidente que se había equivocado.

Khorus era un hombre atractivo. Sabía que bajo su ropa había un cuerpo musculoso que la haría estremecer. Sí, valdría para saciar sus pasiones. Por un momento se sorprendió de sus pensamientos, pero la lujuria quemaba su cuerpo y ese instinto dominaba su mente, solo deseaba saciar su apetito sexual.

—Khorus.

Su voz ronca hizo que el mago diera un paso hacia atrás. Recordó las palabras del maestro. Ahora todo cobraba sentido. Trató de que su mente dominara al cuerpo. Aunque era realmente difícil, ella anulaba su entendimiento. Deseaba tomarla entre sus brazos, besarla y calmar el ansia que se había despertado en su cuerpo. Pero recordó las palabras de Lornark y pensó en lo que podría ocurrir. Comprendió que si lo hacía jamás podría estar con otra mujer sin desearla a ella, porque algo en su interior le aseguraba que los placeres que le proporcionara la joven no serían comparables a los que ninguna otra fémica le hubiera dado, y menos aún con las que compartirían su cama después. También sabía que ella no le dejaría ser su amante siempre, que su corazón pertenecía a Lornark, aunque nunca se lo hubiera confesado directamente. De la misma manera que el mago la amaba, no hacía falta decirlo. Lo supo el mismo día que llegaron juntos, cuando vio como la miraba, hablaba y trataba. También sabía que su amigo esperaba algo antes de actuar. Intuyó que era esto, y dudó por qué le había enviado a él, cuando el mismo Lornark era el que debería estar en ese lugar. Tampoco comprendió que la noche anterior la rechazara, porque estaba seguro de que así había sido. Por eso, ahora se debatía entre entregarse al placer o huir.

—¿Qué te pasa, Khorus? —Una ambigua sonrisa se había dibujado en el rostro femenino, pero el joven no pudo verla al mantenerlo oculto bajo su capucha.

—¿Qué te pasa a ti, Nemark?, ¿tienes hambre, has desayunado? —preguntó intentando distraer a la muchacha.

La hechicera cogió nuevamente su brazo. El contacto era insoportable, nublaba por completo su razón.

—Nemark, no hagas eso, por favor. —El mago retiró el brazo mientras negaba con la cabeza.

—¿Por qué no? ¿Tanto os desagrada? —gritó furiosa soltándole.

—¡Demonios! No me desagradas.

Ella bajó la capucha mostrando sus ojos negros, que fulgían más oscuros aún, profundos como abismos. Su pelo se extendió, liberado sobre sus hombros cayó como una cascada de fuego.

Khorus abrió los ojos impresionado por su belleza. Estaba más hermosa que nunca, más que ninguna mujer que hubiera conocido, y le estaba ofreciendo un placer que estaría reservado para muy pocos.

—¿Es esto lo que te molesta? Sigo la oscuridad como tú. Es mi precio.

Pero no entiendo que me haga repugnante.

—¿Repugnante? ¡Por todos los demonios! Eres la mujer más hermosa del mundo, lo único que deseo ahora mismo es tirarte a esa cama y amarte.

—¡Pues hazlo! —gritó fuera de sí.

—¡No!

—¡Mientes entonces!

—Nemark, cualquier hombre mataría por estar contigo. Por besarte, por recorrer tu cuerpo. ¡Sal y compruébalo!

—Lo hago contigo y me rechazas.

—Nemark, nunca nos quisimos así, romperemos nuestra amistad. ¿Es lo que quieres? Nada será igual. ¿De verdad es lo que quieres? Pídemelo nuevamente; no podré negarme. —Afirmando sus palabras, estas últimas salieron roncadas y entrecortadas por el deseo.

Llamó silencioso a Lornark. Si alguien tenía que estar ahí era él. Nemark le amaba y ahora era el único que podría salvarle de cometer un error que lamentaría siempre. Lornark intuyó lo que ocurría, la misma historia del día anterior, pero con diferente protagonista.

El nigromante se personó en el cuarto y les miró. Khorus tenía el rostro congestionado, pero Nemark le mantuvo la mirada sin cambiar su expresión.

—¿A qué viene, señor? —preguntó con furia.

Estaba a punto de conseguir su propósito con otro hombre, tal y como le había sugerido, por eso no entendía qué pretendía con su actitud.

—Khorus debe descansar. La herida de ayer podía haber acabado con su vida, ¿recuerdas lo que ocurrió? ¿Acaso quieres matar lo que yo logré salvar?

—¡No!

—Vete, Khorus. Yo me encargo.

El ayudante suspiró con una mezcla de alivio y frustración, pero desapareció de la habitación.

Lornark miró a la mujer con la furia reflejada en sus llameantes ojos. Ella le devolvió la misma ira en su oscura mirada. Su pelo encendido llameaba creando una imagen terrible y seductora.

—¿Qué deseas, Nemark? —preguntó resistiéndose a caer en el hechizo de la mujer—. ¿Mitigar la sed de tu cuerpo? Sal y busca a cualquier estudiante, tu sola presencia le hará enloquecer. Usa los que te hagan falta. Te adorarán y tus deseos se calmarán. Has recibido todo tu poder en un momento, has sido capaz de dominar hechizos que no conoces. ¿Sabes qué significa eso? Que no solo

Aralk te ha escuchado, toda tu herencia paterna se ha destapado. Sabes que los demonios son seres mágicos, con fuertes instintos que debes aprender a controlar, también los sexuales. Por eso busca a un aprendiz; y luego, cuando seas capaz de pensar con claridad, vuelve a mí.

La hechicera bajó un segundo la mirada al suelo para que no viera el dolor que le causaban sus palabras, después fijó sus ojos en él despectivamente. Lornark fue consciente de ese gesto. Pudo ver como la ira dejaba paso a la desolación para volver al primer sentimiento en cuestión de segundos.

—Puedo estar con todos los estudiantes, incluso con Khorus, pero nada ni nadie llenará el vacío que siento.

—Sí lo harán —contestó suavizando el tono.

—¡No, no lo harán! Solo... —La hechicera detuvo su confesión.

—¿Solo qué? —preguntó ante su repentino silencio.

Nemark se volvió, no quería ver su rechazo como la noche anterior. Ya fue suficiente una vez.

—Tiene razón, iré a buscar al que debe compartir mi cama, si no le importa. —El orgullo impedía que de sus ojos brotaran lágrimas, quizá tuviese razón, no era lo que deseaba, pero se encontraría mejor después —. Ya puede irse. Si vuelvo aquí, quiero intimidad.

Sintió las manos masculinas en los hombros y su aliento cerca del pelo, haciendo que se preguntara por qué la torturaba de esa manera.

—Nemark —La voz del hechicero sonó ronca cerca de su oído.

La obligó a girarse y a enfrentarse a su mirada. Buscó en la de ella, encontrando deseo, pasión, lujuria y amor.

—Dime, Nemark, ¿qué apagará tu fuego?

—Usted, señor. —Bajó la mirada antes de continuar—. No quiero estudiantes, no quiero a nadie, nunca les quise. Solo a usted. Solo sus labios calmarán mi sed, solo su cuerpo saciará mi hambre.

—Nemark —El nombre sonó lleno de deseo cuando la estrechó entre sus brazos.

Sorprendida levantó su rostro hacia él, que no dudó en acariciar sus labios. Un ligero gemido intentó escapar de ellos, pero fue callado por un apasionado beso.

Al separarse, Lornark la contempló. Los oscuros ojos reflejaban, como si de un espejo se tratara, las llamas de los suyos. Su llameante cabello enmarcaba su pálido rostro, que lucía arrebolado por la felicidad. Mantenía

los labios entreabiertos, invitando a que fueran besados nuevamente. La túnica negra que cubría por fin su cuerpo, era el complemento perfecto para su belleza.

—¡Estás tan hermosa!

Ella sonrió con media sonrisa, mientras el mago acariciaba su mentón y elevaba nuevamente su rostro hacia él, enredando la mano entre su pelo y cosquilleando en su nuca. La besó otra vez, y comprendió que estaba perdido, aunque siempre lo supo, pero ahora no había marcha atrás. Por fin podía amarla libremente. La empujó a la cama y se dejó caer sobre ella.

—Maestro —Una súplica se escapaba en esa simple palabra.

—No soy tu maestro, no aquí, no ahora. Soy Lornark.

—Me temo que sí debes de ser mi maestro.

El mago paró un segundo sus caricias y la miró sorprendido; no sabía si había entendido bien sus palabras, nublado como estaba por la pasión, pero el ligero temblor de la hechicera le demostró que lo que pensaba era cierto.

—Nemark, mi hechicera.

Calmó un momento su deseo. Sin embargo, ella se aferró a él con fuerza, callando sus palabras con un ardiente beso, envolviéndole en el torbellino de placer salvaje que destilaba la maga.

Su mano buscó lentamente la de su amante, que descansaba a su lado. Nemark sonreía sumida aún en el oscuro éxtasis. Acarició los dedos del mago, que aferró los de ella y los llevó a sus labios, besándolos uno a uno. Mientras, ella se arrullaba mimosa contra él, notando como la pasión invadía otra vez su cuerpo. Afortunadamente se dio cuenta de que su amante correspondía a sus deseos.

La maga subió sobre él y acarició lentamente su cara sin dejar de mirar las llamas de sus ojos, comprobando como éstas se encendían y ardían con fuerza, abrasándola sin piedad. Lornark se sentó con la chica a horcajadas sobre él, y la atrajo con fuerza, sintiendo su pecho agitado contra el suyo. Dejó que fuera ella la que marcara el ritmo, que empezó suave, deleitándose simplemente con sentirse llena de él. Respiraba entrelazando débiles gemidos cerca de su oído. Su cabeza descansaba en su hombro antes de que le mordiera el cuello con suavidad y clavara sus uñas en la espalda. Poco a poco fue acelerando sus acometidas. Sus cuerpos se perlaron de sudor, mientras el cabello femenino ardía cubriéndoles por momentos.

Fue en el éxtasis final cuando ocurrió. Lornark se estremecía, mientras

lenguas de fuego le recorrían sin piedad. Un placer que nunca había sentido se expandió por su cuerpo, haciendo que explotara gritando su nombre, pero ella seguía envolviéndole en algo más que el placer físico. Una fuerte magia procedente de la hechicera les embargaba. Cuando pudo reaccionar trató de detenerla aterrado.

—¡Nemark! ¡Para, Nemark!

La mujer no escuchaba sus palabras, estaba envuelta en olas de placer y poder. Lornark trató de contenerla sujetando sus hombros, pero ella se desplomó sobre él.

—¡Nemark! —La zarandé tratando de que recobrara la consciencia—. ¿Qué has hecho, Nemark?

La habitación se había sumido en la oscuridad. El mago se estremeció. No era ni mediodía, ¿qué había ocurrido? Supo que la mujer que mantenía en sus brazos era la culpable de esa oscuridad. Se preguntó si habría invocado otra tormenta. Escuchó a Khorus llamarle.

—Señor, se ha hecho la noche. ¡La luna arde!

Lornark dejó a su compañera en la cama y se asomó a la ventana, donde pudo comprobar que lo que le había dicho su discípulo era cierto. Las últimas lenguas de fuego teñían la luna de rojo.

—¿Cómo has podido?

No podía dejar de mirarla. No sabía qué hacer. Por primera vez en mucho tiempo se sintió tan perdido como cuando era un aprendiz, aunque incluso, en este momento, se sintió más confuso que en aquella época. Controlar el tiempo era algo prácticamente imposible para cualquier mago, sin contar con que era algo que nunca debía hacerse. Solo contados hechiceros tenían el poder para hacerlo. ¿Cómo era posible que su joven pupila lo hubiera conseguido? Aunque fuera una descendiente de un demonio, nadie le había enseñado a realizar semejantes sortilegios. El precio que pagaría sería muy alto, incluso podría morir. Aún estaba débil del día anterior por lo que esto podría acabar con su vida. La vistió con rapidez, sin embargo, su cuerpo ya comenzaba a temblar. Tras vestirse él, la llevó a su alcoba.

—¡Maldita seas, Nemark! Qué necio he sido.

Llamó a su ayudante, que no tardó en presentarse. Al observar a la joven hechicera nuevamente en el cuarto de Lornark preguntó, aunque conocía la respuesta:

—¿Ha sido ella?

—Debes cuidarla —le pidió con la voz abatida, mientras la miraba apenado

—Tengo que reajustar el curso del tiempo. Sabes que es un gran esfuerzo.

—Es una locura. No puedes hacerlo. Nunca has hecho eso

—No puedo dejarlo así. Debo devolver el tiempo a su lugar. Tanto si sobrevivo como si no, cuídala hasta que esté recuperada, y ordena a los estudiantes superiores que se hagan cargo de las clases hasta que todo esté en orden.

Khorus abandonó el cuarto mientras Lornark repasaba uno de sus libros y recitaba mentalmente los cánticos que pronunciaría momentos después. Se encomendó a la diosa de las Sombras. Frente a la ventana elevó los brazos al cielo, esperando que ella le diera el poder. La cadencia de su susurro se esparció por la habitación, a la vez que la luna giraba en dirección opuesta. El sol volvió a brillar en lo alto del firmamento cuando el mago cayó de rodillas al suelo debilitado. Pasados unos minutos consiguió levantarse y llegó a su escritorio. Bebió un sorbo de una botella oscura. La pócima que contenía consiguió que recuperara algo del vigor perdido. Se dirigió hacia el lecho donde estaba su amante. Su cabello estaba apagado, y sus mejillas teñidas por un sonrosado rubor causado por la fiebre. La arropó con cuidado y se tumbó a su lado. Apenas pudo abrazarla antes de caer en un profundo sopor que restablecería su energía.

Ninguno de los dos se percató del regreso de Khorus que, entristecido, sólo consiguió calmar la fiebre con paños fríos y evitar su deshidratación a base de infusiones. Estaban vivos y necesitaban descanso. De momento solo trataría de paliar los síntomas del agotamiento.

La hechicera, en su delirio, gritaba enloquecida clamando ayuda. Khorus le ofrecía agua que ella bebía con ansiedad, luego la abrazaba y acariciaba su cabello hasta que se relajaba y volvía a caer en el febril sueño. Otras veces abría los ojos desesperada, buscando a Lornark, y se volvía a dormir abrazada a él cuando lo descubría a su lado.

Al alba, el nigromante abrió los ojos, y pudo observar a su amada abrazada a él. Khorus seguía sentado junto al lecho, de donde no se había movido en toda la noche.

—Khorus, vivirá —susurró.

—Claro, Lornark, lo hará. Es muy fuerte. Descansa, yo la cuidaré mientras acabas de recuperarte.

—Gracias, sigo algo débil aún.

Sonrió a su amigo y volvió a dormir.

Un grito desgarrador angustió a Khorus y despertó al nigromante que compartía su cama, que se giró hacia la hechicera, la cual dibujaba el terror en sus oscuros ojos.

—Nemark —dijo suavemente sujetando su cabeza y obligándola a mirarle.

—¡No! —chilló asustada tratando de liberarse.

—¡Nemark, estoy contigo, mírame!

Ella se aferró a él, apretando tanto sus manos que sus dedos marcaron surcos morados en los brazos del mago. Mantenía la mirada fija en su rostro, pero no le veía. Sus ojos miraban más allá de las paredes.

—Nemark, estás conmigo, no dejaré que nada ni nadie te haga daño.

—¡No! —gritó una vez más antes de caer a su pecho llorando y temblando, tanto por el miedo como por la fiebre.

El mago acarició su mejilla y besó su pelo, meciéndola con suavidad, hasta que se relajó y volvió a dormir calmada.

Las oscuras pesadillas desaparecieron, y cuando consiguió abrir los ojos vio al mago a su lado. Acarició con una trémula mano su rostro preocupado. Él suspiró aliviado al notar ese contacto.

—Mi amor —susurró al oído de la hechicera que intentó dibujar una sonrisa.

La joven volvió a apoyar la cabeza en el pecho masculino y, como siempre, dejó que el sonido de su corazón la tranquilizara.

—Mi amor —repitió, pero esta vez ya no le escuchó.

Su ayudante seguía con ellos en el dormitorio, comprobando que ninguno estuviera desatendido.

—Khorus, acércame el agua.

Una vez que hubo calmado su sed le observó, comprobó el cansancio y la preocupación que reflejaba su cara, aunque estaba seguro de que no se quejaría ni les dejaría solos hasta estar convencido de que se encontraban bien.

—Khorus, ve a descansar. Yo cuidaré de ella ahora. Me encuentro lo suficientemente bien como para eso. Si te necesito, te llamaré. Tú también necesitas descansar.

—Está bien —Sabía que de nada valdría discutir con él.



## 11. Rabia



Al cabo de tres días Nemark comenzó a mejorar. La fiebre disminuyó, aunque las pesadillas seguían presentes en muchas ocasiones, entonces Lornark la abrazaba y tranquilizaba. Fue él quien la cuidó casi todo el tiempo, ayudado ocasionalmente por su ayudante, al que había dejado al cargo de la congregación.

La hechicera tenía una palidez casi cadavérica, con profundas y oscuras ojeras. Cuando volvió a ser consciente se dejó atender y mimar por el oscuro mago, que ya no volvió a repetir las palabras de amor, por lo que dudaba de si estas eran ciertas o producto de los sueños. Al rememorarlas conseguía que su corazón latiera con fuerza. El recuerdo de su voz susurrando “mi amor”, le hacía sonreír en la soledad, ya que según se recuperaba, el trato hacia ella se volvía más frío y distante. Incluso llegó a relegar su cuidado a Khorus. Este, tampoco entendía el porqué de esa decisión, y más al ver como Lornark la contemplaba mientras dormía o se complacía con su recuperación. Pocos días más bastaron para que la hechicera recobrara su fuerza, su belleza y su erotismo.

Ya recuperada y al seguir compartiendo el lecho de Lornark trató de besarlo y recuperar a su amante. Sin embargo, solo se encontró con el rechazo del mago.

—¿Por qué? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—No puedo, entiéndelo —contestó con pesar Lornark desviando su mirada.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Porque tengo miedo de que vuelva a pasar. No me atrevo, Nemark. No volveré a tocarte. No correré ese riesgo.

—Pero...

—Nemark. —Su suave voz acarició sus sentidos al igual que su mano el cabello—. No puedo.

Omitió el “temo perderte porque no podría vivir sin tu presencia, ya que tu ausencia se me haría insoportable”, que sentía su alma. Calló y besó con castidad su frente.

Ella utilizó su poder, su sensualidad. Se mostró sinuosa y tentadora ante él, que tuvo que calmar el calor que quemaba sus entrañas y rechazarla otra vez.

El dolor se clavó en el corazón de la hechicera, que sintió como si la hubieran golpeado en la boca del estómago. Jadeó confusa. Notó como su alma se enfriaba y, sin despedirse, volvió a su antiguo cuarto andando. Bajó las escaleras, tratando de calmar la angustia y la tristeza que la embargaban.

Al llegar a la planta de los dormitorios comprobó cómo los jóvenes se paraban y la observaban, aunque no podían verle el rostro, ya que lo había cubierto con la capucha para ocultar la desolación y la vergüenza que sentía. Sin embargo, ellos se sentían irremediabilmente atraídos por su presencia, y el deseo les embargaba según se acercaba a su lado.

Desesperada, frenó su carrera y se fijó en un estudiante del último nivel. Lo había visto alguna vez, pero nunca habían hablado. En general la mayoría de los alumnos la consideraban una mujer fría y soberbia, porque pocas veces solía compartir los momentos de descanso y prefería la soledad.

Se acercó al hombre que al verla detuvo su camino, como si una fuerza superior le hubiera hipnotizado. Nemark apoyó con suavidad la mano en su brazo.

—¿Me enseñas tu cuarto? —preguntó con dulzura.

El aprendiz sintió como la lujuria le recorría y un incontrolable deseo invadía su cuerpo.

—Claro —contestó humedeciendo los labios sin entender qué era lo que le ocurría.

Aferró su mano y la condujo hasta la habitación, donde ella descubrió su rostro ante la sorpresa de él, que se sentía totalmente a su merced.

—¡La Hechicera Azul!

—¿Qué? —La joven no entendía la devoción con la que había pronunciado esas palabras y esperó una explicación.

—Tú, la Hechicera Azul, la mujer más hermosa y poderosa que jamás veré. Está aquí, conmigo.

Nemark sonrió complacida. Se acercó y le besó. Su futuro amante correspondió a su pasión sin resistirse, y se entregó al placer físico que le proporcionó su eventual compañera de cama.

—No se lo digas a nadie —pidió Nemark cuando abandonaba la habitación.

—Por supuesto que no, señora.

La hechicera se sorprendió de ese trato, pero sintió que era así como debían de tratarla. Ella no era como los demás. Lo sabía. Una certeza crecía con fuerza en su cabeza; ella no pertenecía solo a este lugar.

—¿Volverá?

—No lo sé —contestó con sinceridad.

Ese encuentro habría sido maravilloso si no lo comparara con el que había tenido antes con Lornark. Nadie podría igualar a su amado. Suspiró antes de cerrar la puerta y volver a su dormitorio.

Repitió sus ataques a los estudiantes todas las tardes, pasando las noches enteras con ellos, absorbiendo su energía e intentando llenar el vacío que sentía en su interior, pero por más que lo intentara no conseguía su propósito.

Apenas comía, y por el día dedicaba su tiempo a estudiar en soledad o con Khorus. Ahora, se alegraba de no haber seducido al mago. Era el único apoyo con el que contaba, el que conocía su dolor y el que la consolaba. Evitaba en lo posible los encuentros con Lornark hasta el punto de darse la vuelta si le veía por los pasillos. Este, la contemplaba en silencio cuando estudiaba junto a Khorus hasta que la hechicera se daba cuenta. Entonces notaba la profunda ira que despertaba en ella, aunque no viera su rostro, ya que no lo volvió a descubrir desde que la rechazó. El nigromante intentó hablarle en varias ocasiones, pero Nemark siempre le evitaba con falsas excusas y desaparecía de su presencia tras contestarle con frialdad.

Khorus intentaba poner orden en la vida de la muchacha, pero ella solía callar o estallar en terribles ataques de cólera que le costaba controlar. A veces, solo por el mero hecho de divertirse, usaba su poder de seducción, haciendo jadear al mago, que luchaba por controlar sus instintos. Entonces ella reía y volvía a su apacible carácter. El paciente hechicero aguantaba los desvaríos de ella, sabiendo que sufría. Las pocas veces que se derrumbaba, lloraba desconsolada mientras la consolaba; luego se tranquilizaba y volvía a

ser la mujer fría en la que se había convertido.



## 12. Soledad



El verano dio paso al otoño. La vida había vuelto a la normalidad en la congregación oscura, aunque nadie olvidaba lo ocurrido meses antes. La Hechicera Azul había desaparecido de las clases, pero todos la recordaban como a una elegida de Aralk, por lo que cualquier fenómeno que no pudieran explicar siempre era adjudicado a la poderosa magia de Nemark.

Lornark y Khorus aprovecharon la tranquilidad de la tarde para organizar sus clases el día siguiente. Caminaban por el laberinto cuando la vieron. Nemark con el rostro descubierto, dejaba que el viento ondeara su larga melena de fuego. Los pómulos se marcaban en su cara cada vez más delgada. Pensativa, dejó que su mirada, en la que se leía la más profunda y absoluta tristeza, se perdiera en un punto del infinito.

Los hombres pararon su camino y contemplaron desolados la taciturna imagen que ofrecía la mujer.

Lornark sintió crecer la culpa en su interior. Sabía que él era el motivo del estado de la chica, por eso deseó acercarse hasta ella, calmarla, poner fin a su pesar, sin embargo, se dio la vuelta para no mirarla.

—Ve con ella, Khorus. Devuélvele la alegría, calma su alma.

—No puedo, sabes que yo no puedo —protestó el mago.

—Inténtalo —contestó Lornark con furia mientras se alejaba dando rápidas zancadas.

Khorus esperó a que se alejara antes de acercarse a su amiga.

—Nemark.

Ella cubrió con rapidez su cabeza.

—No hagas eso —le pidió parando sus manos—. Déjame verte.

—¿Por qué?

—Nemark. —Sujetó sus manos con suavidad, un gesto con el que pretendía protegerla y cuidarla, tal y como llevaba haciendo desde que Sacul la envenenara—. Nemark, ¿qué estás haciendo?

—Intento seguir, sobrevivir. Nada más.

—Te estás castigando.

—¡No! Me castiga él —gritó—. Ya no puedo más, pero tengo que sobrevivir y eso hago, como puedo, como sé, como me dijo que hiciera.

—Lo siento, Nemark. —Khorus se sentó a su lado.

—Tú no tienes la culpa.

—Lamento que estés así. Nemark, ¿cómo puedo ayudarte?

—Mátame, acaba con esta tortura. —La hechicera le miró con dureza mientras hablaba.

Eran las mismas palabras que pronunció cuando el veneno quemaba su cuerpo. Sabía que esta vez no había ponzoñas y sin embargo el mismo dolor corroía las entrañas de su amiga.

—Sabes que Lornark actúa así pensando en ti.

—¡Ja! Bien sabes que solo lo hace por sí mismo —La rabia se desprendió de sus palabras.

—No seas injusta, Nemark. Sufre como tú.

—No me lo parece —contestó ella mirándole iracunda—. Aunque es muy loable que quieras defenderle.

—No voy a intentar convencerte de nada. No voy a matarte, olvida eso. Solo puedo ofrecerte mi amistad.

—Lo sé —respondió entre lágrimas abrazándose a él.

Khorus correspondió su abrazo y la dejó desahogarse hasta que se tranquilizó. La hechicera secó sus lágrimas y levantó su rostro hacia él para besarle dulcemente.

—Nemark, no me hagas esto. Si he de curar tu alma hazlo, si no, para, por favor.

Su súplica estaba empañada por el oscuro deseo que la hechicera era capaz de despertar en él cuando deseaba. La mujer le miró fijamente y la agónica tristeza brilló en sus ojos.

—No curarás mi alma. Ojalá lo hicieras, aunque te deseo de verdad. Me encantaría gozar de tu cuerpo y que tú enloquecieras conmigo. ¿Seguro que no quieres estar conmigo?

Sonrió iluminando la tarde y acabando con la escasa resistencia del mago.

—Claro que quiero, quiero tenerte. Sabes que no puedo escapar de ti.

Se acercó a ella los centímetros que se había separado antes, acariciando su cabello y después su mejilla. Sujetó su cara y la besó con pasión, atrayendo su cuerpo hasta él. La hechicera respondió jugando con sus labios. Se sentó sobre él y se dejó llevar. Cerró los ojos imaginando que a quien iba a amar era a Lornark y no a su amigo.

—Nemark —La voz del mago sonó ardiente, e hizo que la mujer parara como si ese sonido la hubiera hecho despertar de un mal sueño.

Negó con la cabeza antes de responder.

—No, tienes razón. No curarás mi alma, y seguro que el placer que me darás será superior al de cualquier estudiante que haya estado en mi lecho, pero nunca serás él. No puedo engañarte, no a ti. Te necesito. Necesito tu amistad. No me dejes. No me abandones como él, por favor.

Al joven le costaba respirar y trataba de asimilar lo que estaba ocurriendo. Miró a la mujer con el deseo aún brillando en sus ojos.

—No voy a dejarte. Nunca —le contestó como siempre que le pedía que se mantuviera a su lado.

Ella lo abrazó una vez más, antes de besar su mejilla y huir entre los setos en busca del que realmente debía de acompañarla en la cama.

Khorus contempló como la estela de fuego desaparecía al girar en uno de los caminos. Se quedó sentado en el banco, recordando el sabor de sus labios, su olor a fuego. No sabía si lo que había sucedido era lo mejor, porque ahora mismo lo único que lamentaba era no haberla amado ahí, sobre ese banco. Si Lornark no la quería, él podría estar con ella, aunque sabía que nunca olvidaría al nigromante. Se levantó pensativo. También él buscaría a una joven con la que pasar la noche. No le sería difícil encontrar una amante que sustituyera a la hechicera.

Al día siguiente Lornark conversó con él.

—Voy a llamar a Lil. Sabes que cuidó de Nemark; son como madre e hija. Quizá si pasa unos días con ella consiga que se encuentre mejor. No quiero mandarla allí, pensaría que la estoy rechazando más aún. Estoy realmente confuso. Creo que yo también necesito ver a mi amiga.

—¿Crees que ella podrá hacer algo? —Khorus deseaba tanto como él que la joven recuperara su alegría.

—No soy capaz de apartar la imagen de ayer de mi mente. ¿Tú conseguiste algo?

Una doble intención flotaba en esa pregunta y en la mirada inquisidora que hacía arder sus pupilas de Lornark.

—No, solo tú puedes ayudarla. No creo que ni su tutora ni yo pueda devolverle la alegría. Me pidió que acabara con su suplicio, de la misma manera que lo hizo cuando se creía morir, y estoy seguro de que sufre igual que entonces

—¿Qué te pidió? —susurró amenazante, como si el hombre que estaba frente a él fuera el culpable de tal actuación. El fuego de sus ojos hubiera provocado que toda la estancia estallara en llamas.

—Lo sabes. Sabes que me pidió que la matara.

Por un momento el fuego se apagó, descubriendo un iris verdoso, igualando en tristeza a los de Nemark. Luego ardieron con más fuerza.

—Irás tú mismo a buscarla. Quiero que Lil llegue cuanto antes.

—¿No irás tú? —Khorus se sorprendió por esa petición.

—Te lo pido como amigo, hazlo por mí. No me atrevo a dejar a Nemark. No después de verla como la he visto y de que tú me contaras su deseo.

—Sabes que iré. No hace falta más, solo dudaba. ¿Qué pasó realmente, Lornark? Tú y ella os amáis, pero eres el amante de Lil, ¿no le resultará más doloroso eso a Nemark? Y Lil...

—Ella lo sabe. Sabe lo que siento por su ahijada desde el primer día, incluso antes de que yo lo aceptara. Y Nemark... yo no sé qué hacer ya.

—¿Qué ocurrió para que no puedas solucionarlo tú?

—Sabes que compartimos nuestro lecho. Ella mezcló el placer físico con la fuerza de la magia precipitando la noche. Se dejó llevar de tal manera que la magia brotó de ella sin razón alguna. Temo que ocurra otra vez, o que haga algo peor. Estuvo al borde de la muerte, y no soportaría perderla. Lo más prudente es apartarme de ella.

—Lornark, ha estado con más hombres y no ha ocurrido nada, ¿por qué sería diferente?

—¿Contigo? —El mago interrumpió a su amigo haciendo que este enrojeciera.

—No, conmigo no. Aunque ayer podría haber sucedido.

—Es difícil resistirse a ella. Aunque me alegra saberlo. Parte cuanto antes. Quiero que la traigas y le digas lo que realmente necesito. Sabrá que su presencia es vital aquí, aunque de todos modos escribiré una misiva para ella.



## 13. Khorus y Lil



Khorus preparó su montura para el viaje, ya que no usaría la magia. Nunca había ido a visitar a la Dama del Crepúsculo, sin embargo, alguna vez la vio acompañando a su amigo y mentor. Lil le intimidaba, ya que la fuerza que desprendía conseguía que se sintiera turbado en su presencia. Intuía que era por su condición de dama, aunque no estaba seguro totalmente de que esa fuera la única causa. Estas hechiceras eran capaces de atraer hacia ellas toda la atención de los magos, y que cualquiera que estuviera a su lado diera la vida por protegerlas, a pesar de no conocerlas de nada. Era el don que poseían estas hechiceras que conseguían unir los dos mundos: el de las Sombras y el de las Luces. Sin duda, cualquier mago se doblegaría ante ellas para mantenerlas a salvo del mínimo peligro.

Recordó a Lil; su figura esbelta acudió a su mente como si pudiera verla en ese mismo momento. Sus ojos eran tan cálidos como el atardecer del otoño y sus gestos hipnóticos. La temía del mismo modo que la veneraba.

Al llegar a Lozhar, Lil, pese a ser correcta con Khorus, no pudo evitar que la preocupación se reflejara en su rostro, e intentara viajar junto a su ahijada en ese mismo instante haciendo uso de la magia. Khorus tuvo que convencerla de que no era vital lo que afectaba a la joven hechicera. Lil, recelosa, lo miró fijamente a los ojos consiguiendo que al mago le temblara el alma. Supo que había leído en su mente como si fuera un libro abierto. Se preguntó si había visto la turbación que le causaba cuando le sujetó por las manos, pidiéndole perdón por su descortesía e invitándole a tomar algo para aliviar el cansancio del camino.

Le aseguró que no tenía mucho que preparar para acompañarle a Sadúminun, la congregación oscura de Lornark, mientras le sonreía más calmada. Acordó con él que esperarían para partir hasta el día siguiente, para que pudiera descansar del viaje que había realizado ese día.

Sin soltarle la mano le transportó a la habitación en la que pasaría la noche. Ésta estaba situada en el piso superior, cerca de sus propios aposentos, aunque algo más alejada que la que disponía Lornark cuando iba a visitarla, pese a que él no solía usarla, ya que ambos preferían compartir la habitación de la hechicera.

—Espero que sea de tu agrado. Lamento que esté decorada con los tonos de mi congregación, pero tan solo la que usa Lornark dispone de los negros de la tuya, Khorus.

—Es perfecta, Lil. Muchas gracias.

Khorus observó la estancia amplia y con vistas al oeste. Nemark le había referido en numerosas ocasiones lo fantásticos que eran los atardeceres en aquel lugar. Así que agradeció ese detalle.

—¿Te gustaría almorzar conmigo o prefieres descansar en tu alcoba? Después te enseñaré mi casa.

Khorus sonrió al escuchar ese término para denominar a la impresionante construcción que podía albergar a más de quinientos alumnos, cada uno con su propia habitación. Además, disponía de salas de estudio y zonas comunes.

—Será todo un placer compartir la comida contigo. Gracias.

La fascinación que sentía hacia la hechicera crecía según la escuchaba hablar. Nada le parecía más tentador que pasar todo el tiempo posible a su lado. Ella se volvió y le sonrió como si hubiera escuchado sus pensamientos.

—Así podremos conocernos más. Es extraño que después de tanto tiempo apenas si hayamos cruzado unas cuantas palabras, y eso que Lornark siempre me habla de ti como el mejor de los amigos y de los magos.

El tiempo pasó excesivamente rápido, y cuando Khorus se dio cuenta ya había anochecido. Lamentó no haber podido contemplar la puesta de sol, pero Lil le ofreció su hospitalidad para cuando la deseara. No tenía ni que avisar de su llegada, puesto que siempre sería bien recibido, y ahora que Lornark no iba tan a menudo a visitarla echaba de menos las charlas con los hechiceros oscuros, con los que sentía mucha más afinidad que con los blancos.

Apenas despuntó el alba partieron hacia los territorios oscuros donde esperaban poder ayudar a Nemark. Lil deseaba librarla de la tristeza que la

había acompañado estos meses atrás.



## 14. Lil y Nemark



Nemark se echó a llorar en los brazos de su madre cuando abrió la puerta y la vio frente a ella con su tranquilizadora sonrisa. Lil le acariciaba el cabello con la misma ternura de antaño, consiguiendo que la joven liberara parte del dolor que sentía.

—¿Qué te ocurre, mi niña? —preguntó cuando la joven se calmó.

—¡Madre! Pasa y hablaremos. Te he echado tanto de menos.

—Y, ¿por qué no me has llamado o has venido a verme?

Nemark se encogió de hombros buscando una razón exacta a esa pregunta. Sin embargo, no la encontró.

—No te preocupes. Estoy aquí. Veo que ya te has convertido en una preciosa hechicera negra.

—Estoy horrible —protestó secándose las lágrimas.

—Sabes que no es cierto, solo estás diferente. La sangre de los demonios ha reclamado su lugar. ¿Estás contenta con ello?

Lil se acomodó en una silla cercana a la ventana, aunque no miró el paisaje que se extendía frente a ella, centrando toda su atención en la joven.

—No lo sé. Estoy confusa y perdida —Se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en el muslo de la maga azul—. No sé qué hacer. Busco respuestas que no encuentro, trato de liberar mi dolor y contener mi poder. Tengo miedo de hacer algo mal. Creo que cometí un error cuando me marché de su lado, madre. La magia me maldijo de niña y vuelve a hacerlo ahora.

Lil peinó su melena con los dedos.

—Ya no eres una niña, y la magia no te maldijo entonces ni lo hace ahora.

Tú eres la que domina nuestro arte. Si tienes miedo aprende a controlar tu poder y a usarlo con sabiduría. Tarde o temprano tu don habría vuelto a ti, y es mejor que sea aquí, junto a Lornark. No hay mejor maestro que él.

—¡Maldito Lornark!

La hechicera oscura masculló esas palabras, llenas de resentimiento, por lo que la dama se sorprendió de la intensidad con la que las había pronunciado.

—¿Qué pasa con Lornark? ¿Qué te ha hecho?

La mirada de Lil, hasta ahora dulce y compasiva, cambió para volverse oscura y dura.

Apenas podía creer que el culpable del estado de su hija fuera el mago al que le había confiado su cuidado. El hombre que se comportó como un adolescente enamorado cuando la conoció, y el amigo que jamás le había dicho que la muchacha sufría por él.

—Cuéntame todo lo que ha ocurrido en este tiempo. Yo pensaba que todo transcurría como debía junto a él.

Pese a creer a su ahijada, dudaba de que Lornark hubiera cambiado tanto como para hacer daño a la joven y, sobre todo, para romper la promesa que le hizo antes de dejarla marchar a su lado.

Nemark le detalló cómo se había desarrollado su estancia en la congregación oscura. Le habló de Sacul; de su envenenamiento; de la protección de Lornark; y de las enseñanzas de Khorus. Este se había convertido en su balsa de salvación durante los últimos meses, y era el único que había sabido controlar su ánimo.

Le contó que Sacul había intentado matar a Khorus, y como ella le vengó al creer que su amigo había muerto. Le aseguró que por eso fue premiada con la fuerza de los oscuros abismos.

—¿Pediste ayuda?

—No, madre. No le dije a nadie que me ayudara a acabar con él.

Nemark la miraba confusa, y con la rabia aun bailando en sus oscuros ojos, al recordar al mago traidor.

—No me refiero a ningún hechicero o estudiante, ¿a quién te encomendaste?

—Bueno, yo... invoqué a Aralk, le pedí su fuerza y su poder. Le ofrecí mi vida por la de ese asesino y entonces la sentí. Ella vino a mí; es más, estoy segura de que todo aquello que conseguí hacer lo hizo ella a través de mí. Solo

fui la portadora de su magia.

—Como cuando de niña hiciste arder a aquel muchacho que atacó a tu hermano, ¿verdad?

—¿Sabes eso? —Nemark se avergonzó al recordar el suceso, pero asintió sin mirar a su madre.

—No eres solo la hija de un demonio, Nemark. Aralk te ha elegido. Eres su protegida, y por lo tanto, una de las hechiceras más poderosas que haya ahora mismo en este mundo.

—¿Qué dices, madre?

Esta vez la muchacha levantó la mirada hasta la mujer a la que tanto quería y esperó una respuesta en silencio, mientras trataba de controlar su incredulidad y no reír ante tal afirmación.

—No lo sé, pero pocos son los magos que cuentan con el apoyo directo de su dios. Sólo creo que ella te ha elegido por algún motivo desconocido. No es normal que dispongas de tanto poder. Tampoco lo es que Aralk acuda a la llamada de una hechicera principiante que ni siquiera tenía la condición de seguidora de las Sombras. Pero continúa, por favor.

Azorada, la muchacha le confesó que había yacido con Lornark, y que eso supuso que el mago la rechazara al haber dominado el tiempo convirtiendo el día en noche.

—¿Fuiste tú la que hizo eso, Nemark?

Lil apartó sus manos de la melena para tapar la expresión de asombro de su rostro. La joven afirmó y le reveló que desde entonces había buscado consuelo en los brazos de los demás hombres. Deseaba tanto dañar al nigromante como demostrarle que era una mujer normal, y que lo ocurrido pertenecía al pasado; que podía volver a estar junto a ella sin que aconteciera ningún mal. Pero al contrario de lo que pensaba, Lornark no intentó volver a sus brazos; solo se acercó a ella para comprobar sus progresos, pero nunca trató de dialogar ni detener su promiscua conducta.

—Ambos os portáis como muchachos ofuscados. Hablaré con él, pero tú, hija, deberías gastar tus energías en sacar partido a tu don y no en compartir camas con estudiantes que no pueden resistirse al poder que te ha otorgado tu diosa. Además de que, por ser hija de un demonio, tu belleza es innegable. Posees la mezcla perfecta que conseguiría enloquecer a cualquier humano, y también a los demonios. El amor que te profesa Lornark debe de ser fuerte para vencer esa atracción, y no solo porque la herencia de su padre viva en él.

—¿Qué me ama? —chilló Nemark enojada para después soltar una irónica carcajada.

—Sí, pese a que actúe así, te ama. Seguro que piensa que la distancia es la mejor solución y no le culpo por ello, dada tu actitud.

Lil se calló sumida en sus propios pensamientos, analizando si quizá fuera ella la que le enseñara que alejarse era lo más seguro en esas situaciones.

Unos golpes en la puerta la devolvieron al presente, sobresaltándola ligeramente.

Khorus abrió la puerta. Su figura destacaba en el quicio de la puerta. Era un hombre muy alto. Su pelo negro y rizado se confundía con la túnica que vestía.

La dama azul se sintió decepcionada. Hubiera deseado que fuera Lornark el que llamara. No había acudido a saludarla desde su llegada, y ahora mandaba a su ayudante para preguntar si cenarían las dos allí o le acompañarían a él.

Ese pequeño gesto de disgusto no pasó desapercibido por el mago, que pronto se ofreció a acompañarlas. Propuso una cena en su cuarto para los cuatro, ya que sus dependencias serían un lugar neutro para los antiguos amantes. Nemark se excusó. Estaba agotada y debía reflexionar sobre lo que había dicho su madre, por lo que pidió que la dejaran descansar después de prometer que cenaría en su cuarto.

Khorus acompañó a Lil hasta la alcoba de Lornark. Antes de despedirse la miró unos segundos, como si tuviera algo que decir, pero finalmente se dio la vuelta y desapareció cuando el nigromante abrió la puerta.



## 15. Lornark y Lil



Nada más cruzar el umbral, el rencor de la hechicera desapareció al escuchar su nombre envuelto en un suspiro de alivio. El oscuro cabello del mago la cubrió cuando la estrechó entre sus brazos y se inclinó para besarla.

—Lil —repitió en su cuello sin soltarla—. Te he echado tanto de menos.

—¿Qué te ocurre, Lornark? No es solo que no hayas venido tú a buscarme, es que ni siquiera te has dignado a recibirme.

—Quería que hablaras con Nemark primero, y que ni mi estado, ni mi opinión, te hicieran tener algún prejuicio a la hora de hablar con ella.

—Está bien. ¿Por qué estás actuando como un niño asustado, Lornark? Ni siquiera cuando te conocí eras así.

—Temo dañarla, Lil.

—¿Más aún de lo que lo estás haciendo ya? No sé si te has dado cuenta de lo que tu actitud ha provocado en ella.

—¡Demonios, Lil! ¿Por qué crees que te hice llamar?

—¿Para solucionar tus problemas?

—No seas injusta. ¿Te ha contado lo que ocurrió cuando compartí su cama?

—Sí, y también lo que ha ocurrido cuando ha compartido la de los demás.

La fría mirada que le dirigió la hechicera enmudeció al mago.

—¿Crees que sería mucho mejor que le pasara algo estando con un aprendiz que no supiera arreglar las cosas? ¿Te has parado a pensar eso, hechicero?

—No, la verdad.

Las llamas de sus ojos bajaron de intensidad hasta casi apagarse por completo y por un instante, el color verde volvió a aparecer en ellos. El mago pareció un joven asustado, lo que hizo sonreír a Lil.

—Que Nemark haya adoptado una actitud promiscua y alocada puedo entenderlo porque el despecho y la rabia habita en ella, pero no puedo entender ese miedo tuyo. Lornark, eres poderoso. Enséñale, cuídala, por eso fue por lo que vino contigo. Tú me prometiste no dañarla, y no has cumplido con tu palabra. Quizá le pida que regrese conmigo.

—¡No puedes hacer eso! —La furia hizo crecer las llamas nuevamente en los ojos del nigromante denotando la rabia que se escapaba de sus siseantes palabras.

—Puedo y lo haré —le retó la hechicera sin amedrentarse.

Lornark se levantó y caminó cerca de la mujer mientras peinaba su melena con los dedos, sopesando las palabras que había pronunciado.

—Tienes razón. Siempre la tienes, ¿verdad?

Lil no contestó. Abrazó al mago, que se relajó mientras la rodeaba con sus brazos.

—Quédate conmigo, te he echado tanto de menos.

—Podías haber venido a verme, sabes dónde estoy.

—Lo sé, Lil. Debí haberlo hecho, pero estaba confundido. No quería dejar a Nemark así, aunque creo que mi presencia tampoco solucionó nada.

Acarició la nuca de la hechicera, que dejó a su mente evadirse de todas las preocupaciones y centrarse en el cosquilleo que, como siempre, le provocaban esos dedos sobre su piel. Lornark sintió como se tranquilizaba con su contacto y prosiguió, recorriendo la curva del cuello hasta el hombro, liberándolo de la castaña melena que lo cubría.

La llevó en brazos hasta el lecho mientras dejaba que la pasión hiciera su aparición en esa habitación.

Se amaron con desesperación, apagando con cada beso el ardor que sus cuerpos sentían desde la primera vez que se vieron.

Lil se despertó a media noche. Lornark dormía abrazado a ella, relajado y confiado. La hechicera le acarició con suavidad el pómulo y le empujó para liberarse de su abrazo. Le contempló gracias a la suave luz de la única vela que el mago mantenía en su habitación, y que amenazaba con apagarse en pocos minutos.

La nostalgia se apoderó de ella, puesto que jamás había compartido su

cama, y comprendió lo que esto significaba. Era una despedida. Este era su regalo, pero ella no podía aceptarlo ya que ese lugar no le pertenecía. Nunca le había pertenecido y mucho menos ahora que estaba segura de quien era el verdadero amor de su amigo.

Sintió frío ahora que estaba libre de sus brazos. Siempre le había dicho a Lornark que nunca podría vivir allí, puesto que este lugar era demasiado álgido para ella. Necesitaba la calidez del sol después de lo que había ocurrido en las pruebas de la Hechicería, ya que desde entonces jamás pudo volver a sentir realmente calor, a no ser que lo consiguiera de otros humanos como acababa de hacer. Sin embargo, la congregación oscura estaba situada en el borde oeste de la montaña, y los gruesos muros jamás dejaban que el astro llegara a templar por completo su interior.

Se transportó a su cuarto. La chimenea caldeaba la estancia, y agradeció haber dejado encendido el fuego y que éste no se hubiera apagado en su ausencia. Se acostó en su cama mientras analizaba lo ocurrido. No podía decir que lamentara lo que estaba sucediendo, pues ambos sabían que este momento podría llegar. Los dos eran libres para atar su vida a otra persona y ello no supondría ningún cambio sus sentimientos, pero un ligero dolor, como si una espina se le clavara en el corazón, consiguió que una lágrima brotara de sus ojos. La secó con rapidez cuando vio a Lornark aparecer frente a ella.

—¿Por qué te fuiste? —le increpó el mago sentándose a su lado.

—Ese no es mi lugar. Nunca lo ha sido, así que vine a donde debía estar.

—Es tu lugar —protestó Lornark.

—Sabes que no, no lo es. Le pertenece a Nemark. Nunca he dormido allí, nunca compartimos tu cama. Siempre te quedaste aquí, conmigo.

—Eso es porque esta habitación es más cálida, nada más. Por eso decidimos que cuando vinieras te alojarías aquí y no conmigo. Nadie mejor que tú debería saberlo, y nadie más que tú merecería acompañarme en mi lecho.

Ella negó con una sonrisa.

—Está bien. Entonces, ¿puedo pasar la noche contigo? —Su voz tembló al imaginar el rechazo de la hechicera.

—¿Desde cuándo me preguntas? —contestó entre risas.

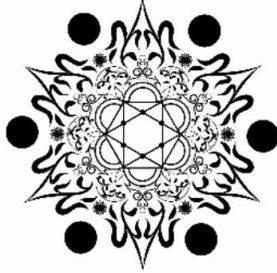
—Desde que huyes de mi lado.

Ocupó un lugar junto a ella y la abrazó con fuerza. Minutos después dormía confiado. Lil, por el contrario, pensaba en el futuro apoyada en su pecho.



## **Parte 3. El reino de las Sombras**

## 16. Ayúdame



Lornark escuchó unos suaves golpes en su puerta, tan débiles que dudó en si había oído bien, pero segundos después se repitieron, esta vez más fuertes y apremiantes.

Se levantó molesto, mientras se preguntaba quién era capaz de aporrear así su puerta a esas horas. Hacía tiempo que el sol se había ocultado, por lo que los estudiantes debían estar retirados en sus cuartos, descansando o estudiando.

La furia hizo que las llamas de sus ojos ardieran con más fuerza. A pesar de que estuviera despierto no le gustaba que le importunaran a no ser que ocurriera algo grave.

Abrió la puerta y la imagen que vio lo desconcertó. Frente a él, Nemark, vestida con un largo camisón de seda negro y finos tirantes, que dejaba ver el inicio de la curva de sus senos le esperaba. Su cabello de fuego caía libre sobre su espalda.

—¡Maldita Nemark! —gritó para sus adentros, mientras pensaba qué querría la muchacha.

A pesar de que había acordado con Lil retomar las relaciones con Nemark de una forma gradual, ésta no era la forma que esperaba. Pensó en si, aburrida de los jóvenes estudiantes, volvía a reclamar sus favores. No era así como quería hacer las cosas. Sin embargo, ella estaba allí, hermosa, con la pálida piel resaltando sobre la oscura prenda. Desde que su amiga estuvo con ellos, Nemark había recuperado algo de peso y estaba radiante. Sus ojos negros brillaban enloqueciéndole muy a pesar suyo, por lo que una ola de deseo recorrió su cuerpo.

—¿Qué quieres, Nemark? —preguntó con un siseo de rabia al no poder controlar los sentimientos que despertaba en él y que, estaba seguro, ella pretendía utilizar nuevamente.

La observó tratando de mantener la calma y mostrarse frío. Sin embargo, comprendió que no era su lecho lo que la joven reclamaba esa noche.

La hechicera agachó la cabeza a la vez que retorció sus manos. Un ligero temblor conseguía que se estremeciera. Jadeaba, como si hubiera acudido corriendo hasta la habitación del maestro.

—Nemark, ¿qué te ocurre? ¿Alguien ha osado hacer algo que tú no desearas?

La ira, esta vez provocada por la idea de que otro estudiante intentara dañarla, le embargó con libertad. Apretó con rabia los puños esperando su respuesta, aunque sabía que ella podía haber solventado cualquier tipo de problema con el resto de alumnos. Se preguntó si alguno la había atacado a traición sin que pudiera defenderse.

—No, maestro.

—¿Qué quieres entonces?

—No debí haber venido, lo siento —contestó la mujer sin levantar la vista del suelo y empezando a girarse.

—Nemark, espera. Ven, pasa.

La cogió con firmeza de la mano y la obligó a entrar al cuarto. Nemark recordó los momentos vividos allí, sin duda los más felices de su estancia en la congregación.

—Me ha sorprendido tu presencia. —Lornark suavizó su voz—. ¿Tienes frío?

El mago observó que la hechicera seguía temblando.

—Un poco —reconoció—. No me paré a buscar nada con lo que cubrirme cuando salí.

El mago acercó a su aprendiz al fuego de la chimenea, y la obligó a sentarse en una silla mientras la cubría con una suave manta. Acarició con delicadeza sus hombros. Nemark deseó bajar la cara hacia esas manos y sentir su caricia en el rostro, pero aguantó el impulso aferrando la manta y envolviéndose con ella.

Lornark preparó dos copas de licor. Se sentó frente a ella y le ofreció una a Nemark.

—¿Qué es? —preguntó indecisa antes de coger la bebida que le ofrecía el

magos.

—Bebe, te sentará bien. —Fue toda la respuesta que él le dio, mientras esperaba que obedeciera su mandato.

Nemark dio un ligero sorbo a su copa, y torció su boca con una mueca a la vez que el ardiente licor llegaba a su estómago.

El nigromante sonrió con disimulo, y un brillo burlón elevó divertido las llamas de sus ojos.

—¿Qué ha ocurrido, Nemark? ¿Me lo contarás ahora?

La hechicera levantó su rostro hacia el maestro, que pudo apreciar el terror en su mirada. Éste deseó matar al causante de semejante desasosiego en la joven. Se inclinó hacia ella y sujetó sus manos, trasmitiéndole fuerza y calma.

—Es una tontería, señor. —Liberó sus manos al comprender que había sido una estúpida al acudir a él.

—No lo creo. Una tontería no te hubiera hecho acudir a mi cuarto. No me equivoco, ¿verdad?

—Está bien. Iba a acostarme cuando lo oí. Me pidió que fuera con él porque quiere enseñarme sus dominios, pero me dio miedo y huí. No sé por qué vine aquí. En realidad, pensé que usted no permitiría que él me llevara.

—¿Quién es él? —El mago intentó averiguar si lo único que había sufrido la muchacha era una pesadilla, y que como una niña asustada había acudido a su encuentro.

—No lo sé, maestro.

—¿Quizá te dormiste?

Lornark recordó las pesadillas que la habían atormentado cuando aún estaba convaleciente y velaba sus noches.

—No, maestro, estaba estudiando, empecé a sentirme cansada y me preparé para dormir.

Hacia unas semanas que la hechicera ya no buscaba a sus amantes nocturnos y se dedicaba por completo al estudio.

—¿Dices que una voz te pidió que le acompañaras, pero no pudiste ver a ningún hombre? —Lornark empezó a barajar las causas de semejante hecho. Quizá algún estudiante avanzado usando la telepatía la había llamado, reclamando sus favores.

—Sí, señor —contestó, dando otro trago a su copa y volviendo a contraer su boca en una mueca de asco.

El mago tapó su sonrisa con la mano ya que no deseaba herir los sentimientos de la muchacha o que pensara que no creía su historia.

—¿Ve? Solo es una tontería. Debí quedarme en mi habitación. Seguro que fue una ilusión debido al cansancio, o como bien dice me dormí sin darme cuenta. Siento haberle molestado.

Se levantó con rapidez, por lo que la manta cayó sobre la silla dejando libre la sensual figura de su cuerpo bajo la seda del camisón.

El mago la contempló, pero desvió la mirada para dejar la copa en la mesa. Cuando se disponía a coger la de Nemark, ella la apuró de un trago antes de devolvérsela.

—No bebas así, te marearás —le reprendió.

—Gracias, maestro. —Nemark se dio la vuelta y se dirigió a la puerta caminando con los pies descalzos.

—Sería mejor que no caminases. Es una noche fría y tanto el suelo como los pasillos lo demuestran.

—Prefiero hacerlo —contestó, omitiendo el hecho de que realmente temía llegar a su cuarto.

—Te acompañaré. Comprobaré que no hay nada ni nadie que pueda turbarte.

—No es necesario, de verdad —mintió, puesto que deseaba que lo hiciera, pero abrió la puerta permitiendo que una corriente de aire frío erizara su piel e hiciera chisporrotear la lumbre de la chimenea.

—Espera, Nemark. Toma.

Volvió a cubrir los hombros de la chica con la manta, deseando dejar su brazo sobre sus hombros y acercarla a su pecho para calentarla con su cuerpo. La idea de esa fantasía le estremeció, pero continuó a su lado por el pasillo hasta llegar a la habitación de la hechicera. Esta había dejado la puerta abierta en su huida, cosa que le hizo preocuparse. Nemark debía haber estado muy asustada para escapar de esa manera. Ella era fuerte y poderosa. Lo había demostrado más de una vez, y también lo suficiente orgullosa como para no dejar vislumbrar sus temores, y menos alejarse de ellos.

No le pasó desapercibido como empezaba a ralentizar sus pasos según se acercaban, y observaba con desconfianza la habitación. Nemark comenzó a temblar, y trató de calmar los escalofríos arropándose algo más con la manta. Lornark supo que no era el frío lo que provocaba su estado, por lo que esta vez pasó el brazo por sus hombros, protector, y la atrajo hacia él.

—Tranquila —susurró.

Ella asintió agradeciendo su cercanía.

Cruzaron juntos el umbral. Nada más entrar en la habitación Lornark notó como un halo de maldad se había adueñado de la estancia. Nunca había estado en ese cuarto una vez que la hechicera lo ocupó. No sabía si ella podía haber creado ese ambiente, o tal vez alguno de sus amantes, o la mezcla de ambos.

Otro estremecimiento recorrió el cuerpo de su pupila, que se apretó más contra su cuerpo, como si quisiera volverse pequeña y desaparecer en él.

El nigromante la abrazó con más fuerza mientras comprobaba que todo estuviera en orden, y que, si alguna vez hubo alguna presencia no deseada, ya no estuviera allí.

—¿A quién has traído aquí, Nemark?

—A nadie, señor. Solo a Khorus y no para... Yo no he subido a la torre a nadie que no viva en ella.

—No quería saber tu intimidad, solo quería asegurarme de que ningún amante despechado intentara vengarse de ti.

—No lo creo, a ellos los controlaba yo —Una sonrisa de salvaje poder se dibujó en su rostro desconcertando al mago.

—Hace frío, ¿por qué no encendiste el fuego? —Lornark cambió el tema de conversación.

—Estaba encendido. Se habrá apagado con la corriente —contestó al ver como las cortinas se sacudían a causa del aire que entraba por la ventana.

—¿Por qué la tienes abierta? —Le preguntó señalando el ventanal por el que frío de la noche bajaba la temperatura del cuarto.

—Estaba cerrada. De eso sí que estoy segura. Quizá no la cerré bien y por eso se abrió.

El nigromante cada vez tenía más claro que la historia de la joven era cierta, y que alguien de una gran energía había ocupado ese lugar. Con un gesto de su mano hizo que las ventanas se cerraran y que el fuego de la chimenea se volviera a encender iluminando totalmente el cuarto.

Junto a su maestro la joven se sintió segura.

—Nemark, ¿quieres quedarte aquí? —Ese cuarto no le parecía seguro, pero quería respetar sus deseos.

«No, quiero quedarme en el tuyo, contigo y en tu cama». Pensó, aunque en realidad contestó—: Sí, maestro, ya estoy tranquila.

—Si no te molesta quisiera que te cuidaran esta noche.

Invocó a dos espectros que se personaron ante él, sin embargo, estos se volvieron hacia la hechicera en primer lugar.

—Señora. —Se reverenciaron ante ella, después se volvieron hacia Lornark—. ¿Nos llamaba, señor?

—Sí, necesito que cuidéis de mi pupila.

Estaba asombrado por la actitud de favor que habían dispensado a la hechicera. Tal vez fueran los mismos que había invocado el día que les regaló el alma de Sacul, y la reconocieran como a su primera dueña.

Dio orden para que custodiaran la puerta y la ventana. También deberían informarle de cualquier peligro que pudiera acecharla.

—Será un honor cuidar de la señora.

El mago se volvió a quedar sorprendido por el respeto que sentían hacia la joven.

Nemark se sintió tranquila con esos seres en su cuarto. Lamentó que no se le hubiera ocurrido a ella llamarles. Si bien era cierto que el ambiente se congelaba en su presencia, y que alguien que no fuera seguidor de la magia oscura perecería de terror ante su presencia, se alegró de tenerles allí.

Lornark esperó a que la joven estuviera acostada para abandonar el lugar. Dirigió una última mirada a la hermosa mujer que le miraba desde la cama antes de cerrar la puerta tras él.

—Descansa, Nemark. —El cálido fuego de sus pupilas la arropó más que las propias mantas.

La muchacha no tardó en dormirse mientras el mago se personaba en el cuarto de Khorus.

—Khorus, me alegro de que estés despierto.

—¿Qué ocurre, Lornark? —Khorus estaba sorprendido por esa visita a tan altas horas de la noche. Supo que algo importante debía haber sucedido para que el maestro se personara frente a él.

—Necesito que me acompañes al cuarto de Nemark. Quiero que me digas lo que sientes en él.

Contó sin grandes detalles lo que había ocurrido esa noche, y su impresión de que alguien poderoso había entrado en la alcoba. Sin embargo, necesitaba saber si él también podía sentir esa presencia o, por el contrario, la esencia de la hechicera creó ese ambiente con anterioridad.

—Antes quería preguntarte si alguien más, aparte de ti, ha estado con ella en ese cuarto. Quiero descartar todas las posibilidades.

—No. Solo Lil y yo hemos estado allí. Eso es lo único que me ha contado y no creo que mintiera. Te respeta, y por lo tanto jamás subiría a esta zona a nadie. Además, creo que no le gusta compartir su verdadera intimidad.

—Tal vez alguno de sus amantes sí deseaba conocer esa intimidad de la que les excluye y, por lo tanto, causarle algún mal por ser apartado de ella.

—No, Lornark. Sé que la veneran. La tratan como si de la misma Aralk se tratara. Es asombroso ver como para referirse a ella la llaman señora.

—Señora... como los entes.

—¿A qué te refieres, Lornark? —Khorus miró inquisidor al nigromante.

—Invoqué a los entes para que la cuidaran, Khorus. Al llegar se postraron ante ella antes de escuchar mi petición o de mostrarme su lealtad. Parecía que la reconocieran o fuera un ser superior a ellos dentro de su mismo mundo.

—Es muy poderosa, cada día me sorprendo más con su progreso. Es capaz de realizar encantamientos que hasta yo temo, y ella los ejecuta sin titubear. ¿Quién es? Tú lo sabes, ¿verdad?

—Hace tanto que no compruebo su avance —se lamentó—. Es posible que la herencia de su padre sea mucho más fuerte de lo que pensamos en un principio.

—¿Quién es, Lornark? —Insistió Khorus, intrigado cada vez más por los detalles que ocultaba el nigromante.

—Es hija de un demonio.

—Ella es hija de un demonio, sí, es evidente por el cambio que sufrió el día de la tormenta, pero tú también lo eres, y me acabas de decir que los entes se postraron ante ella, pese a haberlos invocado tú. ¿Por qué?

—Su padre no renunció a su lugar, renunció a ella. Mi padre salió del infierno para quedarse con mi madre. Parte de su poder quedó encerrado en el reino de las Sombras y, por lo tanto, yo no heredé la magia de un verdadero demonio. Ella sí. Aunque yo también creo que hay algo más. Está protegida por algún motivo. Nuestra diosa la ha bendecido.

—¿Crees que algún otro hechicero lo sabe y por eso desea raptarla?

—Si tengo razón, nadie podría llevarla si ella no lo deseara. Con solo invocar a Aralk, ésta la investiría con su poder, por lo que un mago no tendría nada que hacer en ese caso.

—¿Tal vez un demonio? —Khorus miró a Lornark sorprendido por todo lo que acaba de conocer.

—Eso es lo que opino, y en ese caso ni los entes ni ninguno de nosotros

podría contenerlo. Ellos solo nos avisarían de su llegada. La única capacitada para detenerle sería Nemark, pero no sé si estaría preparada. Tampoco sé si entre los dos lograríamos impedirlo. Por eso quiero que vayas a su cuarto y compruebes si la energía que hay en él es diferente a la que tiene siempre. Pediré a los entes que se alejen, para que nada interfiera tus sentidos.

Lornark exigió a los espectros que abandonaran el lugar mientras Khorus recorría la estancia. El frío causado por las criaturas se mantenía en el lugar, pese al calor que se desprendía de la chimenea. Comprobó que Nemark dormía calmada bajo las mantas. Se alegraba de que por fin hubiera recobrado la paz perdida, gracias a Lil. Al pensar en la dama, un estremecimiento recorrió su cuerpo, y comprendió que, a él, por el contrario, se la había quitado. Había pasado noches deseando ser él quien durmiera con Lil y no su maestro, al que imaginaba en un futuro con Nemark. Se obligó a reaccionar y a comprobar lo que aquél le había pedido.

Cerca del ventanal, la esencia maligna se concentraba. No era nada parecido a lo que el aura de la joven mantenía en ese cuarto y que podría hecho dudar a Lornark. Lo que se proyectaba ahí era algo que nunca notó en Nemark ni cuando ella realizaba los hechizos más complejos. Tampoco podía asegurar que no fuera producida por los seres que cuidaban ahora de la habitación.

Llamó a su amigo y le pidió que devolviera a los centinelas a su sitio.

—¿Qué has notado? —Lornark esperaba con ansiedad conocer la respuesta de su amigo.

—Hay algo diferente allí, pero tampoco podría asegurar que no fuera la esencia de los entes que se hubiera quedado allí.

—No, eso estaba antes de llamarles. Solo me confirma que realmente no es lo que Nemark haya podido crear sola.

—No, eso no. ¿Crees que estará segura?

—Espero que lo esté, Khorus. No podemos hacer nada más. Ve a descansar, queda poco para que amanezca, y no podemos dejar nuestras obligaciones abandonadas.

—Sí, Lornark, y tú deberías hacer lo mismo.

—Lo intentaré.

Los días pasaron sin que nada perturbara la calma de la congregación oscura. Nemark estaba confiada con los dos guardianes espectrales que la protegían, pero, poco a poco, recobró la calma y empezó a olvidar lo

ocurrido. Pensó que todo fue fruto de su imaginación, por lo que ella misma despidió a los entes, que agradecieron poder volver al lugar al que pertenecían.

El suceso, sin embargo, sirvió para que Lornark volviera acercarse a ella. Aunque ambos intentaban disimular sus sentimientos, éstos siempre estaban presentes. Nemark agradecía que el mago se preocupara por ella, y que él mismo fuera el que la instruyera con los hechizos más complejos. Por su parte, Lornark se sentía feliz de que se centrara solo en los estudios y que le permitiera ser su maestro.



## 17. Otra vez



Un angustioso grito de terror despertó una noche a los estudiantes que dormían. Parecía que el sonido se hubiera propagado sin censura por todo el edificio, desde las habitaciones más altas a las inferiores.

Los dos hechiceros superiores acudieron con presteza al cuarto del que había escapado el chillido.

La habitación de Nemark permanecía en la oscuridad, pero Lornark pudo verla sentada inmóvil sobre la cama.

Khorus encendió el fuego de la chimenea, y se fijó en los ojos desorbitados de su amiga mirando al vacío. Traspasaba con su mirada todo lo que había frente a ella, incluso a Lornark que trataba de reanimarla.

Esta vez los dos notaron que la energía en la que estaba sumida la estancia era superior a la que sintieron la otra vez, y que a lo largo de los días había desaparecido. Eso les preocupó, aunque lo principal era poder reanimar a la muchacha que seguía perdida en las sombras.

—¡Nemark! Mírame, vuelve a mí. ¡Nemark! Estoy contigo, no temas. Nadie podrá dañarte ahora.

La hechicera permanecía ajena a las súplicas del mago que, desesperado, la sacó de ese dormitorio.

Khorus se quedó observando las puertas abiertas del balcón. Las cortinas se agitaban como si un vendaval quisiera arrancarlas del lugar, pese a que en el exterior el aire era casi inexistente. Se asomó, y no pudo apreciar nada que le hiciera sospechar que el autor de lo ocurrido aún estuviera allí. Lo más seguro es que hubiera vuelto al mismo lugar del que provenía. Esta vez tenía claro que un auténtico demonio había visitado a la joven hechicera.

Vio como algunas ventanas se iluminaban con las luces de las velas, por lo que imaginó que los estudiantes se estarían preguntando qué habría ocurrido, y pronto estarían reunidos en algún lugar para poder comentar sus teorías. Más tarde se ocuparía de eso. Ahora deseaba comprobar cómo se encontraba Nemark, así que cerró el ventanal. Antes de ir a buscarla, invocó a los oscuros entes para que vigilaran el lugar, ya que no sabía qué más podía hacer allí.

No se reverenciaron ante él como debían hacer siempre que eran llamados en señal de respeto a quien tenía poder sobre ellos, y preguntaron extrañados:

—¿La señora? ¿Dónde está la señora?

—¿Qué sabéis de ella?

—Nada, señor. Noto su presencia, pero no está aquí —Habló uno de los espectros.

—¿Sabes quién la quiere y qué está pasando? —Khorus debía de conseguir toda la información posible que pudieran ofrecer estos inesperados confidentes.

—No lo sé, señor. Solo sé que su presencia está aquí y la del Amo también.

—¿Quién es el Amo? —Pese a preguntar eso, sabía cuál era la respuesta que le ofrecerían.

—El señor que gobierna ahora las Tinieblas, Soid.

—¿Por qué la quiere? ¡Habla! —instó a contestar al ser.

Solo uno de ellos respondía a sus preguntas, así que centró toda su atención en él.

—Yo no sé si la quiere. Solo noto sus presencias, pero debo sumisión a la señora.

—¿Por qué? ¿Por qué a ella y no a él?

—Ella nos alimentó. Él trata de destrozarnos.

—Entiendo. ¿La ayudaríais antes que a vuestro Amo? —Khorus no salía de su asombro.

—Sí, señor. ¿Desea que hagamos algo por la señora?

Khorus sabía que esos seres no le mentirían, cosa que le tranquilizó.

—De momento solo podéis vigilar que nadie de las Tinieblas venga otra vez. Avisadme si eso ocurre.

—Claro, señor. Sé que la señora nos cuidará llegado el momento. No tenga dudas. Nosotros le informaremos si llega el caso.

Khorus asintió con la cabeza antes de marcharse.

En los aposentos de Lornark, éste mantenía a la joven entre sus brazos mientras trataba de hacerla regresar a la realidad, cuando llegó Khorus.

—¿Le has hecho tú eso? —preguntó extrañado señalando los brazos desnudos de la chica.

Lornark se fijó en lo que le indicaba su ayudante. Sobre la blanca piel, unos hematomas comenzaban a dibujarse y mostraban el lugar donde unas manos de largos dedos debían haberla sujetado, y habían quedado marcados sobre ella.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —preguntó Lornark desconcertado.

—Sé quién es, Lornark.

El hechicero prestó atención a su ayudante esperando una explicación.

—Invoqué a unos entes. Ellos me preguntaron por la señora, ni siquiera se sometieron a mí.

—¿Qué? —El nigromante estaba consternado por esa información.

—Sí, Lornark. Me dijeron que sentían su presencia y la del Amo de las Tinieblas.

—Si eso es cierto, no tenemos nada que hacer.

—Por lo que he entendido, no le tienen en gran estima. Su interés parece ser el de proteger a Nemark.

Lornark calló unos segundos. Después volvió a centrarse en su amada, a la que acarició con suavidad el cabello.

—No creo que haya robado su alma, pues siento que ella está aquí, pero necesito devolverla a este lugar antes de que sea demasiado tarde. Es probable que lo que intentara fuera eso, arrancar su esencia. El cuerpo en el infierno no es necesario, puede conseguir cualquiera, solo debe matar a cualquier humana.

Sujetó la cabeza de la hechicera mientras recitaba los arcanos sortilegios. La cadencia era hipnotizante, y Khorus observaba cada ligero movimiento, las pausas y el ritmo. Jamás había escuchado un hechizo para liberar a alguien que hubiera sido llamado a las profundidades del reino de las Sombras.

Nemark tosió ligeramente antes de intentar liberarse de las manos que la sujetaban, susurrando que no se iría con él.

—Nemark, soy yo. Nadie va a llevarte a ninguna parte. No permitiré que nadie te separe de mí.

La joven paró un instante su lucha, pero no abrió los ojos.

—Khorus, prepara unas copas del licor de mi armario.

El hechicero obedeció y le entregó una a su amigo, que abrazaba calmando a la hechicera.

—Bebe, Nemark. Te encontrarás mejor.

Acercó el vaso a sus labios y ella dio un ligero sorbo.

Tosió antes de abrir los ojos:

—¿Qué asquerosa pócima es esta? —susurró cuando el alcohol quemó su garganta, lo que hizo sonreír a ambos magos.

Lornark suspiró y la abrazó con fuerza.

—No vuelvas a darme estos sustos, ¿entendido? —dijo suavemente en su oído.

—No dejes que me los den a mí.

Se abrazó a él y aspiró el olor que tan bien conocía, y que nunca olvidaría. Ese aroma que era una mezcla a especias, a animales muertos, a pociones, a magia, a azufre, a algo que destilaba peligro y que, sin embargo, a ella le transmitía seguridad.

Nemark vio a Khorus y le sonrió. Se alegraba de que ambos hombres estuvieran a su lado. Sujetó su mano un momento y luego la soltó. Se separó ligeramente de Lornark también.

—Cuéntanos qué pasó, Nemark.

Los magos esperaban la respuesta de la chica con ansiedad. Necesitaban saber si el demonio que la acechaba le había dicho el porqué de su interés en ella.

—Estaba durmiendo cuando me despertó su voz. Otra vez me pedía que marchara con él. “Ven conmigo, ya es hora de que vuelvas a casa. Este no es tu sitio, no perteneces a este lugar”. No quise escucharle, pero era imposible no hacerlo, su voz retumbaba dentro de mi cabeza y, pese a no estar ahí, le sentía.

—¿Cómo qué no estaba ahí? —preguntó Khorus.

—No había un cuerpo, era un todo, es como si todo el aire, como si todo el cuarto fuera él. Me impedía respirar y, aunque podía moverme, estaba segura de que me retenía. Su risa era suave y me pidió que no me resistiera, porque podría dejar mi cuerpo aquí, pero no podría evitar que fuera con él. Tenía mucho miedo. Llamé a Aralk, traté de gritar su nombre, aunque no podía, su fuerza tapaba mi boca. Sin embargo, lo conseguí. Grité. Sé que mi diosa me escuchó, que vino hasta mí. Ví su fuego antes de que todo se volviera oscuro. Cuando recuperé la visión ya estaba con vosotros.

—Nemark, ¿crees que era tu padre? —La voz de Lornark sonó

preocupada. De pronto entendía quién era el que la buscaba.

—No lo sé. Pero, ¿por qué ahora? ¿Por qué me quiere ahora?

—Quizá no te encontró antes—respondió Khorus.

Lornark se encogió de hombros, lamentando su suerte. No sabía si podrían luchar contra un demonio, aunque ambos tuvieran sangre de uno corriendo por sus venas. Esta vez ese ser superior casi había conseguido su objetivo.

—Creo que te quiere porque Aralk te protege. Serías la más poderosa del Infierno si eres capaz de invocarla allí.

—Pero yo no quiero ir a ese lugar. Yo quiero estar aquí, contigo —susurró. Lornark acarició sus hombros y besó su cabello.

—Está claro que a ese demonio le importa muy poco lo que tú pienses o quieras. Quizá haya una lucha por el poder del trono. Si tú estuvieras de su lado, nada podría detenerle. ¿Quién lucharía contra la bendecida de la Diosa?

Todos callaron sopesando las palabras que el nigromante acababa de pronunciar.

—No dejaremos que te lleven a ningún lado, ¿verdad, Khorus?

Lornark bebió de su vaso y la hechicera le imitó, aunque gruñó levemente al sentir su amargo sabor.

—No entiendo cómo puedes beber esto —protestó mirándole molesta por no haberle ofrecido una bebida más agradable al paladar.

—Te acostumbrarás, templa el cuerpo.

Khorus sonrió, sorbió con cuidado su bebida, y notó que, tal y como había dicho el mago templaba su cuerpo. Necesitaba ese licor y de un par de tragos apuró su vaso.

—Voy a comprobar cómo se encuentran los estudiantes. Seguro que estarán nerviosos y especulando con lo que haya podido pasar.

—Cierto. Me olvidé de ellos. Gracias, Khorus.

Cuando el mago salió de la estancia, Nemark tocó los estigmas de su brazo.

—¿Te duelen? —preguntó con tristeza el hechicero.

La joven asintió y Lornark trató de curarlos usando sus conocimientos, pero fue imposible que se borrarán de la piel de la chica, quién empezó a dar signos de cansancio.

—Ven, te llevaré a la cama —El terror se dibujó en el rostro de Nemark, por lo que el mago se apresuró a añadir— No a la tuya, tranquila. Te quedarás aquí conmigo, no volverás a ese cuarto.

Más calmada, afirmó, y se dejó ayudar para llegar a la cama del maestro. Cuando se tumbó, Lornark la arropó como si fuera una niña y besó su frente.

Nemark no comprendía por qué estaba tan agotada. En vez de estar alerta, un profundo sopor inundaba su cabeza, y también su cuerpo se notaba débil. Se preguntó si sería por culpa del licor. Apenas apreció como Khorus se presentaba nuevamente allí y hablaba con Lornark, antes de despedirse de ambos hasta el día siguiente.

—Quizá sería conveniente que los entes estuvieran aquí en vez de en el cuarto de Nemark. Tal vez puedas invocar a otros para que se queden con vosotros o, si lo deseas, yo mismo cuidaré la entrada.

—No, Khorus, vete y descansa. No creo que mañana dé clases, así que tú deberás hacerlo. No quiero abandonarla, no de momento.

Dirigió una mirada a la adormilada hechicera.

—Claro, lo entiendo.

Lornark se acostó junto a Nemark que luchaba por mantenerse despierta. Sin embargo, al notar como él la abrazaba se relajó. Se acurrucó entre sus brazos de manera que su cabeza descansara sobre el pecho del hombre y pudiera escuchar su corazón. Entonces durmió.

—¡Devuélvemela! —Una voz gritó en la cabeza de Lornark que despertó de súbito.

Abrazó con más fuerza a la hechicera, mientras comprobaba el lugar de procedencia de ese sonido.

Los entes se mantenían tranquilos. Había invocado a algunos más y tanto el balcón como los ventanales y la puerta estaban protegidos por su presencia. No parecían haber escuchado o visto nada. Tampoco el aire evidenciaba que nadie hubiera entrado allí. Debía de haberlo soñado, o el demonio le gritaba desde su morada en vez de acercarse. Era posible que Aralk, al proteger a la hechicera, hubiera debilitado al demonio, y éste no pudiera volver a la tierra de los mortales.

Empezaba a amanecer, y los primeros rayos de sol iluminaron la pared y su escritorio. Tan solo había transcurrido una hora desde que se durmió. Aspiró el aroma que desprendía el cabello de la muchacha. Recordó como había adorado el olor a hierba fresca que tenía cuando la conoció, pero ahora su perfume a fuego y humo consiguió tranquilizarle. Apoyó su barbilla en la cabeza de ella y cerró los ojos. Sabía que no conseguiría dormir, pero al menos descansaría un poco más.

—Nemark —suspiró al apartarse de la joven.

Se sentó en el borde de la cama mirando como las sombras iban desapareciendo y el día iluminaba el cuarto. La luz detendría al demonio, ya que debilitaba a los habitantes del reino de las Sombras. Eso le daba algo de seguridad, aunque sabía que nunca volvería a estar tranquilo si no lograba encerrarlo para siempre en el Infierno. La sola idea de perder a Nemark le angustiaba de tal manera que se le encogió el corazón.

Se giró cuando una mano aferró la suya, y contempló a la mujer que abría perezosamente los ojos. Le sonrió y separó un rebelde mechón de su oscuro cabello que le cubría parte del rostro.

—Buenos días. —La maga se estiró lánguidamente.

—Buenos días, Nemark. ¿Has podido descansar?

—Sí, maestro. Gracias por dejar que me quedara con usted.

—No podía dejar que te quedaras en ningún otro lugar que no fuera a mi lado.

El amor arreboló las mejillas de la hechicera al escuchar sus palabras.

—¿Usted ha descansado?

—No mucho.

No quiso mencionar la voz que había interrumpido su descanso, porque no deseaba alterarla más de lo que ya estaba, aunque no lo demostrara.

—¿Por qué no se tumba ahora? Le dejaré su cama y así podrá descansar sin que yo le moleste.

—Tú no me molestas, pero no podría dormir más.

Nemark asintió mientras abandonaba el cálido lecho y se dirigía a la biblioteca particular de Lornark. Desde el día que había visto los libros sentía verdadera curiosidad por descubrir los secretos que escondían. Acarició casi con reverencia su lomo de piel negra. Destilaban oscuridad y poder, por lo que se sintió atraída sin remedio a cogerlos y devorar cada uno de los versículos que en ellos estarían plasmados. Deseaba llenar su alma con los negros hechizos escritos en sus páginas.

—Muchos de ellos ya los conoces.

El susurro del maestro la sobresaltó ya que no le había escuchado acercarse. La incorregible mueca burlona apareció en el rostro del hombre, a la vez que las llamas de sus ojos brillaban divertidas.

—Son antiguos sortilegios con los que puedes llamar a los entes o usar los elementos a tu antojo, pero creo que eso sabes hacerlo muy bien desde hace

tiempo. También hay algunos hechizos que he creado yo mismo.

La curiosidad de la muchacha creció con ese último comentario.

—Me gustaría tanto leerlos.

—Puedes hacerlo cuando te plazca.

Unos golpes en la puerta cortaron la conversación. Khorus entró al escuchar el permiso de Lornark. En sus manos portaba una túnica para la hechicera.

—Pensé que te gustaría cambiarte.

—Sí, muchas gracias, Khorus.

—Más tarde iremos a tu cuarto y cogerás todo lo que necesites. Quiero que te quedes aquí. No volverás a tu alcoba, ni estarás sola.

La muchacha afirmó aliviada, notando como se le encogían las entrañas al recordar lo ocurrido mientras, por otro lado, se sentía feliz al poder pasar más tiempo junto a su amado.

—¿Has desayunado, Khorus? —pregunto Lornark caminando junto a su ayudante a la habitación contigua, y así dejar intimidad a la joven para que cambiara su atuendo y se aseara.

—No. Fui a comprobar si todo continuaba en orden en su habitación, y nada ha cambiado desde ayer.

—Pediré que nos sirvan el desayuno aquí a los tres.

Mientras los magos organizaban el orden del día, Nemark elegía los dulces que comería y que poco después saciaban su apetito.

—¡Nemark! —Lornark la regañó parando su mano cuando se disponía a coger otro pastel más.

Ella le miró enfadada sin comprender por qué hacía eso.

—Tengo hambre —protestó masticando el trozo que aún tenía en la boca.

El mago sonrió burlón, intentando disimularlo. Khorus también se divertía con el comportamiento travieso de su amiga.

—Enfermarás —el susurro del mago sonó como una caricia a los oídos de la hechicera.

—No lo haré. Enfermaré de inanición si no como. —Cogió el pastel que deseaba y que el mago le quitó devolviéndolo al plato, mientras le tendía un vaso con zumo.

La joven bebió y cuando los hombres se centraron otra vez en sus asuntos, volvió a coger el dulce de la fuente y lo comió feliz abrazada a las rodillas, pese a saber que su comportamiento no era adecuado durante la comida.

Khorus fue consciente de sus actos, pero guardó silencio hasta que el nigromante descubrió sus gestos de complicidad.

—¡Nemark! —Otra vez le quitó el dulce —. Y tú, deberías ser más sensato.

—Lornark, no le va a pasar nada por comer un poco más.

—¡Pero, fíjate en todo lo que ha comido! ¿No querías leer mis libros? Hazlo.

La joven se levantó con rapidez ante ese permiso y, cogiendo el primer volumen, se sentó en una de las sillas cercanas al escritorio y se enfrascó en su lectura. Susurraba palabras, entonando, elevando la cadencia y marcando las pausas oportunas.

El tiempo se esfumó entre los hechizos y un grito de terror escapó de sus labios cuando una mano se posó en su hombro. Se encogió amedrentada.

—Tranquila. —Con un susurro Lornark intentó calmarla a la vez que le acariciaba sus brazos—. No pretendía asustarte.

—No se preocupe, estaba tan concentrada que no me percaté de su presencia. ¿Necesita algo? —Nemark sonrió al sentir sus manos, aunque solo fuera por una caricia inocente.

—No, por lo que veo te resultan interesantes mis libros.

—Sí, tiene hechizos que jamás pensé que pudieran realizarse. Aunque hay algunos que no estoy segura de entonar bien. ¿Podrá ayudarme?

—Por supuesto —El fuego de sus pupilas bailó al contemplar la felicidad de la hechicera.

Khorus acudió a cenar con ellos y les encontró como maestro y pupila, enfrascados en enseñanzas que les mantenían con las cabezas casi juntas sobre el libro.

La velada no duró mucho tiempo, y Khorus se despidió pronto. Deseaba organizar las clases y descansar.

—Deberías dormir, Nemark. —Lornark disuadió a la muchacha, que se dirigía hacia el escritorio donde descansaba el libro que habían dejado para continuar su estudio.

—No estoy cansada.

El hechicero no le hizo caso y cerró el libro que ella acababa de abrir y lo volvió a colocar en su lugar.

—Llevas todo el día estudiando. También la mente necesita descansar, no lo olvides. Mañana trabajaremos juntos.

La maga se cambió de ropa y se metió en la cama arropándose hasta el cuello.

—¡Estás helada! —protestó el hombre cuando se acostó y ella buscó su calor—, ¿por qué no me pediste una manta?

—Porque no quería molestarle. —Se justificó la muchacha.

—No me molestas.

Se levantó y la arropó con una manta que sacó del armario.

—Maestro.

—Dime, Nemark.

—¿Cree que volverá?

Ahora que era de noche los temores volvieron a asaltar su pensamiento.

—No lo sé, pero no podrá hacer nada —Mintió deseando creerse él mismo sus palabras.

—Tengo miedo.

El nigromante recordó cuantas veces había repetido eso. Quizá todas sus pesadillas eran solo una premonición de lo que iba a ocurrir. Él mismo temía perderla ya que el enemigo era el más poderoso con el que podían lidiar.

—Nemark, eres fuerte. No temas y utiliza tu magia contra él.

—¡Es un demonio! ¿Qué podría hacer?

—Tu padre también lo era y Aralk cuida de ti. Eres poderosa, has visto todo lo que eres capaz de hacer. Lucharemos juntos y no podrá llevarte. No lo permitiré.

—Tal vez debí dejar que los blancos acabaran su trabajo.

Lornark la contempló asombrado, no sabía a qué se refería. Ella nunca había hablado de su pasado en la congregación blanca. Era un tema que siempre evitaba.

—¿Qué debieron acabar?

—Ellos siempre supieron que mi padre volvería a buscarme. Por eso trataron de arrancar de mí todo lo que pudiera atraerle. Me ataron al lecho y allí cantaban rasgando mi alma, tratando de arrancar mi parte oscura. Me impusieron ese olor a hierba con el que me conociste. Intentaron cambiar todo aquello que no encajaba en ese lugar. Leían mi mente y arrancaban lo que consideraban malo. No les importaba ni mi dolor ni mis súplicas. Por eso huí y por eso les odié, aunque ahora creo que tenían razón.

—No tenían razón y no hubieran conseguido su propósito. No así. Te hubieran matado de seguir torturándote de esa manera.

—No lo sé, maestro.

—Nemark, deja de llamarme maestro. Compartimos la cama, creo que no son necesarias las formalidades.

—¿Lornark? —preguntó mientras pensaba en la manera en la que le gustaría compartir esa cama.

—Sí, así —Se acercó a ella— Intenta dormir. ¡Sigues helada!

La abrazó y ella sintió como entre sus brazos sus miedos se disipaban y el sueño la vencía.

Lornark estaba despierto cuando Nemark se desperezó. Dibujó una sonrisa en la boca al verle a su lado y descubrir la mirada amorosa con la que la estaba contemplando.

—Eres una dormilona —susurró el mago con una sonrisa.

—No es cierto, lo que ocurre es que tú no duermes. —Le sonrió y se acercó un poco más a él.

—Sí, lo hago, Nemark. Te lo aseguro, pero como siempre duermes no te das cuenta.

—Aún no es de día —protestó la joven hechicera.

—Pronto amanecerá.

Lornark hizo ademán de levantarse, pero ella le sujetó.

—No te vayas, por favor.

—¿Qué quieres? —preguntó divertido.

—A ti. —Esta vez Nemark no reprimió su respuesta.

El amor ardió en los ojos del hechicero que acarició con dulzura su rostro, y ella besó su mano.

—Nemark —murmuró, mirándola con amor.

—Lornark, no levantaré tormentas, no tornaré la noche en día. Amanecerá porque no habrá más remedio, aunque quisiera que no lo hiciera. Lornark, no me rechaces.

El mago calló su voz con un beso dulce y suave. La mujer le correspondió con fuerza, que él contuvo con cariño.

La amó como nunca había amado a ninguna mujer, con dulzura y cuidado, manteniéndola todo el tiempo en el mundo terrenal hasta que notó como se relajaba en sus brazos; entonces se dejó llevar y susurró su nombre con adoración absoluta.

—Nemark.

Permanecieron abrazados únicamente por el placer de no romper esa

intimidad y, como dijera la hechicera, ambos desearon que no amaneciera.

—¡Devuélvemela!

La voz golpeó al nigromante, que se incorporó en la cama ante la sorpresa de Nemark.

—¿Qué ocurre? —preguntó sobresaltada.

—Nada. — El mago no quiso asustar a la mujer, y menos después de haberse amado como lo habían hecho.

—¡Dámela! —Insistió la voz que gritó con fuerza en su mente.

—¡Nunca! —contestó con firmeza en silencio.

—Tendrás que hacerlo. No podrás evitarlo. —La voz se hacía cada más segura y amenazante.

—Jamás la tendrás. —El mago trató de callar esa conversación telepática.

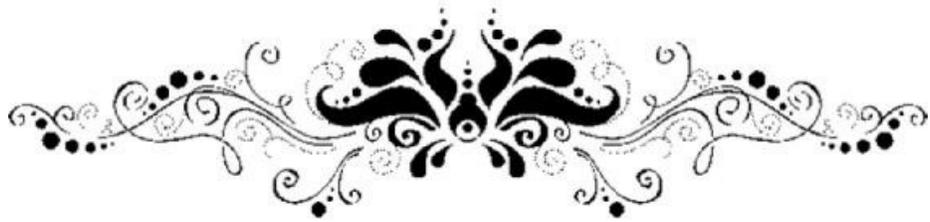
—Lornark, ¿qué ocurre? No me mientas, te ha cambiado la cara. Estás pálido. No me engañes, por favor.

La joven le miraba comprendiendo que la presencia de su supuesto padre le estaba atormentando.

—Me ha pedido que te entregue, pero no lo haré. Jamás dejaré que te vayas de mi lado sin luchar. Tendrá que matarme.

La abrazó con fuerza y enredó las manos en sus cabellos, besándola. Necesitaba sentirla, tenerla. No podía renunciar a ella, ahora que por fin había aceptado sus sentimientos y superado los estúpidos miedos que le hicieron mantenerse alejado. Se maldijo por haber sido tan estúpido, pero se juró que moriría si era necesario para que ese demonio no saliera de su mundo y no le arrancara a la mujer que daba sentido a su existencia.

Nemark calló mientras notaba como la angustia le apretaba las entrañas. Le devolvió el abrazo aspirando el aroma que tanto le gustaba. En ese momento se dio cuenta de que no podría huir. No podría hacer nada para escapar a su destino, y supo que éste estaba ligado a la voz que acababa de reclamarla.



## 18. Despedida



Querido Lornark:

Debo marchar. Lo hago ahora que duermes porque no podría hacerlo cuando estés despierto. Estoy segura de que tú tampoco me permitirías alejarme de ti. Sé que te prometí luchar, pero no puedo sabiendo cuál el precio a pagar. Te aseguro que es demasiado alto, ya que eres tú lo que podría perder. Él es un auténtico demonio, por eso sé que esta batalla está perdida. Yo no conseguiría vivir con el miedo a que sufieras cualquier mal por mi culpa.

Entiéndeme. Me aseguró que a mí no me dañaría, porque le soy útil. Sin embargo, no le importa tu muerte. Tampoco sé si conseguiríamos derrotarlo entre los dos, y no quiero averiguarlo. Si algo te ocurriera jamás me perdonaría. Te amo. Te amo desde el día en el que tu brazo sujetó el mío. Comprende que mi vida sin ti no tendría sentido.

Sí, soy cobarde. Estaré bien y cuidaré de ti desde el Averno. Cuando pueda regresaré, y entonces no nos separaremos jamás, pero ahora debo marcharme. Te prometo que volveré. Te amo más que a mi propia vida; nunca dudes de que lo hago para que podamos estar juntos en un futuro. Perdóname por partir así.

Te quiero.

Nemark

Cuando Lornark leyó la carta, que encontró apoyada en la almohada, creyó que su mundo se hundía y que el aire se escapaba por el mismo sitio por el que debió salir Nemark de él.

No avisó a nadie antes de usar la magia y personarse en la congregación

de Lil.

Esta ya estaba despierta, y si se sorprendió de ver aparecer al mago junto a ella no hizo ningún gesto que lo demostrara, aunque la preocupación la embargó al ver el rostro demudado de su amigo.

—¿Qué ocurre, Lornark

—Se ha llevado a Nemark —contestó sin poder mirarla a los ojos.

—¿Qué dices, Lornark?

Lil se agarró a su brazo, angustiada.

—Un demonio se ha llevado a Nemark, la ha reclamado y la ha llevado a su lado.

—¿Su padre? —Era la única opción que pudo pensar la hechicera, aunque no comprendía por qué después de tanto tiempo volvía a por ella.

—No lo sé, Lil. Lo siento.

Le entregó la carta que había encontrado y que la hechicera leyó con rapidez, mientras las lágrimas luchaban por salir de sus ojos.

—Lornark. ¿Qué vamos a hacer? No podemos dejarla allí. —Se sentó desfallecida en la cama, y ocultó su rostro momentáneamente entre las manos, ahogando un grito de rabia.

—Voy a ir a buscarla, por supuesto. Quería decírtelo por si no vuelvo. — Lornark se sentó a su lado sin saber qué otra cosa podría hacer.

—¿Cómo que si no vuelves?

—Bajaré al infierno para buscarla. Y no volveré sin ella.

—Iré contigo —contestó con rotundidad la mujer.

—No, jamás lo permitiré. No podría soportar perderte a ti también si algo sale mal. —Esta vez sí miró a la hechicera, suplicando que le hiciera caso con la mirada apenada, y apagado el fuego de su iris.

—Si no querías que te acompañara no hubieras venido —insistió la dama.

—Solo vine a avisarte, Lil. No podía permitir que me pase algo y que no supieras nada de ninguno de los dos. ¡Demonios, Lil!

Abrazó con fuerza a la mujer, que no se resistió, pero no correspondió a su gesto.

—Lil, no puedo perderla.

—Yo tampoco, así que no discutas. Tengo que ir contigo y sabes que lo haré.

—Está bien. —Lornark entendió que era inútil luchar contra ella. Si se negaba a dejar que lo acompañara buscaría la manera de hacerlo sola.

La hechicera está vez si correspondió al abrazo.

—Hablaré con mi ayudante. Necesito decirle que me voy. No tardaré, y luego iremos a por ella.

—Claro, pero necesitamos volver a mi hogar. Abriré un portal desde allí. Mi poder reside en ese lugar, por lo que me será más fácil y no gastaré tanta energía. ¿De acuerdo? La traeremos con nosotros.

Lornark acarició el cabello de la hechicera antes de dejarla marchar.



## 19. El Infierno



El rostro de Lornark estaba iluminado por la escasa luz que desprendía la única vela que encendieron y que apagarían en cuanto se abriera la puerta. Sabían que su presencia no tardaría en ser descubierta, pero tratarían de que eso ocurriera lo más tarde posible.

Lornark entraría primero, seguido de Lil y Khorus iría en última posición. El maestro así lo había dispuesto, ya que era la única manera en la que pensaba que podría proteger a Lil que, aunque no tenía vetada su entrada al Infierno por su condición de Dama del Ocaso, sería la más vulnerable cuando les atacaran. Estaba seguro de que ese ataque no tardaría en llegar en cuanto se adentraran en el reino de las Sombras, y los demonios que allí habitaban no tendrían en cuenta ese detalle a la hora de acabar con su vida, aunque debieran protegerla en cualquier otra situación. En ese momento la maga no sería más que una intrusa que se adentraba en un lugar al que no la habían invitado; también, su nuevo Amo vigilaría con celo sus dominios sabiendo que era más probable que fueran a rescatar a Nemark y habría dado orden de acabar con la vida de quien llegara del exterior.

La voz de Lornark retumbó por las catacumbas de Sadúminum. Lil se estremeció al escucharlo. Hacía mucho tiempo que no realizaba hechizos en su presencia, y el que declamaba ahora podría ser la causa de que todos ellos perecieran.

Según el sortilegio se completaba, el suelo comenzó a temblar como si se fuera a resquebrajar, dando la impresión de que todo el edificio se desplomaría sobre sus cabezas.

Khorus vio como un fino polvo se escurría sobre ellos desde el techo, y

dudó de su mentor. Él jamás había estudiado cómo abrir un portal al inframundo; no tenía sentido que lo hiciera porque era un simple mortal, solo podría ir allí si le invitaban. Sin embargo, ahora iban como meros ladrones, escondiéndose de los habitantes de ese lugar.

El cántico fue subiendo de intensidad a la vez que Lornark elevaba sus manos clamando el poder a su diosa, exigiendo que les permitiera entrar al mundo que podría haber sido su hogar.

Las llamas de sus ojos se elevaron envolviéndolo en ellas, y cegando a sus compañeros que se alejaron unos pasos. Lil y Khorus se miraron en silencio sabiendo que Aralk podía considerar ese hechizo como un agravio contra ella y su mundo. Si eso ocurría les castigaría con la muerte en ese mismo instante.

Lornark llamó una vez más a su deidad. Tras unos segundos el mago lanzó un alarido y cayó al suelo de rodillas. El fuego que le envolvía se apagó al instante. Lil se abalanzó hacia él, imaginando que el acceso les había sido denegado.

El hechicero la miró consternado y sujetó las manos que la maga le tendía. No hablaron, pero comprendieron que había fallado; Aralk le había prohibido la entrada a su reino.

Un nuevo sonido, como un quejido de la tierra despertó el eco del lugar, duplicando el crujir del aire que se rasgaba despacio. Podían ver cómo frente a ellos la oscuridad se resquebrajaba y se diluía; parecía que estuvieran en un tanque de agua y alguien moviera y ondeara el líquido.

Lornark se levantó, sujetando de la mano a la hechicera. Sonrió al contemplar el mundo que se mostraba frente a ellos. Notó con turbación que algo cambiaba en su interior, su poder aumentaba y su sangre bullía ardiendo como lo hizo su cuerpo, minutos antes. Un fuerte olor a azufre le recibió: su hogar le daba la bienvenida. Se controló lo justo para invitar a sus compañeros a pasar, aunque tiró con fuerza de la mano de Lil cuando cruzó el umbral. Esta, desprevenida, se chocó contra su amigo que la miró molesto, cosa que no pasó desapercibida a la hechicera. Ella nunca pensó hasta ese momento que la sangre de demonio le dominara en ese lugar.

Khorus siguió sus pasos pensando en si debían dejar la puerta abierta o, por el contrario, cerrarla.

—Abierta —respondió Lil con un susurro al intuir la pregunta—. Será mucho más fácil huir del Infierno si la mantenemos así, y es la única manera de volver justo a este sitio si conseguimos rescatar a Nemark.

Omitió el pensamiento de que no sabía si el nigromante sería capaz de abandonar el reino de las Sombras si seguía dominado por su instinto de demonio.

Lornark observaba el lugar, una cueva cuyas paredes estaban iluminadas por algún extraño mineral que emitía una luz propia azulada. No fue consciente de que la dama había empezado a cantar de forma queda e hipnótica. Su voz suave le impidió hacerla callar. Khorus, la miraba fascinado sin saber qué encantamiento podría estar realizando. La vio flotar hacia el nigromante, ya que estaba seguro de que no había caminado. Al llegar al lado de este, una luz dorada les envolvió a ambos, eclipsando la que desprendían las rocas que les rodeaban.

Lornark jadeó tratando de respirar, y se llevó las manos al cuello tratando de liberarse de lo que le oprimía. Por un momento pensó que su amiga intentaba matarle y trató de defenderse. Elevó los brazos dispuesto a atacar. Khorus quiso parar esa locura, pero la luminosa esfera impidió que entrara en el círculo donde se encontraban los dos magos. En ese mismo instante la luz se apagó. Lil desafió a Lornark a continuar su ataque con una mirada de furia, pero este, contempló sus manos y después a su amiga. Ambos sabían que la habría atacado y de seguro matado. El hombre boqueó como un pez, antes de disculparse.

—Lo siento, Lil.

—No eras tú, y yo no podía dejar que olvidaras que este no es tu lugar. Mi hechizo te recordará a qué vinimos y quién eres. No eres un demonio, Lornark. Este no es tu hogar, tampoco lo es el de Nemark, pero ahora sabes que ella también ha podido sucumbir al poder de la sangre.

Khorus observaba a los dos magos en silencio. En cuestión de minutos había presenciado fuertes hechizos que pocos magos podrían contemplar. Sabía que no tenían mucho tiempo que perder, así que apremió a los demás.

—Si todo está bien, deberíamos continuar. Pronto sabrán que estamos aquí.

Caminaron en fila. Lil era la encargada de localizar a su ahijada. Ella era la que mejor sabía usar el poder mental y le sería más fácil contactar con Nemark, si es que esta aún recordaba su parte humana.

—Siento su presencia, pero lejos de nosotros.

La llamó deseando que la distancia fuera lo único que la separaba de ellos. Al no obtener respuesta, volvió a llamarla con más intensidad. Tampoco

esta vez la joven hechicera contestó a su madrina.

—Me es imposible contactarla —informó a sus compañeros—, algo nos separa de ella, y no creo que sea la distancia. Lo más seguro es que mi voz sea bloqueada. Tal vez tú, Lornark, como heredero de la sangre de las Sombras puedas esquivar las protecciones que haya aquí.

Lornark asintió. Lil pudo escucharlo nombrando a la joven, que tampoco respondió a su llamada. Dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo y respiró resignado.

—Tal vez Nemark os escuche, pero no pueda responderos. No sabemos en qué condiciones se encuentra. Sabíamos que no iba a ser tan sencillo. No perdamos más tiempo, más adelante podéis intentarlo otra vez —dijo Khorus buscando la entrada a un nuevo nivel que les condujera hasta su amiga.

Lornark asintió y comenzó a explorar las paredes. Debía haber algún recoveco que les condujese un poco más cerca de su amada. Los otros dos le imitaron.

Lil se acercó a la pared que brilló aún más con su cercanía. Estiró el brazo para tocarla. Sin previo aviso fue absorbida sin que ninguna grieta se abriera en el muro que ahora la alejaba de los magos.

—¡Lil

Lornark se abalanzó hacia el lugar por el que acababa de desaparecer la hechicera, pero la barrera de azul luminiscente no le permitió la entrada. Una explosión le empujó contra la pared contraria, dejándole aturdido momentáneamente por el impacto.

Khorus se acercó a su lado y le ayudó a incorporarse.

—¿Qué hacemos, Lornark?

—Buscarla, no podemos dejarla en este mundo sola. Deberían protegerla, pero ha entrado para llevarse a un ser que vive aquí. Lo más seguro es que la maten si lo descubren, y ella no callará sus intenciones.

—¡Lil! —gritó usando tanto la mente como la voz.

—¿Lornark? —La voz de la hechicera se expandió por toda la gruta, rebotando contra las paredes, por lo que su nombre se repitió varias veces más.

—¡Lil! —Khorus llamó también a la hechicera mientras trataba de encontrar el origen del sonido.

—¿Dónde estás, Lil? ¿Puedes vernos? —preguntó Lornark.

—No, no os veo.

Las palabras de la maga surgieron del techo esta vez, y al igual que antes, su eco repitió la respuesta.

Lornark elevó las manos a la altura del pecho. El reflejo de sus llamas se expandió por toda la cueva, al igual que el sonido de su voz que hacía fluctuar la luz del lugar.

Un enorme perro negro surgió de la nada. Sus ojos destilaban odio; de sus mandíbulas abiertas y amenazantes chorreaba un hilo de saliva que goteaba contra el suelo. Gruñó acercándose despacio al hechicero que, absorto en su sortilegio, no se percató de su presencia.

Khorus actuó con rapidez. Su voz se superpuso a la de su maestro. El can giró hacia él al escucharle, pero fue demasiado tarde. Su cuerpo explotó antes de que pudiera dar un solo paso más.

El nigromante, ajeno a lo ocurrido, finalizó su cántico y la pared se quebró con un agudo sonido metálico.

Se abrió un hueco que asemejaba a una puerta y que les permitió ver una docena de ojos fulgurantes, ansiosos por devorar sus cuerpos. Pronto comenzaron a caminar dispuestos a saciar el apetito que les había abierto el olor a humano que desprendían, y que había impregnado el lugar.

Khorus, volvió a repetir su hechizo, al comprender que eran los hermanos de la criatura que acababa de matar. Al menos una docena de perros asaltaron el lugar donde se encontraban. El eco repitió sus ladridos, y segundos más tarde, los aullidos de dolor cuando sus cuerpos crecieron hasta explotar salpicando de sangre y vísceras a los magos.

—Lil —susurró Lornark cruzando la puerta y buscando con angustia a su amiga.

Otra nueva gruta, esta vez completamente oscura les esperaba.

Lornark no necesitó de ninguna luz para comprobar que estaba vacía. Khorus, sacó una piedra de su bolsillo. Esta iluminó el lugar cuando se lo ordenó.

—Lornark, ayúdame —pidió Lil.

—¿Dónde estás, Lil? —preguntó Lornark girando sobre sí mismo.

La grieta se cerró en ese mismo instante con un golpe seco. Abriéndose otra a la izquierda de ellos.

—Estoy en el pantano, Lornark. La niebla no me deja volver a casa. No encuentro el camino.

—¡Lil, no! Vuelve sigue mi voz.

—¿Dónde está, Lornark? —preguntó Khorus al ver la expresión desesperada en la cara de su amigo.

—En un lugar al que nunca debió ir y al que nunca debería volver. Si la encuentran los rastreadores no tendrán piedad de ella.

—¿Ha salido del Infierno? ¿Ella ha estado aquí antes? —preguntó Khorus sorprendido.

Lornark no pudo contestar al darse cuenta de que estaban rodeados de entes. Eran seres sigilosos capaces de presentarse en cualquier momento sin llamar la atención.

Los espectros eran demonios que perdieron sus cuerpos. Eso ocurría, casi siempre, cuando se adentraban en la Tierra Mortal. Allí podían matar su parte física, pero volvían a su hogar siendo simples fantasmas. Criaturas que clamaban por volver a caminar; a comer; a tener una forma física. En definitiva, volver a vivir sin tener que estar sometidos a los habitantes del mundo de las Sombras o de la Tierra. Magos oscuros y demonios les invocaban y ellos no tenían más remedio que obedecer a sus mandatos. Se alimentaban de almas humanas, cuantas más consiguieran más probabilidades tendrían de conseguir un cuerpo a modo de pago por sus servicios. Otra manera era intentar usurpar uno, como pretendían ahora que no habían sido invocados. Estaban en su mundo por lo que podían atacar a los intrusos sin temor, e incluso les premiarían si lograban matarles.

Lornark sintió como su sangre se espesaba. El flujo lento de su líquido vital le impedía respirar, incluso pensar con claridad. Un frío sobrecogedor embargó el lugar, helando su interior también. Comprendió que uno de esos seres se reía dentro de su cuerpo. No había tenido tiempo para reaccionar y detenerlo.

Elevó las manos despacio, ya que el espectro que estaba en su interior luchaba por dominarlo. Comenzó a recitar un hechizo de rechazo, pero sus palabras sonaban entrecortadas. Si no era capaz de entonarlas adecuadamente no podría hacer nada. Jadeó cuando las incorpóreas manos comenzaron a oprimir su cuello. El corazón bombeó con mayor rapidez tratando de suplir la falta de oxígeno, pero de nada sirvió. Cayó al suelo sin que nadie lo evitara. El sonido del golpe se extendió por la cueva. Se burlaba de él creando una resonancia que repitió su derrota varias veces más.

Khorus que luchaba con sus propios enemigos, cerró los ojos al ver derrumbarse a su amigo. Entonó con firmeza un encantamiento que le separó

de los entes que le atacaban.

Trató de acercarse a Lornark cuando una fuerza invisible le empujó contra la pared. Quedó aprisionado por una barrera invisible que le impedía moverse, pero que a la vez le protegía de las criaturas incorpóreas.

Comprobó con alivio que el causante de su aprisionamiento era Lornark, que se levantaba lentamente. Los espectros se arremolinaron a su alrededor, mas lanzaron lastimosos aullidos de dolor cuando el nigromante les atravesó con su brazo. Trataron de huir aterrados, ya que el mago les estaba robando su esencia y se alimentaba de ella. Creciendo en tamaño y poder.

Khorus pudo comprobar que algo había cambiado en su compañero. En su rostro las llamas de sus ojos brillaban con odio, y su boca mostraba una sonrisa satisfecha y cruel. Su larga melena azabache se agitaba al igual que lo hacía su túnica por el viento, que el mismo creaba al reclamar su auténtico poder y convertirse en pura magia.

Estaba envuelto en un halo de luz rojiza que hizo temblar a los entes que perecieron segundos después.

Cuando comprobó que no había más enemigos se dirigió a Khorus y le liberó de su encierro. Este le miró receloso, pensaba que el hechizo al que le sometió Lil había fracasado y que su sangre de demonio había regresado matando su lado humano.

—No lo hizo —contestó Lornark leyendo su pensamiento—. Solo he usado el poder que mi herencia me permite en este lugar.

—Tuve miedo de que no fuera así. ¿Qué hacemos ahora? ¿Por dónde seguimos? No podemos abandonar a Lil.

—Ella está aquí. Solo que no la veíamos.

Se giró y la pared proyectó una imagen de la hechicera, luchando contra nada.

—¿Qué hace? ¿Quién la ataca? —preguntó sorprendido Khorus.

Corrió hacia ella, pero no pudo pasar. La pared de la gruta se oscureció y la imagen se disolvió. Se volvió furioso contra Lornark.

—¿Dónde está, demonio? ¿Qué haces con ella?

Sin pensar lanzó una bola de fuego contra el que fuera su mentor, sabiendo que este le había engañado, y que ya no era el hombre que conocía, al que quería y admiraba. Se había convertido en un ser más del Averno, en un enemigo.

—¿Te has vuelto loco? —Lornark detuvo el ataque con facilidad,

empujando la esfera contra una pared que se resquebrajó por el impacto—. Ella está en otro nivel. Yo no soy el que juega con sus pensamientos. La están atacando con los recuerdos. Ella es su verdadera enemiga, si sigue usando la magia morirá como casi le ocurrió aquella vez.

—¿Cómo sé qué no mientes? —preguntó desconfiado.

—¡Por todos los demonios, Khorus! Podría matarte ahora mismo si quisiera. Tú no eres un rival para mí.

Khorus supo que eso era cierto. No tendría más remedio que confiar en él.

—¿Entonces por qué no la salvas?

—Khorus, a veces me desesperas. Porque no soy un demonio completo, aquí hay seres mucho más poderosos que yo. Que la vea no significa que pueda ayudarla y si no dejas de parlotear tampoco podré hacerlo. De hecho, creo que deberías volver a Sadúminun. Según avancemos los ataques serán más fuertes. No podrás soportarlo.

Khorus se sintió humillado por su maestro. Se mordió el labio para no contestar a su provocación, sabía que no podría ganarle, pero detestaba su superioridad. No era mejor, aunque él no descendiera de un ser sobrenatural.

—No me iré sin ella —masculló entre dientes, notando como el odio hacia el otro mago iba en aumento por segundos.

—Khorus, también juegan con nuestros sentimientos. Este lugar despierta lo peor de nosotros. No permitas que te ocurra.

El hombre sopesó las palabras de Lornark. Era posible que así fuera.

—No me iré sin ella —repitió.

Lornark no supo a cuál de las dos hechiceras se refería, pero asintió con la cabeza.

—Vamos.

Lornark se acercó hasta él y le envolvió en su luz para aparecer frente a Lil.

Esta esgrimía una daga de plata antigua, tratando de matar a algo que solo ella veía.

—¡Lil! —gritó Lornark corriendo hacia ella.

—¡Vete, Lornark! Te matarán. No te acerques.

—No me va a matar nadie. No hay nadie contigo, escúchame. Solo estamos Khorus y yo.

—No, tú no puedes verlos, pero han vuelto. Han vuelto a acabar su trabajo. Si no me matan a mí, te matarán a ti.

Lornark se acercó a ella, pero la hechicera elevó sus manos con rapidez atacándole y alejándole varios metros de ella.

—Lil. —Khorus observaba incrédulo la escena y trató de ayudarla—. ¿Quién te ataca? ¿Dónde están?

Se acercó hasta la dama y creó un halo protector que les envolvió a ambos. La hechicera se aferró a él unos segundos respirando con agitación, y descansó de su particular guerra.

—Khorus —suspiró su nombre apoyándose en su pecho—. Llévatelo, no puedo permitir que falle en su misión. Te aseguro que no son recuerdos. Son rastreadores a los que hace tiempo detuve, pero ahora estamos en su terreno. Si comprenden que Lornark es su presa, le matarán.

—No voy a dejarte sola —le aseguró el hechicero que notaba como la energía de la maga estaba reducida por la lucha. Sabía que lo que había dicho Lornark era cierto: si seguía luchando con magia su fuerza se debilitaría de tal manera que podría morir—. No me iré, te ayudaré con ellos.

—Vinimos a liberar a Nemark, sabíamos a lo que nos enfrentábamos. Lornark —llamó a su amigo—, por favor, sálvala. Ahora puedes hacerlo. Me lo debes, perdimos a nuestra hija aquí. —Señaló el suelo de tierra húmeda en el que se encontraban—. No me perdonaré si ahora le pasa algo a Nemark, y menos te perdonaré a ti. Por favor.

Lornark asintió. El fuego de sus ojos se apagó por completo cuando se acercó hasta ella. Lil soltó a Khorus y se abrazó a él. Una lágrima cayó en su melena. Se separó del mago y secó su lágrima mientras le besaba, segura de que esta sería la última vez que lo hiciera. Lornark respondió a su beso y dudó de lo que debería hacer.

—Idos ahora. Ya vuelven.

Comprobaron como la niebla se volvía más espesa frente a ellos.

—No te dejaré —insistió Khorus—, yo no te debo nada.

Lornark asintió, suplicando sin palabras a la hechicera que al menos permitiese a su compañero quedarse para ayudarla.

—¡Vete! —chilló Lil cuando un ser deforme se abalanzaba sobre ella.

Lornark dudó unos segundos, al ver como otro rastreador se unía al anterior y Khorus acudía en auxilio de la hechicera que clavó la daga en el ojo de uno. Rugidos de dolor se expandieron por el lago. Khorus inició un cántico y de sus manos se elevaron afilados cristales que se clavaron en el otro atacante. Les dejó sumidos en su lucha y volvió a la gruta anterior.

El olor a azufre se hizo más evidente esta vez, también la temperatura aumentó varios grados.

Comprobó que, aunque el lugar era similar, no se trataba de la misma gruta. Esta vez debía de estar más cerca de su amada. Sintió su presencia con más fuerza. Iba a llamarla cuando se vio rodeado por siniestros demonios. Eran los guardianes. Estaba justo en la entrada principal al Reino. Los diablos eran ligeramente más altos que él, de rasgos perfectos, como estatuas cinceladas con exquisita precisión. Eran criaturas realmente hermosas. Una de ellos, una mujer que guardaba cierta similitud a Nemark, se acercó hasta él.

—Bienvenido a tu casa, Lornark.

Sonreía cautivadora mientras le tendía su mano. El nigromante dudó antes de ofrecer la suya. Una descarga recorrió su cuerpo con ese contacto, por lo que retiró su brazo con rapidez. No le hizo falta más para comprobar que ella solo quería despojarle de la protección de Lil. Le invitaba a su casa, pero como uno de ellos, no como un ser humano.

—¿Por qué te resistes? —preguntó sorprendida—. Soy Umbra, y ellos son mis hermanos: Lux, Aird, Druno y Axia.

Fue nombrando a cada uno, que saludó con un ligero movimiento de cabeza, mientras eran señalados.

Esta vez fue Aird el que habló:

—Debes abandonar tu lado humano, para volver a casa, Lornark.

—No quiero volver. No he venido a eso.

Los cinco guardianes se miraron tensando los músculos, evitando la actitud relajada que habían mantenido hasta ese momento.

—¿Qué quieres entonces?

—Vengo a buscar a Nemark. Avisadla de mi llegada.

Los hermanos se sorprendieron ante esa respuesta. Con una increíble velocidad se alejaron unos metros, comentaron algo y volvieron al mismo lugar.

—¿Por qué buscas a la reina?

—¿Reina? —Lornark contestó con otra pregunta porque nunca se la imaginó en esa posición.

—Sí, ella es la compañera de Soid y gobierna nuestro mundo. No la molestaremos por un simple mortal. Nos castigaría de una forma terrible. No lleva mucho en este mundo y, sin embargo, hemos comprobado su crueldad.

—No soy un simple mortal, yo soy...

—Eres un simple mortal porque no quieres entrar como el demonio que eres a nuestro hogar —Axia, la otra f emina interrumpió su explicación.

—Podéis llamarla vosotros o lo har  yo —Aunque dijo eso, la llamó sin esperar su respuesta.

La belleza de los guardianes desapareció antes de que pudiera darse cuenta. Sus cuerpos desnudos y asexuados crecieron. La piel que les recubría había desaparecido, y parecían seres descarnados que exudaban sangre. Los ojos, más grandes de lo normal por la ausencia de la epidermis, daban la impresión de escapar de su sitio, y su boca abierta, mostraba afilados dientes, en una perenne sonrisa.

El hedor a descomposición se propagó con rapidez. Lornark aguant  una arcada, antes de valorar su posición y la de ellos. Su mente empezó a planear la mejor estrategia de ataque. Aprovech  su poder demoníaco y la velocidad que este le otorgaba. Susurró uno de los más arcaicos sortilegios, uno que un hechicero oscuro no debería pronunciar jams , porque era combatir contra su orden. Los demonios taparon sus oídos como si un terrible sonido amenazara con ensordecерles, lo que le proporcionó unos segundos más para continuar con su ataque.

Invocó a la diosa e imploró su poder. Un viento cálido fue su respuesta, envolviéndole en la calma, para después dejarle. Comprendió que Aralk sería neutral, no le daría un trato de favor contra sus súbditos. Tendría que valerse por sus propios medios, aunque agradeció que ella no le hubiera castigado por su atrevimiento.

Se elevó unos metros sobre el suelo. Su cuerpo ardió cuando uno de ellos intentó golpearlo con una espada luminosa.

Lanzó contra él una bocanada de fuego que solo consiguió da arle en un brazo. Los hermanos atacaban con fuego, pero no podrían lastimarle mientras consiguiera seguir envuelto en las llamas, pero intuía que no sería por mucho más tiempo.

Elevó sus brazos colm ndose de toda la energía del lugar. Invocó a los espectros y su ayuda. Estos, aterrados al ver quienes eran sus rivales, desearon huir, pero no podían desobedecer al que era su amo en ese momento.

Se enfrentaron a los sanguinolentos cuerpos que no tuvieron demasiados problemas para liberarse de ellos. Se alimentaron con sus almas, lo que les hizo un poco más poderosos. Sin embargo, ese momento permitió a Lornark recuperar fuerza. Se lanzó contra uno de ellos y envolviéndole en el fuego

susurró un nuevo hechizo. El demonio se retorció de dolor, al sentir como sus entrañas se consumían. El nigromante se alejó unos metros, pero los cuatro se unieron creando un ser supremo, de inmenso poder, que rio mostrando la dentadura canina. Caminó raudo hacia él y lo agarró con una mano que semejaba a una garra. Lornark clamó un nuevo cántico sin dudar ni desviar la mirada del monstruo, que le observaba sorprendido por su valor.

El gigante tembló al sentir el impacto del hechizo y volvió a convertirse en cuatro seres diferenciados.

Uno de ellos atacó con un sortilegio que lanzó a Lornark contra el suelo. El impacto le dejó sin respiración y sus llamas se apagaron, dejando visibles solo las de sus ojos. No consiguió levantarse cuando un nuevo ataque le arrastró por el suelo. Mientras, una lluvia de ácido cayó sobre él quemando su piel y fundiendo su ropa a esta.

—Mira, Lornark. Ahora te pareces más a nosotros. No te resistas, deja que tu esencia fluya, es triste perder a un hombre poderoso.

El hechicero ignoró sus palabras y lanzó un último hechizo. Desde sus manos peladas hasta los huesos, se desprendieron dagas de luz que impactaron en el corazón de dos de ellos. Estos trataron de liberarse del ataque, pero Lornark en su último aliento consiguió clavarlos con más fuerza, por lo que ambos seres explotaron convirtiéndose en polvo que cayó como una fina lluvia sobre sus hermanos. Estos se prepararon para un nuevo ataque. El nigromante comprendió que era el fin, por lo que se despidió de su amada.

—Lo siento Nemark, no pude salvarte. Lo siento, mi amor.

La llamada llegó a su destino. La hechicera le había escuchado la vez anterior, sin embargo, creyó que era la nostalgia la que le hacía oírle, al repetir su reclamo, comprendió que Lornark estaba en el Infierno y acudió a su lado.

El calor del lugar se elevó hasta hacer el aire irrespirable. Cada inspiración quemaba sus pulmones, tanto, que deseó morir para poder acabar con su tormento.

—¿Qué habéis hecho, malditos?

El nigromante escuchó la voz de Nemark e intuyó su presencia, aunque el ácido había quemado sus ojos y no pudo verla.

La hechicera llegó a ese lugar como una lengua de fuego azulada. Al ver a su amado moribundo, dudó en cómo actuar: deseó llegar hasta él y demostrarle que le amaba por encima de todo. Quiso decirle que por eso se había

resignado a ir al Infierno, pero la furia hacia sus súbditos descontroló su poder. Ella misma poseyó a los únicos demonios que quedaban vivos. Dentro de ellos creció de tal forma que los seres explotaron al no poder soportar a su reina en su interior.

—Lornark. —El mago sintió como unos brazos amorosos lo acunaban—. Solo tenías que haber tenido un poco de paciencia. Hubiera vuelto a por ti. Dije que volvería.

—Tú eres la reina —arrastró las palabras con dolor.

—Solo es una estrategia, no voy a quedarme aquí. Ahora confía en mí. Esto va a doler.

Nuevamente se convirtió en la flama azulada. La piel de Lornark se derretía entre los brazos de Nemark. Gimió al sentir que moría. El daño físico fue mínimo al comprobar que la mujer amada era precisamente la que le haría perecer. Fue el sufrimiento del alma el que le hizo desbordar una lágrima antes de emitir su último estertor.

El hechicero abrió los ojos con un alarido de dolor. Nemark le sujetaba, y le besó aliviada. Lornark no respondió hasta que comprendió que ella solo le había devuelto la vida. Entonces la abrazó y le devolvió su beso con pasión, liberando el miedo que le había atenazado el corazón desde que desapareció de su lado.

—Nemark —susurró acariciándole el pelo y el rostro, convenciéndose con ello de que la mujer era real.

—Tranquilo. Ya está. Ahí dentro se está librando una batalla. Debo ayudar a mi padre a recuperar el trono. Nadie te hará daño aquí. Los guardianes han muerto y nadie saldrá a las puertas ahora.

—Nemark, no vine solo.

La hechicera le liberó de su abrazo, mientras sopesaba sus palabras.

—¿Quién te acompaña? ¿Es Lil? —su voz tembló al nombrar a su madre.

El mago asintió y añadió:

—Y Khorus.

—¿Dónde están? —preguntó angustiada.

—No lo sé. Lil peleaba contra unos rastreadores. Creo que es un portal a la Tierra. Hay un lago cubierto por la bruma.

Nemark volvió a convertirse en lengua de fuego y elevó al hechicero. Recorrió como un rayo de luz las entrañas del Averno hasta llegar al pantano.

Lil descansaba apoyada en el tronco de un húmedo árbol. Khorus estaba

tumbado a su lado. Descansaba su cabeza en el muslo de la mujer, que le susurraba palabras de aliento. Acariciaba su rostro con una mano y mantenía la otra apoyada en el pecho del hombre, transmitiéndole la energía suficiente para que su corazón no se detuviera. Su ropa estaba desgarrada y su piel, surcada por profundos arañazos, sangraba manchando la cara del mago. Temblaba sin control, pero no parecía ser consciente de ello, de tan concentrada como estaba en mantener con vida a su amigo.

Cerca del lago, dos seres calcinados con cabeza de animal y cuerpo semejantes al humano, se exhibían como un trofeo para sus cazadores.

—¡Madre! —Nemark soltó a Lornark y abrazó a Lil. Fue consciente de su falta de energía. Le pareció imposible que siguiera viva y que mantuviera a Khorus con ella.

—Nemark, mi niña —susurró, después lanzó una mirada de gratitud a Lornark. Cerró los ojos y perdió el sentido.

Lil despertó en las catacumbas de Sadúminun. Lornark y Khorus estaban a su lado, suspiraron con alivio al verla consciente.

—¿Dónde está Nemark? ¿Está bien?

—Está bien, Lil. Ella vendrá ahora. Me lo ha prometido.

Lornark envolvió a la hechicera en sus brazos. Ella creyó sus palabras y respiró con calma hasta que llegó su ahijada.



## 20. Juntos



Nemark volvió junto a ellos como había prometido. Era la única que parecía mantener intacta su fuerza vital, por lo que los trasladó al cuarto de Lornark.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —preguntó el nigromante al ver sus libros esparcidos por el suelo. Algunos frascos de su laboratorio también estaban fragmentados, y tanto los cristales como su contenido se mezclaban en el piso.

Una profunda grieta cruzaba la pared que daba al exterior.

Lornark usó su desgastado poder para llegar a las aulas. Su desconcierto fue en aumento al encontrarlas vacías, los cuadernos de los estudiantes parecían olvidados sobre las mesas que aún quedaban en pie.

Se asomó por la ventana más cercana tratando de encontrar algún motivo que justificara ese abandono. Varios árboles habían desaparecido por profundas hendeduras en la tierra.

Khorus apoyó su mano sobre su hombro sobresaltándole.

—¿Dónde están? —preguntó igual de sorprendido que él.

—¿Cuánto tiempo hemos estado fuera, Khorus? —Pasó un dedo por la superficie de un pupitre. Mostró su dedo manchado de polvo, y señaló el camino que había dibujado entre la suciedad que cubría el mueble.

Nemark y Lil se reunieron con ellos. También ellas contemplaron atónitas las aulas vacías. Lornark llamó a los alumnos aventajados que habían asumido el cargo de maestros mientras durara su ausencia. Su respuesta no se hizo esperar. Acudieron al lugar cuando el hechicero les ordenó que lo hicieran.

Los jóvenes: dos hombres y una mujer, se mostraron aliviados por el regreso de sus mentores.

—Señor, un intenso terremoto hizo temblar Sadúminun cuando marcharon. Temimos que todo el edificio se derrumbase. Se resquebrajaron las paredes, incluso el suelo de algunas estancias —informó el de más edad.

Los cuatro hechiceros comprendieron que ese movimiento fue causado por la apertura del portal.

—¿Dónde están los alumnos? ¿Alguno sufrió algún daño? —preguntó Lornark con ansiedad.

—No, señor. Están todos bien. Están descansando. Suspendimos las clases, porque creímos conveniente reparar los daños causados. Nosotros mismos nos encargamos de ello, hasta que usted decidiera cómo debíamos actuar. No hemos usado la magia para ello, pero debe de comprender que no somos maestros albañiles y nuestro trabajo es tosco, pero efectivo —explicó la hechicera.

—Habéis obrado con prudencia y buen juicio. Rut —pidió a la joven que acababa de hablar—, viaja al pueblo. Busca a maestros constructores para la obra. Que te acompañe alguien de tu confianza. Vosotros dos, mantened el orden entre los alumnos hasta mañana. Khorus y yo volveremos a asumir nuestras labores entonces. ¿El edificio corre algún peligro de derrumbe? Si es así, usaremos la magia.

—No lo creo, maestro. El ala oeste es la que ha sufrido más daño, junto con el jardín. Lo demás parece resistir.

—Transmite nuestro agradecimiento a los muchachos. Que descansen hoy; mañana retomaremos las clases.

Lornark recorrió junto a Khorus su hogar, comprobando personalmente los desperfectos que se habían ocasionado. Parte del muro del laberinto se había derrumbado, pero la fuerte estructura de la casa solo tenía varias grietas, que no parecían afectar a la estabilidad de la construcción.

A pesar de haber pedido a la aprendiz que fuera en busca de hombres que repararan su edificio se planteó hacerlo él mismo. La reparación sería larga, y los desperfectos eran causados por obra de la magia, así que de la misma forma deberían ser subsanados.

Volvieron a la habitación del mago. El orden reinaba en el lugar. Nemark, no había dudado en usar su poder para recoger y reparar cualquier daño sufrido en la torre, donde estaban todas sus habitaciones.

Lornark, pese a todo pronóstico, agradeció el gesto a la hechicera oscura. Esta estaba sentada cerca de Lil que, cubierta con una manta, dormitaba en uno

de los sillones que había llevado hasta la ventana más iluminada.

—¿Está bien? —preguntó Khorus, mirando a la maga con preocupación.

—Solo cansada —le tranquilizó Nemark—. Es más fuerte de lo que parece.

—Soy consciente de ello —aseguró el mago recordando cómo se había enfrentado a los rastreadores.

Lil se despegó y le dedicó una sonrisa. Entre ambos se había creado una complicidad especial al haber combatido codo con codo en el Infierno.

—Ordenaré que nos traigan la cena —dijo Lornark llamando a los encargados de esa tarea.

Se acercó a Nemark y la atrajo suavemente hacia él. Se impregnó con el aroma de su cabello. Ella elevó sus labios hacia él y le besó sintiéndose libre para hacerlo siempre que quisiera, segura de su amor.

El mago correspondió a su beso ofreciéndole su mundo y un lugar junto a él sin mediar palabra.

—Te quiero —susurró cerca de su oído.

—Lo sé —contestó ella girando su cabeza para volver a juntar sus labios.

Se asearon antes de cenar. Lornark y Nemark compartían caricias y miradas tiernas mientras la hechicera narraba cómo fue su estancia en el Infierno.

Les contó cómo Soid la había convencido para que se fuera a vivir con él, amenazándola con matar Lornark si no lo hacía. Una vez en el reino de las Sombras supo que Soid se había aliado con otros demonios para derrotar al antiguo soberano.

Sintió curiosidad por saber quién era el derrotado, pensando que le podría ser de ayuda. Este se encontraba preso en las profundas mazmorras del lugar. Vigilado por demonios, a los que no tuvo más remedio que matar cuando le impidieron conocerle. Pronto corrió su fama de señora cruel y la temieron. Soid consintió sus caprichos deseando tenerla contenta y que se mantuviera a su lado. Sabía que pronto habría una revolución, ya que los fieles del rey derrocado clamaban por el regreso de su líder.

Cuando Nemark conoció al prisionero quedó estupefacta al ver que este la llamaba por el nombre de su madre, Luna. Se abrazó a ella pensando que había conocido su verdadera identidad y se había aventurado a buscarle. Aunque se apenó al conocer su destino, se alegró de conocer a su hija, a la que contó la verdadera relación que mantuvo con su madre. Le explicó cómo la dejó

sabiendo que estaba embarazada, pero accediendo al deseo de la mujer, deseando que ella fuera feliz así. Desde entonces nunca volvió al reino Mortal.

Padre e hija idearon un plan para que éste recuperara el trono, que le ofreció si su deseo era volver y ocupar su lugar cuando falleciera.

Shaul, que así se llamaba el demonio, se alegró al saber que su corazón pertenecía a un nigromante cuyos ascendentes eran demonios. Sonrió cuando Nemark le explicó que Aralk la había bendecido y la protegía. Intuía que así debía de ser. La diosa había permitido su encuentro con Luna, por lo que sabía que era hija de una Dama del Alba y de un demonio. Convertida en una hechicera de gran poder, que había elegido el mundo de las Sombras. La diosa sentiría que había ganado una pequeña batalla contra Reki, el dios de la Luz y su rival.

Nemark se encargó de organizar a los seguidores de Shaul, sin despertar sospechas. Luchaba junto a ellos cuando escuchó el llamado de Lornark. Por eso tuvo que volver a comprobar que su padre sería el ganador de esa batalla, como así ocurrió.

—Ahora soy libre, puedo vivir contigo sin miedo a que nadie ni nada me aleje de ti —dijo mientras entrelazaba sus dedos con los de Lornark—. Mi padre deseó conocerte y agradecerte mi cuidado, Lil, pero le pedí que no lo hiciera. Tuve miedo de que pasara lo mismo que con mi madre verdadera. Estoy segura de que él se enamoraría de ti sin remedio.

Nemark miró entristecida a Lil.

—No pasa nada, hija.

La Dama del Ocaso apoyó una mano sobre la de su ahijada. No estaba segura de si conocer al padre de la muchacha hubiera sido buena idea. Los demonios eran seres superiores, era posible que ella se hubiera sentido atraída por él también.

—Me iré a descansar. Ha sido un día muy duro —dijo sabiendo que su ahijada y su amigo esperaban la intimidad de la noche. Se estremeció al dirigirse a la puerta.

—Espérame, Lil. Voy contigo, creo que todos estamos cansados.

Khorus alcanzó a la hechicera azul cuando ésta salía del cuarto.

—¡Qué frío hace en estos pasillos! —protestó la maga abrazándose a sí misma.

Después de unos pasos más enlazó su brazo al del mago, y se apoyó en él

buscando su calor. No avanzaron mucho cuando Khorus la separó, deteniendo su paso.

—¡Por todos los demonios, Lil! No hace tanto frío como para que tiembles así. ¿Te encuentras bien?

—Por supuesto.

La maga se esforzó por controlar su cuerpo como había hecho durante la cena, pero cada vez le resultaba más difícil y, aunque anhelaba el abrazo de Khorus, continuó caminando hacia su alcoba. Podría haber usado la magia para hacerlo. Sin embargo, se sentía débil y no quería malgastar su fuerza.

—Estoy un poco débil, eso es todo. Ya sabes cómo es esto. Yo no soy una maga oscura y, pese a que Nemark reparó mis heridas, no estoy recuperada completamente. El frío es mi respuesta al sobreesfuerzo mágico.

—Lo sé —Khorus aceleró el paso, y nuevamente abrazó a la hechicera por los hombros—. Puedes quedarte en mi cuarto, está más cerca. —Khorus se apresuró a rectificar su comentario por si resultaba demasiado atrevido—. Si lo prefieres te llevaré al tuyo.

—Está bien —contestó sin aclarar qué era lo que deseaba.

Al escuchar esa respuesta, Khorus la cogió en brazos, ante la sorpresa de la mujer, que sonrió divertida.

—Puedo andar, mi señor oscuro.

—Lo sé, pero no me privarás del placer de tenerte entre mis brazos, mi señora.

—Si lo que querías era tenerme entre tus brazos, solo tenías que habérmelo pedido.

—Quiero tenerte entre mis brazos, entre mis piernas, entre mis sábanas, entre mi cuerpo, dentro de mí.

Lil se sorprendió por su vehemencia y contestó con un leve suspiro, mientras una pícara sonrisa se dibujaba en su rostro.

—Llévame a tu cuarto, intentaré cumplir tus deseos.

El mago le devolvió la sonrisa, aunque la que se dibujó en su cara fue la de un lobo salvaje.

Avanzó con ella, que se abrazó a su cuello y apoyó la cabeza en su hombro.

La puerta que conducía a sus aposentos se abrió a su llegada.

La habitación, al contrario que la de Lornark, estaba iluminada por multitud de velas, que se sucedían por las paredes, y terminaban en un ventanal

que mantenía las gruesas cortinas descorridas, por lo que el brillo de la luna se colaba a través de los cristales.

Khorus la dejó con cuidado en la cama. Sin embargo, Lil no soltó su cuello, y tiró de él envolviéndole en el azul de su túnica mientras un nuevo estremecimiento volvía a recorrer su cuerpo.

—Lil, puedes descansar. No hace falta más. —Khorus la observó preocupado.

—Tengo frío, mi señor oscuro, lo que necesito es que me ayudes a entrar en calor, ¿podrás hacerlo?

Una risa gutural escapó por sus labios. La sonrisa lupina se extendió por todo su cuerpo, dispuesto a devorar a esa mujer.

—Téngalo por seguro, mi dama. Sus deseos serán mis órdenes.

El mago abrazaba el cuerpo lánguido, aún jadeante y sudoroso, de la hechicera. No pudo resistirse cuando ella gritó su nombre, y un orgasmo demoledor le sacudió. Se derrumbó sobre ella que le dejó quedarse así, mientras acariciaba con suavidad su espalda, lo que provocó que ligeros estremecimientos de placer le recorrieran unos segundos más.

Cuando se recuperó, se incorporó para contemplarla. Sujetó el rostro de Lil con las manos y miró la profundidad de sus ojos, como si así pudiera desvelar todos los secretos que ella escondía o perderse en su interior. Luego la besó con tal pasión y fuerza que ambos quedaron exhaustos.

—Vaya —exclamó Lil.

—¿Vaya?

Khorus estaba sorprendido por esa expresión. Nunca imaginó que esa fuera la respuesta a ese beso que acababa de darle. Un beso que jamás había dado a ninguna otra mujer.

Giró con ella entre sus brazos para poder mirarla mejor.

—Sí, mi señor oscuro. Sus artes amatorias dejan mucho que desear —mintió ahogando una sonrisa burlona, aunque los ojos del mago reflejaron el dolor, por lo que ella se apresuró a añadir—. Tendremos que repetirlo más veces hasta que alcance un nivel adecuado.

Calló la idea de que si mejoraba su nivel moriría entre sus brazos, aunque tampoco imaginó una forma más placentera de morir.

Khorus suspiró y Lil rio al comprobar el alivio que le transmitían sus palabras.

Por toda respuesta, él volvió a sujetarle la cara y la besó con la misma

intensidad, consiguiendo que algo se removiera en el alma de la mujer, que se sorprendió por ese repentino sentimiento.

—Tranquilo —susurró entrecortando la palabra—, no hace falta que sea ahora mismo.

—Entonces no me asustes, pensé que no querrías volver a estar conmigo.

Esta vez fue ella la que se incorporó y, tras apoyarse sobre el brazo, le contempló atónita. Nunca se había fijado en que fuera tan arrebatadoramente guapo. Su pelo rizado, largo y negro, caía desordenado sobre su pecho desnudo. Sus cálidos ojos oscuros la miraban con algo que asustó a la mujer.

—¡Mierda, Khorus! No te irás a enamorar de mí, ¿verdad? Eso nos crearía un problema.

—No, Lil. No podría.

La mujer respiró aliviada. No quería mantener una relación con alguien al que pudiera dañar, y no estaba segura de poder dar más de lo que ya había dado.

—No podría, Lil, porque ya lo hice. Me enamoré de ti el primer día en el que te vi.

—¿Qué? —La sorpresa se intuyó en su voz, que no subió de tono. Más bien fue un susurro de angustia—. Entonces, ya tenemos el problema.

Se incorporó dispuesta a abandonar la cama, pero el mago la retuvo sujetando su mano.

—No te vayas, Lil. No voy a pedirte nada.

—Ya lo estás haciendo.

—No, tú querías repetir nuestro encuentro. Yo no te pediré otra cosa. Lo que tú me des es lo que yo tendré. Prefiero eso a no tener nada.

La maga se dejó caer entre sus brazos sin saber por qué lo hacía.

—No me dejes pensar, señor oscuro.

Se abrazó a él y le besó sin piedad.

## 21. Ven conmigo



Era la tercera noche que Lil compartía cama con Khorus. Éste, como siempre que acababan de hacer el amor, le sujetaba el rostro y la besaba con tal pasión e intensidad que la dejaba sin aliento. Conseguía que todo su interior se estremeciese, y que se sintiera profundamente amada. No supo en qué momento empezó a corresponderle, pero lo sentía necesario junto a ella, en su vida.

—Ven conmigo —le propuso.

—¿Qué? —El mago no comprendía lo que le estaba pidiendo.

—Ven conmigo. No hace falta que estés con Lornark eternamente. Eres lo suficiente sabio como para ser un gran maestro. Te dejaré parte de mi comunidad. Mientras iremos construyendo un edificio propio para ti. Alejado del mío, pero a la vez cercano. —Acarició el pecho del hombre, imaginando la futura situación, y la satisfacción que le produciría reencontrarse con él cada noche.

La expresión de placer de la mujer hizo reír a Khorus.

—Me costará alejarme de ti cada mañana.

Levanto la mano que le acariciaba, y besó con suavidad sus dedos.

—Puedes ser mi ayudante, aunque creo que mereces tu propia congregación.

—Es la oferta más tentadora que podría escuchar. —Khorus sonrió abiertamente.

—Acéptala —contestó la hechicera, muy cerca de sus labios.

—Hablaré con Lornark y nos iremos juntos, Lil.

Khorus entrecortó las palabras a causa de los suaves besos que estaba

recibiendo.

—Si necesitas quedarte más tiempo, me iré sola. No puedo abandonar mucho más tiempo Lozhar. Enil es muy capaz de guiar mi congregación, pero es demasiada responsabilidad para ella sola.

El amor infinito se leyó en los ojos del mago, que abrazó a la mujer y la besó intensamente, a la vez que acariciaba su espalda.

—También debo de pedirte algo, Khorus. Es algo que me cuesta, pero necesito hacerlo.

—¿En qué puedo ayudarte, Lil? —El mago, solícito, sabía que no podría negarse a nada que ella le pidiera.

—Estoy agotada. Sabes que estaba débil y estos días han sido intensos, muy intensos. —La sonrisa de placer iluminaba su rostro—. Nada me gustaría más que seguir disfrutando de tu cuerpo, mas si lo hago moriré. No tengo frío, aunque me siento desfallecer, y no quisiera llegar a eso. ¿Me dejarás dormir? No te lo pediría si no creyera que lo necesitara realmente.

—¡Lil! ¿Por qué has callado? Pensé que te habías recuperado, por supuesto que podrás dormir tranquila. ¿Quieres la cama para ti sola?

Se separó de ella dispuesto a abandonar el lecho, lo que hizo soltar una carcajada a la hechicera.

—Mi deseo por ti es más fuerte que todo lo demás. Por eso te digo que me costará contenerme, pero no quiero que te vayas. Necesito tu calor y tu presencia a mi lado.

Le besó suave y profundamente, agradecida y amante. Khorus le respondió con dulzura. A veces la maga le sorprendía con esos largos y cálidos besos. Eran tiernos y él no estaba acostumbrado a ellos, aunque al provenir de Lil le llegaban al alma, porque iban cargados de un sentimiento sincero. Aprendió a responderles con delicadeza.

La ayudó a vestirse con un ligero camisón de raso azul.

—Me gusta más cuando me quitas la ropa —protestó la hechicera con un mohín en la boca.

—No tendrás que esperar mucho— contestó controlando el deseo de volver a despojarla de su vestimenta.

Lil se tumbó y el mago la atrajo hacía su pecho, sintiendo su espalda y sujetándola, protector, por la cintura.

—Descansa, mi amada.

Khorus se despertó cuando notó como la hechicera se rebullía entre sus

brazos. No se habían movido desde que ella se durmió, cosa que ocurrió apenas unos minutos después de abrazarla. Seguía recostada en su pecho, aunque ahora luchaba por separarse, por lo que la soltó y miró por el ventanal. La claridad que precedía a la salida del sol despuntaba ya. Pronto debería abandonar la cama y a la mujer que dormía en ella.

Deseó despertarla a base de besos y caricias como había hecho las últimas madrugadas, pero hoy se conformaría con verla descansar.

Las velas se habían ido apagando, y esa penumbra la hacía más hermosa y tentadora. Lil se giró en sueños hacia él; abrió un momento los ojos, y al reconocerle sonrió. Se acercó para poder abrazarle y enredar su pierna entre las de él. Después besó su hombro y apoyó la mejilla justo en ese punto. Tras un suspiro volvió a dormir.

El hombre, encantado con el gesto, se sintió feliz de haberse atrevido a pedirle aquella noche que se quedara con él. Nunca pensó que ahora fuera ella la que le sugiriera acompañarla, pero no rechazaría esa oportunidad por nada del mundo. Esa noche hablarían con Lornark.

Sin embargo, a la hora de la cena, Lil aún dormía, por lo que no quiso molestarla. Podía esperar un día más, tampoco quería dar la noticia de su marcha sin que ella estuviera presente. Besó con suavidad su mejilla, después fue a reunirse con Lornark y Nemark.

Cuando llegó, las sonrisas y miradas cómplices le recibieron. Ambos estaban felices de poder estar juntos, sin temor a que nada les separara.

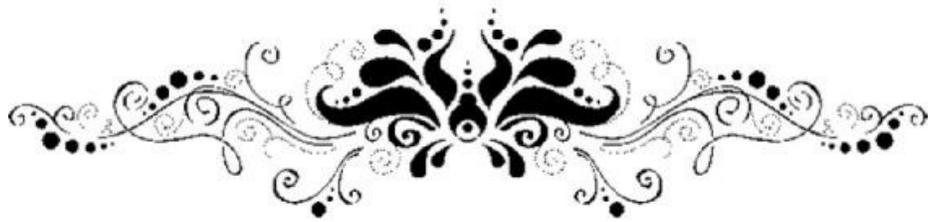
Lornark se extrañó que otra vez Lil no le acompañara. A veces ella no acudía al desayuno o a la comida, pero jamás faltaba a las cenas. Un sentimiento de alarma asaltó a su cabeza. Sin embargo, los otros dos magos parecían estar tranquilos y conversaban con tranquilidad.

—¿Sabéis dónde está Lil?

—Sí, hace un momento la dejé en mi cuarto. Aún estaba dormida.

—¿Qué? —exclamó sorprendido—. Está enferma.

—No está enferma, solo duerme.



## 22. Es nuestro destino



El hechicero no llegó a escuchar su respuesta ya que se transportó a la habitación de Khorus, que tal y como había dicho, cobijaba a su amiga dormida.

La contempló decepcionado, puesto que no había acudido a él para que la ayudara, y había preferido recurrir a su amigo para que la cuidara. Era cierto que estos días no le había prestado demasiada atención. No obstante, hubiera dejado todo por ella. No entendía cómo podía haberlo olvidado.

Lil dormía abrazada a la almohada, en diagonal, ocupando todo el espacio posible de la gran cama. Recordó que era difícil que estuviera quieta si no estaba abrazada, así que no le extrañó que se girara. Estaba cubierta por varias mantas, si bien parte de su espalda estaba destapada, y su blanco brazo destacaba entre las oscuras ropas de cama.

Respiraba tranquila y su rostro estaba relajado. Incluso una leve sonrisa se intuía en él. No parecía estar enferma, si acaso algo débil. Comprendió que debía de estar arropada, pese al calor reinante en el cuarto gracias al vivo fuego que crepitaba en la chimenea, porque habría salido débil del Infierno. Sin embargo, no se lo había comunicado. Solo se lo había dicho a Khorus. Sintió como la ira crecía en él, y una punzada de celos le encogió el estómago.

Se acercó hasta la cama y se sentó con cuidado a su lado. Posó la mano en su frente comprobando que su temperatura era normal.

—¿Qué te pasa, Lornark? —Lil no abrió los ojos, pues sabía quién estaba a su lado.

—Me preguntaba por qué no me habías dicho que te encontrabas débil y necesitabas descansar, porque es eso lo que te pasa, ¿verdad? —Su voz iba

cargada de recriminación por su actitud.

—Sí, ¿no te lo ha dicho Khorus?

—No, pero tampoco era él quien me lo debía de decir. ¡Eras tú! Yo velo por ti.

La hechicera abrió los ojos entre divertida y enfadada.

—¡Lornark! No soy una niña. Solo necesitaba descansar. Estos días han sido agotadores.

—¿Estos días? ¿Qué demonios has hecho estos días?

—¡Mierda, Lornark! ¿Ahora te interesa mi intimidad cuando no estás tú en ella? —preguntó burlona— ¿Qué crees que hago en su cama? ¿Dormir? Sí, hoy sí. Por cierto, ¿qué hora es? Me siento recuperada, espero no haberlo hecho más de un día.

—No, solo es la hora de cenar. Pero, espera, ¿tú y él? ¿Cuándo? —Lornark sabía que Lil no le engañaría con algo así, pero el hecho de no haberse percatado de ello conseguía que dudara de si ella le estaba gastando una broma— ¿Fue por lo que ocurrió en el lago?

—Cuando volvimos del Infierno me quedé con él, pero estás tan cegado por Nemark que no te has dado cuenta. En el lago solo combatimos contra esos monstruos. Khorus me explicó que sus sentimientos eran anteriores a ese momento y no es agradecimiento lo que yo siento, si es lo que piensas.

—¡Demonios, no! —Lornark la miró con una media sonrisa en sus labios.

Lil se incorporó y se sentó a su lado. El hechicero pasó su brazo por los hombros por si aún sentía frío.

—Le he pedido que venga conmigo. Tú tienes a Nemark, así que ahora ya no es necesario que permanezca a tu lado. Le dejaré parte de mis terrenos y construiremos una congregación oscura. Hasta entonces le dejaré un ala de mi comunidad. Sabes que la he ampliado, pero aún no he comenzado a usarla.

El hechicero estaba perplejo por esa confesión.

—¿Él te ha dicho que sí? Era de esperar. —Se preguntó y se respondió a sí mismo—. Quizá ahora no me fijé, pero sí vi como hablaba de ti cuando volvió de Lozhar. Es cierto que sus sentimientos hacia ti vienen de tiempo atrás. Se negó a avanzar si no te salvábamos en el Infierno; pero, ¿tú?

—Nunca me fijé en él. Es imposible hacerlo cuando estás cerca.

—Ahora estoy cerca.

—No, no físicamente. Ahora estás, pero no de la misma manera. Ahora estoy libre de ti.

—¿Es que alguna vez no lo estuviste? ¿Acaso te tuve presa? —Esa confesión le confundía.

—No lo sé. Aunque sabes a que me refiero. Tú anulas todo lo que hay a tu alrededor. Tu presencia es el todo y así ocurría conmigo. Ahora ya no te centras en mí, amas a otra. Por eso soy libre.

—Te recuerdo que eres tú la Dama del Crepúsculo, la que irresistiblemente atrae a todos con su esencia. Quise una y mil veces enamorarme de ti. No me dejaste, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! Lo que teníamos, lo que tenemos, está por encima del amor. Somos almas gemelas y así seguiremos siendo. Te quiero, eso jamás lo dudas, de la misma forma que jamás debes de cuestionar que volvería a dar mi vida por ti. Pienso que es lo mismo que te pasa a ti. Aunque intentáramos separarnos, nuestras vidas discurren juntas, aunque sabes que fluyen por caminos separados. Así lo decidimos cuando yo me quedé en mi congregación y tú aquí, en Sadúminun. Con Khorus es diferente. Al volver del reino de las Sombras tenía frío. Sabes que siempre trato de calmarlo porque me debilita mucho, y aunque reconozca que no es justo, absorber el calor humano hace que me recupere más rápido. Jamás pensé que él despertase en mí los sentimientos que me hacen desear su presencia a mi lado. Y sus besos, Lornark, sus besos me estremecen, me llenan de vida y enloquecen. No le quiero solo en mi cama, anhelo verle: su cara, su risa, su pelo. Quiero tocarle y acariciarle, pero no solo como algo sexual. Lo necesito, no sé cómo ni por qué, pero así es. Supongo que es lo mismo que sientes por Nemark.

—Así es. Te entiendo y me alegro por él —aseguró Lornark.

—¿Y por mí? —Lil estaba extrañada de que no se alegrara por su felicidad.

—Claro, también, aunque él sale ganando —aclaró el mago.

—Más vale que no te escuche decir eso —contestó la hechicera entre risas.

—Me daría la razón. ¿Te sientes fuerte para acompañarnos a cenar? Nos estarán echando de menos.

—Sí, me visto en un momento. ¿Sabes, Lornark?

El mago la miró esperando su respuesta.

—Nos merecemos ser felices y ha llegado nuestro momento. Por fin estamos completos, ¿verdad?

—Sí, Lil, por fin lo estamos. Ahora nuestros caminos serán mucho más

fáciles. No solo te debo la amistad de todos estos años, también te debo el amor de mi vida. —Lornark suspiró agradecido a su amiga.

—Yo te debo el mío, así que estamos en paz. Vayamos junto a ellos. Debemos aprovechar todos los segundos. Aunque tengamos toda una vida, se me hacen pocos a su lado.

Juntos volvieron a la habitación donde les esperaban las personas con las que habían unido sus caminos y destinos, desde ahora hasta la eternidad.



Fin

# Agradecimientos

Quiero agradecerte a ti, lector, haber llegado hasta el final del libro. Mi mayor deseo es que hayas disfrutado con la lectura. También mi gratitud va dirigida hacia todos aquellos que siempre me apoyan y ayudan con mis sueños; en especial a Juan, por su paciencia, por leer las veces que sean necesarias y darme su sincera opinión; a Katy, por ayudarme en lo que he necesitado, sin necesidad de pedírselo; a Jovi, por ser la verdadera hechicera en la vida real y a José Beltrán, por creer en mí, por ayudarme a crecer, por su amistad incondicional y por las risas.

## Sobre la autora.

¡Hola! Como ya sabéis, soy Klara. Mi intención cuando escribo es que el lector sea capaz de sentir e incluso visualizar todo lo que se está proyectando en mi mente. Que empatee, que ría y lllore con los personajes. Que los ame o los odie si es necesario. Si lo he conseguido me siento satisfecha. Si hay algo que quieras destacar u opinar te agradecería que lo hicieras en las valoraciones de Amazon. También puedes contactar conmigo en la página de Facebook: <https://www.facebook.com/LilarkaS>

Estaré encantada de conocer de tu mano y charlar sobre lo que te ha parecido mi novela.

Si crees que merece la pena leer algo más de mi autoría, te diré que tengo publicados dos libros más, aunque de géneros diferentes.

- El Reino de los Cuatro Tronos (Fantasía)  
[https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B073R3RHF9&preview=newtab&linkCode=kpe&ref\\_=cm\\_s](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B073R3RHF9&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_s)

Sinopsis: El Reino del hombre desaparece. Poco a poco es devorado por la arena, que implacable, va cubriendo todo con su manto amarillo. Lo que un día fue un grande y próspero pueblo, se ha reducido a un recinto amurallado, donde sobreviven los últimos restos de la humanidad. Una humanidad carente de sentimientos, con duras leyes que nadie debe incumplir.

Cuatro jóvenes se unen y se arriesgan a desobedecer esas normas. Siguiendo una antigua profecía se lanzan a la aventura en un intento de encontrar una solución y devolver la vida al planeta. Deberán abandonar la seguridad de su hogar, enfrentarse a todo un reino que desaprueba su conducta, a la arena, a las bestias y a ellos mismos. Es este un canto a la amistad, a la libertad y a la vida. A lo que nos hace humanos.

- La valentía de María (contemporánea, crítica social)  
<https://leer.amazon.es/kp/embed?>

[asin=B079T3DY34&preview=newtab&linkCode=kpe&ref\\_=cm\\_sv](#)

Sinopsis: María, una adolescente de dieciséis años, se queda embarazada de un muchacho que no se hace cargo de su paternidad. En una España de los años sesenta, católica y de mente cerrada, la situación de la chica se complica al verse obligada a abandonar el hogar familiar.